

LA ILUSTRACION Sud-Americana

Año VI

PERIODICO ILUSTRADO DE LAS REPUBLICAS SUD-AMERICANAS

N.º 127

DIRECTOR GENERAL:
RAFAEL J. CONTELL
la correspondencia á nombre del director

BUENOS AIRES, ABRIL 1.º DE 1898

REDACTOR EN JEFE:
RAMON M. DE IRIBAS
los originales no se devuelven



BELLAS ARTES — CABEZA DE ESTUDIO — Cuadro de R. de Madrazo
(Perteneiente á la Galería de D. José P. de Guericco)

LA ILUSTRACIÓN SUD-AMERICANA

PERIÓDICO ILUSTRADO
DE LAS
REPÚBLICAS SUD-AMERICANAS
FUNDADO EN 1892
EL MÁS PERFECTO EN TODO SUD-AMÉRICA

EDICION ARGENTINA
24 PÁGINAS
APARECE LOS DÍAS 1.º Y 16 DE CADA MES

EDICION URUGUAYA
24 PÁGINAS
APARECE EN MONTEVIDEO LOS DÍAS 5 Y 20 DE CADA MES

PRECIO DE SUSCRIPCION
(PAGO ADELANTADO)

CAPITAL:		INTERIOR:	
Año	\$ m/n. 18.-	Año	\$ m/n. 20.-
Semestre	9.-	Semestre	10.-
Trimestre	5.-	Trimestre	5.50
EXTERIOR: Año		\$ oro 9.-	
Chile y Uruguay		8.-	
Número suelto: \$ 1.25 m/n.		Número atrasado: \$ 1.50 m/n.	

TOMOS ENCUADERNADOS
DE LOS AÑOS 1893, 1894, 1895, 1896 Y 1897
\$ m/n. 30 cada uno

COSAS Y QUISICOSAS



¿Qué pasa? No ocurre nada: ¿Qué se miente? Largo y tendido. ¿Cuál es la verdad? *That is the question.*

Y así, en el flujo y reflujo de anhelos y desengaños, de precoces embustes y timidas observaciones del buen sentido, somos el correveidile, de cuantos antojos nacen en el más inmundo arroyo del poverio, dándonos sanción en las repletas columnas de los diarios *sensacionales*. «La letra de molde» es la obsesión de nuestro siglo; en más felices épocas, era la palabra humana, eco transmisor de opiniones; hoy ya no: un artículo anónimo de un noticiero fantástico, nos impulsa a la corriente de los desvarios y la insensatez.

No nos importa el personaje; ni medimos ni calculamos, la seriedad del tema en litigio; el «martilleo» de la mentira noticiosa, nos nubla la vista y entorpece nuestra marcha, otrora perspicaz, contenida y reservada.

Preguntad a la «multitud» de los que leen la prensa diaria, y os revelarán las respuestas, la inocente candidez de su paciente credulidad y la infidelidad de su memoria.

—Pero, no ve usted, señor Fulano, que.... *eso* se desmintió en la pasada semana?

—Mire usted: no me acuerdo, y sea como fuere, el hecho es grave, porque no se lanza.... así, sin visos de fundamento, una especie tan comprometida. Por algo dice el refrán: «Cuando el río suena....»

—Vamos: la gota de agua....

—No, señor: la gota de tinta en papel de diario.

Y ardores bélicos, rumores de inminente guerra, lucha de pasiones, acuerdos diplomáticos, reservas políticas, ejércitos, buques, aprestos navales y estudios de organización militar, todo un campo que la más soñadora fantasía no podría crear en un momento de «poética inspiración», es la presa del *vulgo ilustrado* y el cebo que agita en la ignorante muchedumbre de cada pueblo todas las irritaciones de la soberbia y todos los desplantes de la ignorancia y la mala educación.

Chile y la Argentina, Chile y el Perú, Bolivia; los Estados Unidos y España, el Japón y las potencias europeas, todo se revuelve, *pêle-mêle*, en los telegramas de la mañana y da copioso alimento a la comezón noticiosa que caracteriza a nuestro «fin de siglo».

* *

Si lleváramos nuestra argumentación a los últimos confines de la dialéctica, quizás nos encaminarían la lógica y el buen sentido a conclusiones en completo desacuerdo con las ideas corrientes; pero no es ese nuestro objeto, como no lo es para la pluma del cronista, la limitación de sus «temas de actualidad», a las hablillas maldicientes de la calle, por escasez de asunto serio ó ameno con que entretener y distraer al paciente lector.

Ni ahondando en el terreno siempre virgen de alambicadas psicologías y oscuras consideraciones de pensadora filosofía, vamos a señalar el desequilibrio eterno entre los que sufren y los que gozan, entre los ahitos y los hambrientos, *evan-*

gelio humano que ha inspirado sabias doctrinas y errores crasísimos en el mundo de los pensadores.

Muy al contrario, un coro de alabanzas a los poseedores de fortuna que unen sus esfuerzos a los de las sudorosas manos del operario, ha sonado en la prensa con motivo de la suscripción patriótica para regalar una nave a la Nación Argentina: las adhesiones, y las voluntades, y el entusiasmo, se suman en perfecta armonía, y hasta los tímidos y los más pacíficos hablan con *cariño* del proyecto, de la propaganda y del fin propuesto.

Es, como nos decía un político influyente, en los pasados días, la «señal de los tiempos»: el patriotismo se *regenera*, corrigiendo olvidos y descuidos de las pasadas épocas, para medir fuerzas y esperar tranquilos los acontecimientos.

* *

No falta, ni han de faltar espíritus pesimistas ó suspicaces, y recelosos comentadores que analicen las dificultades financieras a que exponen «gastos exorbitantes» inesperados y que, reflejando ideas nacidas de un espíritu calculador en la prensa extranjera que de *nuestras cosas* se ocupa, amargue los «alientos» de los entusiastas.

Ellos nos dicen.... pero copiemos:

«Hay cierta verdad amarga en esos juicios que van al exterior, en cuanto denuncian la negligencia y la improvisación que resaltan principalmente en nuestra legislación financiera.

¿Qué hemos hecho para amoldarnos a las exigencias de la crisis actual? Hasta 1875, todos los gastos públicos y privados aumentaban extraordinariamente en Estados Unidos, como sucede casi siempre en las naciones, en vísperas de una crisis comercial ó financiera. Sobreviene la crisis, y cada uno se puso a la porción congrua. «Cercenemos», fué la palabra de orden en la administración, tratándose de gastos públicos. Estos habían subido a 3 1/2 millones de libras esterlinas, y quedaron reducidos a 1 1/2 millones de libras, comprendiendo 115.000 libras destinadas a la amortización de la deuda. Así obran los pueblos económicos prudentes, cuando llega la hora de la prueba.

La República Argentina tiene hoy, casi el mismo presupuesto ordinario que en 1893, a lo que hay que agregar el presupuesto extraordinario. Abriendo el presupuesto, y sumando las diversas partidas por personas y poblaciones, se advierte que la nación paga por esa razón cerca de dos millones de pesos al año.

Ese simple dato nos advierte del mal camino en que vamos, y de la necesidad de reaccionar un día contra esa corriente que nos lleva necesariamente al desequilibrio y a la bancarota.

Sirvanos el juicio imparcial del extranjero, para detenernos en esa falsa vía.»

No se nos ocurre otro comentario que el que, ya larga fecha, exponíamos con motivo del planteo de escuelas y procedimientos *económicos*:

Capital, naturaleza, trabajo, los tres elementos de prosperidad de un país, se combinan maravillosamente cuando el impulso simultáneo es atinado, y en su movimiento y régimen está el acierto de las medidas económicas de una nación, cuando no se prescinde de la fuerza niveladora de la concurrencia internacional que obra siempre en beneficio de las clases pobres y necesitadas.

Olvidemos un tanto la pauta antigua de escuelas y procedimientos de pasado auge, no sea que se nos aplique lo que, aunque en otro orden de ideas, decía Lamartine, de Bonald y de De Maistre, con gentilísima gracia y donosura:

«Son profetas de lo pasado, ancianos de ideas, que se saludan con veneración. Parados en la puerta del porvenir, no quieren entrar en él, y se detienen para oír los bellos y solemnes gemidos de las cosas que mueren en el espíritu del hombre.»

* *

Profetas, y profetas del desquicio de un *andamiaje escolar* mal estudiado, hemos sido, y con nosotros, centenares de publicistas, al censurar con «dura mano» las imperfecciones y errores de nuestra enseñanza escolar. Hoy, renovamos el tema, no por el prurito de disertar sobre los «gastados resortes» de nuestra enseñanza primaria y secundaria, sino con el único objeto de dar cuenta de un asunto de actualidad, la conferencia del ilustrado profesor Sr. Pablo A. Pizzurno en el «Ateneo».

Extenso era el programa que el conferenciante se propuso: *Deficiencias de la educación argentina*. «Causas y remedios», y lo desarrolló con acopio de lógica, con observaciones oportunas y ática sal en los puntos culminantes de su discurso para fustigar errores, faltas y defectos en que todos (él el primero) *pusimos nuestras manos*; pero dejemos al conferenciante en algunos brillantes rasgos, al señalar las «deficiencias en la educación moral y cívica»:

«Nuestra juventud tiene afectos y no aspiraciones, dice Wagner. La ausencia de ideal caracterizado, la falta de seriedad y de respeto, el gusto por los goces breves y viles, tales son los caracteres demasiado manifestos de una gran parte de la juventud contemporánea.»

Si niños de la escuela y del colegio, ó jóvenes ya no imberbes y ni siquiera de la clase más pobre, en las calles, en los teatros, en los coches de

ferrocarril, en los salones, en los actos públicos en todas partes, se conducen y se expresan con un desenfado, un aire de suficiencia, con unas maneras y revelando «una experiencia de la vida» que sorprende y hasta hace ruborizar a los hombres que tienen canas; si no guardan a los ancianos, a los mayores, ni a las damas, la consideración y miramientos sinceros y exquisitos que en otra época hacían el deleite de los padres y llenaban de encanto las reuniones sociales; si desprecian y ridiculizan a los hombres de trabajo, a los obreros, a los industriales; si a menudo en los empleos oficiales en que se les paga para que sirvan al público con la prontitud y corrección correspondiente a un pueblo civilizado, hacen gala de incivildad y grosería; si al encontrar por la calle a los que son ó fueron sus maestros no llevan ya la mano al sombrero, ni se apuran para arrojar el cigarrillo que ostentan en la boca; si cuando, alcanzada la edad reglamentaria, llamados por la ley al cumplimiento de los deberes cívicos, los veis eludir de cualquier manera sus obligaciones; si, invitados a un acto público a cuyo lucimiento, por patriotismo siquiera, debieran todos concurrir, notáis que se hallan ausentes (porque han preferido no faltar un día al frontón ó al hipódromo, y que suelen ser las sociedades extranjeras las que hacen número en nuestros desfiles ó manifestaciones nacionales; si halláis que se pagan de las exterioridades, que son en todo superficiales, que se enamoran de las fórmulas artificiosas, que se jactan de actos, *hablidades y vivezas* que nuestros abuelos y nuestros padres consideraban verdaderos delitos, condenados, por lo menos, ante la conciencia; si encontráis que en su conducta no son siempre sinceros, leales, veraces, que la mentira disfrazada de mil maneras es el ambiente que cerca de ellos se respira; si, por fin, halláis, por monstruoso que ello os parezca, que los propios hijos de humildes y honrados obreros ó industriales que alcanzan el bachillerato ó el doctorado gracias al amor, a los esfuerzos, a los sacrificios de sus padres, llegan hasta avergonzarse de los autores de su existencia y temen que el «nuevo mundo» en que ellos empiezan a agitarse los conozca, porque tienen callos en las manos, no hablan con elegancia, no visten a la moda y dicen sencillamente verdades sencillas; si todo eso veis, no creáis que ello ha de atribuirse a que no han aprendido que deben ser atentos, cultos, respetuosos con los mayores, con las damas, con todo el mundo, en las calles, en los salones, en las oficinas públicas, en todas partes; no creáis que no han aprendido a enumerar los deberes del hijo, del hermano, del discípulo, del hombre, del ciudadano, etcétera. Oh, no! os equivocaría.

Leed las composiciones de moral y de instrucción cívica que escriben en clase: oídos durante las lecciones, y en los exámenes de fin de año. Todo eso lo aprenden a menudo muy bien, con puntos y comas.

Es que lo han olvidado al salir de la escuela ó del colegio; tal vez no; tal vez puedan repetir todavía la lección. Pero ¿por qué no la aplican en la vida?

La razón es muy sencilla.

Porque no se estudia para eso también la moral se aprende para el examen. Y hay otras razones más. Y es que junto con todo esto, han aprendido que vivimos en un país republicano, bajo el régimen de la libertad y de la igualdad más perfecta. Así lo establecen las leyes, y ellos saben cómo han de interpretarlas. Ya lo creo. El ciudadano debe hacer respetar sus derechos y esto, os aseguro que lo hacen valer temprano, muy temprano.»

Podría argüirse al competente educador que el «punto de vista» elegido no es del todo exacto, justo ni lógico: que en cuestiones de moral hay mucho de qué hablar; que el *ejemplo* puede más que los adelantos pedagógicos: que no hay que confundir educar con instruir, y que

todo es según el color del cristal con que se mira.

Pero.... resumamos: *hay algo podrido en Dinamarca.*

MARINO BRAIS.



CANCION DE OTOÑO

(DE PAUL VERLAINE)

Los sollozos largos, lentos,
de los vientos
en las tardes otoñales,
van resonando en mi alma
con la monótona calma
de los toques funerales.

Todo lívido y convulso,
obedeciendo al impulso
del quebranto,
de mis antiguas historias
siento llegar las memorias
humedecidas con llanto.

Y á un viento malo, sin rumbo,
voy marchando, tumbo á tumbo,
por mi existencia desierta,
como al hálito glacial
de la ráfaga otoñal,
la hoja muerta.

DARÍO HERRERA.



EL NIDO DEL AGUILA



I

En la montaña que se divisa desde la aldea y en el seno de abrupta roca cercana á las nubes, el águila, señora del espacio, criaba sus polluelos. Nunca la planta humana osó escalar el alto nido, ni llegaron hasta allá las miserias de la tierra.

A veces el agua corría á torrentes, el trueno retumbaba en la llanura, y el rayo describía entre la maleza parábolas de fuego.

El águila, desde el vértice de la abrupta roca, contemplaba con sus penetrantes ojos la rugiente tempestad.

Cesaba la lluvia, callaba la voz del trueno, serenábase el ambiente, y aparecían tierra y cielo ataviados con resplandecientes galas de zafiro y de esmeralda.

El ave salía de su vivienda, azotaba con sus poderosas alas el éter, y avicinaba el rubio encendido de sus plumas con los dorados rayos del destructor de las sombras.

—¡Oh! cuán majestuosa se cernía por sobre cumbres y valles, ciudades y mares!

—¡Cómo la contemplaban los de abajo entre admirados y pesarosos!

—¡Con qué indefinible expresión murmuraban: ¡Quién fuera águila para elevarse tan alto!

La ignorancia y la envidia en vergonzoso contubernio, idearon apoderarse de la reina de los aires; y como no alcanzaban hasta ella las flechas y las balas, resolvieron acosarla en su cueva.

¿Por qué tan feroz la lucha entre lo que vuela y lo que anda?

Un día, cuando la fimbria de colores de la aurora apareció en el oriente, los habitantes de la aldea abandonaron la atempera en busca de la altura.

Arrastrándose entre las breñas, trepando afanosamente por cima de las rocas cortadas casi á plomo, llegaron á la región donde se forman las tormentas.

Allí, grande y profunda como el pensamiento, aislada como la desgracia, irónica como el destino, pavorosa cual la esfinge que en el camino de Tebas proponía á los hombres el enigma de la vida, estaba la gigante caverna, abiertas las fauces sobre el dilatado espacio.

La multitud sintió el vértigo y se detuvo sobrecogida; pero no retrocedió.

Habían asaltado la morada del águila y era necesario bajar con ella y confundirla con el vulgo.

Asomáronse á la cueva, y miraron dentro: confiada en su terrible grandeza, el ave reposaba cubriendo á sus hijuelos.

Acostumbrada á contemplar, faz á faz, las claridades de la altura, no vió la alevosía en su tenebroso trabajo, ni tuvo tiempo de aperebirse á la defensa.

Y el valor fué vencido por la astucia y quedó lo excelso bajo el dominio de lo ruín.

II

Hubo fiestas en la aldea cuando llegó la real prisionera; y formáronle acompañamiento los hombres ignorantes, las mujeres curiosas, y los muchachos vagabundos.

Todos querían contemplar de cerca la formidable contextura del bípedo montaraz.

Aspiraban unos á darle muerte; querían otros reducirla á perpetua servidumbre; reclamabanla los niños para que les sirviera de acémila; referían los más que, cuando contemplaban los cambiantes de la luz, á la hora del crepúsculo, el ave interceptaba con su enorme silueta el azul y rojo de la tarde moribunda.

—¡Mirale las plumas!

—¡Cuán grandes las alas!

—¡Qué ojos tan penetrantes!

—¡Vaya unas garras!

Murmuraciones del átomo en presencia de la mole. Después de largo paseo por calles y plazas, el águila, con las alas cortadas, fué recluida á estrecho corral, donde se albergaban humildes gallináceas.

Y como si la maldad cupiera también en el corazón de los irracionales, se ensañaron con la pobre cautiva, cual si tuviesen todas, ofensas que vengar.

Así pasó mucho tiempo, media docena de años quizás, durante los cuales sufrió ultrajes, dolores, desventuras inenarrables. Nadie se acercó á consolarla; que, antes bien, desde el mirlo burlador hasta la inofensiva paloma fueron á echarle en cara la inutilidad de su poder.

Entonces comprendió cuán inmensa desgracia es ser águila en el mundo de los cuervos, y saber volar donde se arrastran los reptiles!

Aferrada al tronco de añosa encina pasaba el día contemplando las altas montañas que lucen en el horizonte el claro obscuro de su fronda. Allá su nido; allá el torrencio donde dejó la avenida abundantes alimentos; allá la soledad de la naturaleza, la cercanía de las estrellas; la proximidad de lo infinito....

—¡La serpiente se enroscaba alrededor de Laoconte!



CORONEL D. RUFINO T. DOMÍNGUEZ
Jefe Político de Montevideo

III

Al beso del sol, abandonó la aurora su lecho de sombras, luciendo donosamente, arrebolada túnica. Era un día de mayo, y aura de vida pasaba desentumeciéndose los cuerpos de las almas. A la sombra de los sauces babilónicos sembrados en hilera, lucía un jardín sus ardientes coloridos: erguíanse la rosa ufana de su hermosura; verbenas y claveles alzábanse altaneros; sensitivas y violetas, ocultaban entre el musgo sus perfumados pétalos; y caían de las hojas las gotas de rocío, lágrimas vertidas durante la noche por las madres que murieron dejando sobre la tierra pequeñuelos sin ventura. El campo vestía de gala, trayendo á la memoria los versos del lírico italiano:

¡Oh primavera! ¡juventud del año!
juventud primavera de la vida.

El águila había percibido con más intensidad el voluptuoso estremecimiento de la naturaleza: el éter la atraía, los aromas la embriagaban, y susurrábale la brisa algo ininteligible para los demás mortales. Habitadora de los cielos, entendía lo que hablaban los melancólicos pinos y las esbeltas palmeras á la hora en que el sol dirige su roja pupila hacia las altas crestas del lejano monte.

Con las alas medio extendidas, contemplaba la

bóveda azul, cuando descubrió á lo lejos tres manchas imperceptibles á la mirada del hombre, que se movían bajo el ardiente disco del sol; manchas que fueron creciendo, creciendo, hasta tomar forma: eran tres águilas que se acercaban á la tierra, quizás en busca del festín preparado al aire libre, sobre el verde césped de la llanura que riega y fertiliza el juguetón riachuelo.

La prisionera sintió fuerte conmoción al ver á sus hermanas recorrer majestuosas la comba azul de los cielos. Recordó que la altura le pertenecía, que, hija de lo infinito, á lo infinito debía volver, rompiendo para siempre su vergonzoso cautiverio: hizo un esfuerzo supremo, sacudió sus miembros atrofiados por larga inacción, tendió el ala, y, primero lentamente, y luego con la rapidez de una flecha, se perdió tras blanca nube que jugueteaba traviesa, acariciada por el sol.

Por resarcirse de su largo encierro, el águila atravesó durante el día llanuras y montañas, mares é islas.

Y tornó á su nido á la hora en que se encienden las estrellas y el ave plega el cuello bajo el plumón de su ala.

La cavidad que le sirvió de vivienda había sido destruida por súbito sacudimiento.

Truncada en su vértice, la montaña se asemeja al cuerpo de un gigante cuya cabeza hubiera sido cortada á cercén por formidable espada.

Aquí y acullá, piedras calizas, iluminadas por pálido rayo de luna, parecían mudos fantasmas que guardaran vigilantes la losa de un sepulcro.

El águila lloró duras lágrimas, al contemplar aquellas ruinas.

En su dolor se preguntó: ¿A dónde iré?

Prisionera de la tierra y proscripta del hogar, sólo me resta mi propio infortunio.

El infortunio sin nombre de los que han visto desaparecer padres é hijos, compañeros y patria, cual hojas secas que arrastra el gélido viento de otoño.

*Todo está agotado, todo está vacío,
menos mi cáliz, que de nuevo rebosa la hez.*

IV

Ahora, sin rumbo, volvió á emprender el vuelo por aquel universo en donde no hay orientación posible.

Otra vez la tempestad rugía poderosa conmoviendo los ejes de la tierra.

De nuevo brillaba el relámpago, abriendo surcos de fuego en la noche tenebrosa.

Gemia el viento como el inmenso clamor de seres invisibles.

Levantaba el mar sus ondas en furioso remolino.

El águila iba lejos, y más lejos, cabalgando sobre el infinito.

V

Los habitantes de la aldea levantan en vano la vista á la azulada esfera.

Ya no hay águilas en el seno de la abrupta roca cercana á las nubes.

Ni se mira á la hora del crepúsculo proyectarse en la tierra la enorme silueta de la reina de los cielos.

Que tiene ahora su vivienda en un país lejano á donde no llegan las iras de la impotencia, las tristezas de la envidia, ni las arbitrariedades de la fuerza.

Allá se está, diciendo como el ave de Agripina, extraños y melancólicos cantares.

En tanto, acá en la tierra, la estulta muchedumbre se pregunta:

¿Dónde habrá fabricado el águila su nido?

JOSÉ E. MACHADO.

Caseros, 1898.



UN SARGENTO LISTO

Tengo el gusto de presentar á ustedes las siguientes personas:

Don Nicomedes Urquía, capitán retirado y bebedor en servicio activo;

El sargento Piñate, asistente de don Nicomedes desde tiempos de la guerra magna, tan listo que.... ya verán ustedes;

Don Patricio Rosas, jubilado profesor de lenguas con cátedra actual de intemperancia; y

Don Facundo Topete, calaverón de antaño y borrachín de ogaño.

Y absuélvanme ustedes de haberlos puesto, sin previa anuencia, en relaciones con personas de malas costumbres, ya que, en acabándose este cuento, bien pueden mandarlas á paseo sin temor de que ello me disguste.

Don Nicomedes, don Patricio y don Facundo son amigos, y, como se ha visto, correligionarios en el culto de Baco; y se reúnen todas las noches á practicar los ejercicios espirituosos de la devoción, en casa de don Nicomedes, quien vive á kilómetro y medio del pueblo de C***.

No porque crea que ninguno de mis lectores se considere, después de mi presentación, obligado por la cortesía á visitar á don Nicomedes, ni menos porque me figure que haya alguno á quien seduzca la idea de acompañar á los tres próceres en sus piadosas prácticas nocturnas, sino por requisito de la buena inteligencia de este cuento,

Baco, oficiando á obscuras con una botella de ron recién empezada, la cual se tambalea á cada movimiento de las personas, que, entonces, hacen decir al banco de qué pie cojea, y á la mesa, tocada por el banco, que cojea del pie contrario. La botella baila, y tres manos la sujetan, á tientas, para evitar el desastroso derrame del preciado contenido.

Verán ustedes cómo sobreviene al fin el temido accidente.

Habla don Nicomedes:

—Sí, mis amigos: por eso me designaba siempre el Libertador para el desempeño de ciertas comisiones. Nadie como yo tan rápido en las marchas. De ahí que Piñate saliera tan listo. Es mi asistente desde que tomé servicio; me acompañó en todas las grandes marchas, y con todo, ni él pasó de sargento, ni yo de capitán!

—¡Paf! un tremendo puñetazo en la mesa derriba la botella, que rueda por plano inclinado y cae haciéndose añicos en el suelo.

nadie como él en estos momentos comprometidos. Por eso, como el Libertador á mí, designo siempre á Piñate para el desempeño de ciertas comisiones. Nadie más rápido en las marchas. Me parece verlo correr ya, botella en mano, por La Culebrita. Tiene pasmosa agilidad: de un brinco ha saltado El Araguato. ¡Qué piernas!... Ahora está subiendo El Parnaso; ahí tiene que disminuir la velocidad de la marcha, porque la cuesta es algo pendiente; pero ese tiempo lo gana en la bajada, estoy seguro, ¡y tan seguro! ¡Cuidado, sargento, con alguna emboscada en los mangos!... Vamos: pasó sin novedad y ya emprende la bajada, y, lo que yo decía: ahí gana el tiempo perdido en la subida. No les quede duda de que en este momento va cruzando La Sabanita con velocidad vertiginosa. ¡Es «mucho hombre»! ¿En dónde comprará el ron? En casa de Agapito; es la primera venta que se encuentra al entrar al pueblo.

—Supongamos que Agapito hace demorar algo á



BELLAS ARTES — EL REDENTOR — Cuadro de Leonardo de Vinci

voy á enseñarles el camino del que no oso llamar templo, sino humilde capilla del dios coronado de pámpanos en trono de tonel.

El camino que lleva de C*** á la casa de don Nicomedes es variado y pintoresco. Al salir del pueblo se cruza un llano alfombrado de menudo césped, y que se conoce con el nombre de La Sabanita: luego se sube por suave pendiente á la cima de una colina coronada con bosque de mangos, lugar á que dan los habitantes de C*** el pomposo nombre de «El Parnaso»; de allí, cuesta abajo, se llega al riachuelo de El Araguato, pasado el cual, se toma la estrecha y tortuosa senda de La Culebrita, la cual va ondulando hasta la puerta misma del señor capitán don Nicomedes Urquía y otras hierbas.

Es de noche, y en la sala de la casuca, están delante de una mesa coja, sentados en un banco también cojo, los tres nombrados sacerdotes de

Piñate, que dormitaba acurrucado en un rincón, se levanta despavorido gritando:

—¡Presente, mi capitán!

Don Patricio y don Facundo se echan á gatas en busca de aquel casco de botella donde puede aún quedar un trago. Pero la voz de don Nicomedes establece la calma dominando la escena con un «orden en las filas», que recuerda el «tenganse todos» de Don Quijote, en el que se le antojó campo de Agramante; y el ánimo se recobra cuando con mayor énfasis, y con el arranque de Sucre al lanzar en Ayacucho al bravo Lara, concluye el capitán:

—Al combate la reserva! ¡Sargento Piñate!

—¡Presente, mi capitán!

—Tome usted esta peseta; busque otra botella, lávela muy bien, vuele al pueblo y traiga ron.

—Al momento, mi capitán.

—Verán ustedes qué rayo de asistente. No hay

Piñate, mientras llena la botella. También Piñate es muy capaz de pedir la «ñapa» y Agapito de negársela. Esto puede traer una discusión. Démosle tiempo á todo.

Don Nicomedes hace, en efecto, una pausa mayor que todas las demás, cuya oportuna indicación he omitido y seguiré omitiendo en obsequio de la brevedad. Entre tanto, don Patricio y don Facundo siguen con la imaginación los pasos del sargento, hasta que el primero, á quien ya devora la impaciencia de darle un tiento á la botella, exclama con lengua pastosa:

—Despache pronto, Agapito.

—No hay que impacientarse— prosigue don Nicomedes. Piñate ya sale, y repondrá en el camino el tiempo perdido. Apuesto lo que ustedes quieran á que en tres brinco cruza La Sabanita. ¡Cómo si lo viera! Estén ustedes ciertos de que en este momento emprende la subida de «El Parnaso».



LA NUEVA CAPILLA DEL HOSPITAL ESPAÑOL
(Dibujo del arquitecto A. Christophersen)

La cuesta de ese lado es muy suave y la hará en un dos por tres. Y la bajada no se diga; ahí volará: debe de tener en cuenta nuestra impaciencia. Por supuesto que la tiene, siendo tan listo. No me queda duda de que salta en este instante El Araguato y echa como un venado por La Culebrita. No tarda ya ni dos minutos. ¡Qué digo dos! Un minuto á lo más!

—¡A lo más!—repite don Patricio

—¡No tanto!—exclama don Facundo relamiéndose.

—Tiene usted razón,—repite don Nicomedes,—ya debe de estar muy cerca, ya está llegando á la puerta; vean ustedes como responde al llamarlo:

—¡Sargento Piñate!

—¡Presente, mi capitán!

—¡El ron, sargento, el ron!

—¡Estoy lavando la botella, mi capitán!

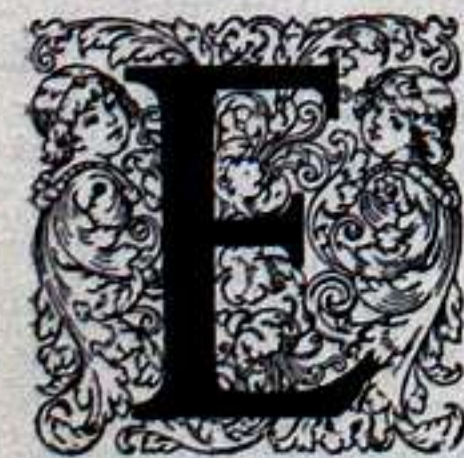
EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.

Caseros, 1898.



NUEVA CAPILLA

DEL HOSPITAL ESPAÑOL DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE BENEFICENCIA DE BUENOS AIRES.



En nuestro número de hoy publicamos dos grabados que representan, el primero, la capilla proyectada por la Sociedad Española de Beneficencia y que en breve se levantará en el Hospital Español, según los planos encargados al arquitecto señor Alejandro Christophersen; el segundo representa el acto de la colocación de la primera piedra que tuvo lugar el día 8 de Diciembre, como oportunamente publicamos en otro número, siendo la madrina la señora Petronila de Saralegui y padrino don Elías Romero, y asistiendo á la ceremonia el excelentísimo señor Arzobispo, que bendijo el acto, y distinguida y notable concurrencia.

Vemos con placer, por fin, un trozo de arquitectura clásica que nos recuerda la buena época del arte. El autor ha despojado su fachada de toda

ornamentación trivial, y ha conservado las líneas tranquilas y reposadas, buscando en ellas y en las proporciones sanas, todo su efecto arquitectónico.

El actual edificio del hospital, ejecutado según planos del arquitecto Aaberg, sin tener pretensiones de riguroso estilo ni de obra de arte, está juiciosamente tratado en el concepto de la arquitectura clásica italiana, siendo su conjunto simpático y de acuerdo con la índole del establecimiento.

Estas circunstancias obligaban al actual arquitecto del Hospital Español, á acentuar el estilo adoptado desde un principio, para que el conjunto fuese armonioso, y al proyectar este trozo arquitectónico que viene á completar el patio de las salas de caridad, ha dado prueba el autor, de cordura, permaneciendo fiel al estilo general y buscando dentro de él una buena inspiración, según las buenas tradiciones del clásico, sin dejarse seducir por frontones de otros estilos, quizás más atrayentes para los profanos, pero menos adecuados para completar un conjunto cuyas bases estaban establecidas.

La construcción de esta capilla, llenará una necesidad imperiosa en el establecimiento, que hasta ahora carecía de su correspondiente capilla, la cual estaba provisionalmente establecida en condiciones poco apropiadas.

El interior de la capilla, concebido en el mismo estilo clásico, recordará la arquitectura de la capilla del palacio Partefiore, de San Giovanni en Lanterano, y será decorada siguiendo el carácter de esa arquitectura.

La capilla será rodeada de galerías laterales que tendrán acceso por dos escaleras desde el piso bajo, reservadas para las Hermanas, y un coro para el órgano.



«LA DUDA»

Drama de don José Echegaray, estrenado en el Teatro Español el 11 de Febrero



A noche del viernes último se representó, por primera vez, en el teatro Español el drama de Echegaray titulado «La Duda». El aplauso que obtuvo en este drama la actriz Maria Guerrero fué unánime, estruendoso y merecido. Fácil es, por consiguiente, que el crítico en perfecto acuerdo con los espectadores, dicte sobre todo lo tocante á la representación, una sentencia justa, cuya validez nadie trate de impugnar y de la que nadie apele.

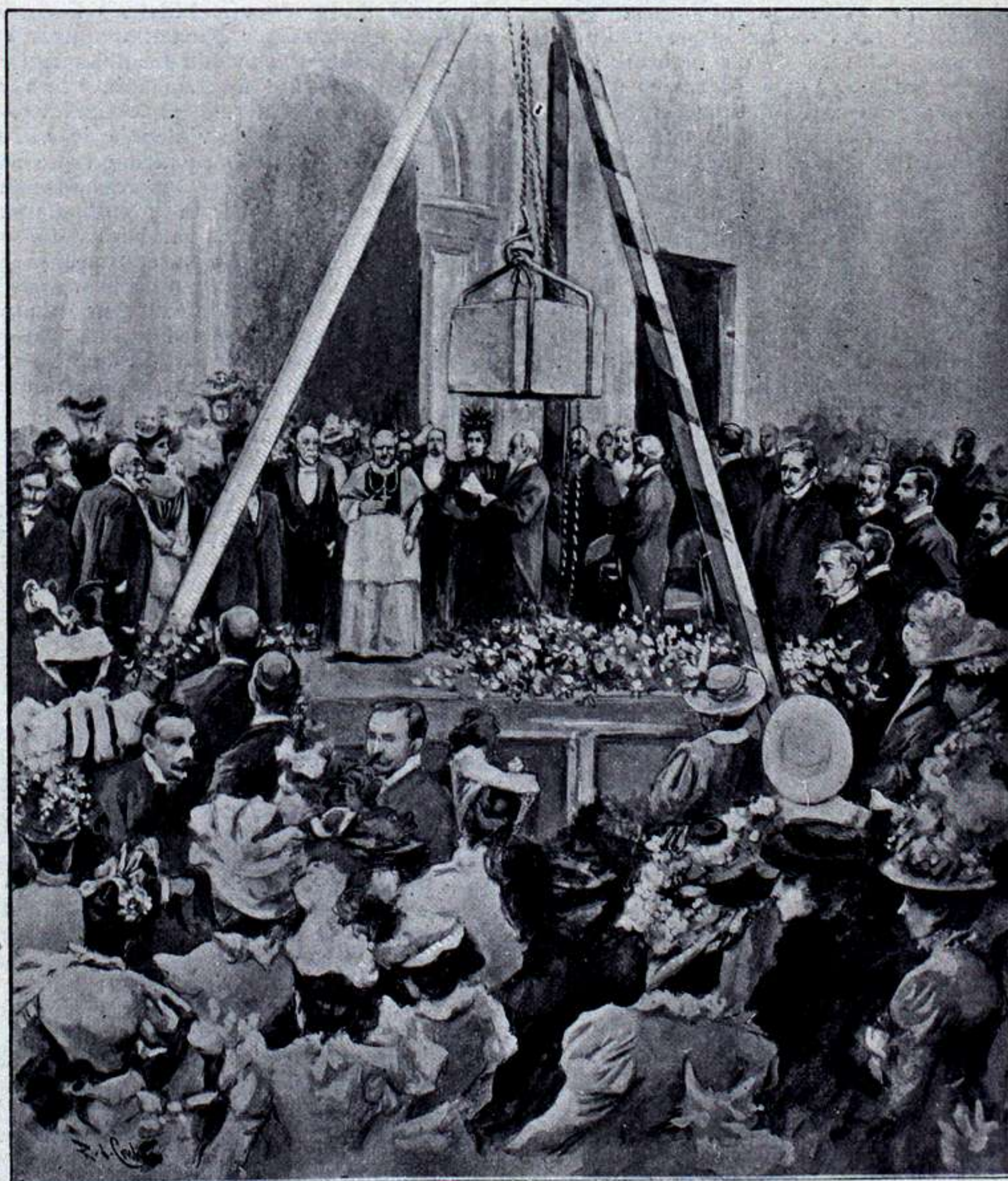
En cambio, acerca de la obra misma representada hay y se manifiestan muy divergentes opiniones; y como la estética, singularmente en su aplicación á casos particulares, dista mucho de ser una ciencia exacta como las matemáticas, no debe extrañarse que el crítico vacile un poco ó un mucho, dude también, ya que se trata de «La Duda», y se sienta inclinado á tomar para sí el papel de un gracioso personaje que hay en el mismo drama, que nunca dice *sí* ni *no*, que siempre dice *según*, y que apenas sabe á qué atenerse.

Triste recurso es, con todo, aceptar en esta ocasión el papel de don Braulio, que así se llama el mencionado personaje cómico, y buscar en él un asilo para salir del paso y no tropezar con peligrosos inconvenientes al emitir un juicio, no vago é inseguro, sino terminante y resuelto.

Lo que desde el principio está fuera ó, mejor diremos, por cima de toda discusión, es el prodigioso y fecundo ingenio de Echegaray, celebrado y admirado en toda España y reconocido ya en los países extranjeros y entre las más cultas naciones de Europa, donde se ponen en escena sus producciones y donde él es considerado como una de nuestras mayores glorias contemporáneas.

Todo lo que escribe un autor de gran mérito no por eso es menester que sea una perfección y una obra maestra. En cada una de sus obras estampará él, á no dudarlo, el hermoso é indeleble sello de su alta personalidad; pero bien puede ocurrir que, ya esté más inspirado, ya menos, y que componga cosas que no alcancen del público la alabanza y admiración que vienen á sancionar y acrecentar su bien ganada fama.

Acudir, como acuden algunos, para explicar



ACTO DE LA COLOCACIÓN DE LA PIEDRA FUNDAMENTAL DE LA NUEVA CAPILLA
DEL HOSPITAL ESPAÑOL
(Dibujo de R. J. Contell)

que no obtenga el poeta en ocasiones el laurel de la victoria, á que escribió de prisa, con determinado fin y sujetándose á condiciones previas que refrenan el vuelo de la inspiración ó que le extravían ó le tuercen, puede explicar en parte un mal éxito, pero no le disculpa.

No vale tampoco atribuir el malo ó el poco éxito, si lo hubo, á ligereza, ignorancia ó falta de atención del público, sobre todo cuando se trata del público de los viernes en el teatro Español, que es el más culto, inteligente y escogido que en Madrid hay. No trataremos, pues, de disculpar al poeta, ni porque escribió su drama á escape, ni porque lo escribió para que todo el peso é importancia de la acción recayesen sobre María Guerrero, y para que el drama fuese á modo de un monólogo coreado. Y no culpamos tampoco al público porque no gustase extraordinariamente del drama. A mi ver, aunque en esto me parezca yo al cómico personaje don Braulio, lo que no se sabe aún con certeza, es si el público gustó ó no gustó de la obra. Y lo que ya se sabe con certeza, es que el público quedó sorprendido, maravillado y suspenso, al verla y al oírla, lo cual jamás acontece con las obras medianas, sino sólo con las obras producidas por autores de talento original y espontáneo, que no se resignan á seguir los frecuentados y trillados caminos, sino que se lanzan con ímpetu valeroso por los no abiertos ni tal vez hollados aún, para descubrir y conquistar inexploradas y desconocidas regiones en el mundo del arte y de la poesía.

No puede negarse que en dicho mundo hay modas que cambian con frecuencia, y que los autores adocenados exageran las tales modas, remedando á los que las imponen en y desde los países del Norte de Europa, porque la decadencia política de las naciones del Mediodía influye en esto más de lo que parece. En Echegaray, sin embargo, no se advierte ni el menor rastro de imitación. Acaso no logre él imponer la moda, pero tampoco la sigue. No podrán jactarse rusos, suecos, alemanes, ingleses y franceses de que él los imita. Toda obra de Echegaray tiene la marca inequívoca de la originalidad; da testimonio irrefragable de que fué concebida en su cerebro, sin más concurso extraño que el de las impresiones que hace en él la naturaleza, creando así determinados conceptos de la vida humana y de sus pasiones, actos y destino. Pero, si Echegaray no imita, coincide.

Se dan corrientes, así en el pensamiento humano en general, como singularmente en literatura, que lo mismo que arrastran á Ibsen, pueden arrastrar y arrastran á Echegaray.

Existe en el día decidida inclinación á hacer en las obras literarias, estudios y análisis del alma humana, profundizando mucho, sin miedo á que se aflija el lector ó el oyente, y pase un mal rato en vez de deleitarse. El referido análisis ó estudio, desapiadado y hondo, se funda en una psicología fisiológica donde lo espiritual y lo material aparecen combinados y tal vez instintos, y donde la pasión nace casi siempre de un determinismo preestablecido, cuyos gérmenes y raíces son el temperamento y otras condiciones orgánicas que se adquieren por herencia, ó que son innatas, aunque no se hereden, y que el medio ambiente y otras exteriores circunstancias desarrollan luego en cada individuo. Hay, pues, en todo, algo de fatal é ineluctable, como la caída de los cuerpos graves hacia el centro, como el curso de los ríos hacia la mar, y como el eterno giro de los planetas en el cielo. Unida á este poco lisonjero y desengañado concepto de nuestro sér, ha brotado ó empieza á brotar cierta melancólica, negra y aflictiva mitología, resultando de ella el simbolismo. La literatura naturalista novísima propende, pues, á ser simbólica, y de todo esto, ó sea de la psicología fisiológica y de la flamante simbólica mitología, tiene mucho «La Duda» del señor don José de Echegaray.

Claro está que «La Duda» no es un dios, ni una diosa, ni un genio, ni un demonio que haga dudar y que atormente así, á los individuos de quienes se apodera. No es ya Venus, ni Júpiter, ni Saturno, ni otra deidad irritada ni el propio Lucifer, ni ningún espíritu maligno de quien y por quien el protagonista de un drama ó de una novela se siente poseído ó obseso. Es, sí, la propia pasión, ó, mejor dicho, la propia energía patológica que la infunde, y que se encarna y aparece en un sér humano de carne y hueso, el cual es, á la vez, una criatura como las otras, con su nombre de pila, con su apellido, y hasta con su cédula personal, y es, al mismo tiempo, el genio malévolo contra quien combate la persona, acosada por él y blanco de sus iras.

En el caso del drama de Echegaray, el genio inspirador de la duda se llama doña Leocadia.

Algo tiene doña Leocadia de humano, pero es también una abstracción personificada. Este doble carácter presta á dicho personaje un no sé qué de misterioso que, sin rayar en lo sobrenatural, se pierde en las esferas sombrías de la Naturaleza ó en el laberinto tenebroso donde no acierta á llevar su luz el pensamiento del hombre.

Prescindiendo, ahora, del papel simbólico que doña Leocadia representa, considerémosla como personaje real. Es una mujer tétrica, envidiosa, poco feliz en todo, y muy contrariada porque su hija Lolita, enamorada y no correspondida

de Ricardo, ha entrado en un convento, y es monja.

Ricardo, rico, gallardo y discreto, adora, en cambio, á la señorita Amparo, hija del comerciante don Baltasar y de la señora doña Angeles, modelo de madres y esposas.

Don Baltasar ha pasado en Chile cuatro ó cinco años, lejos de su mujer, por inevitables motivos. Durante el drama, don Baltasar sigue ausente, aunque no tan lejos.

Ricardo y doña Angeles se han criado juntos, y se profesan, desde la infancia, la amistad más entrañable y más pura. Doña Angeles, pues, está contentísima de que su hija se case, y se case tiernamente enamorada con el hombre á quien ella estima más en el mundo, como amigo.

Amparito es una niña mimada, apasionadísima, enérgicamente nerviosa, agitada por los más nobles y puros sentimientos, y buscando y esperando en el amor de Ricardo, su futuro consorte, todas las immaculadas perfecciones que caben en esta vida terrenal y transitoria, en la unión de dos esposos.

Doña Leocadia, valiéndose arteramente de la calumnia, marchita las esperanzas de Amparo, y trueca su felicidad en desventura espantosa. Con maña y sutileza, va insinuándose por grados en el espíritu de Amparito, y hace germinar en él la vaga sospecha de que su madre y Ricardo pueden haberse amado con menos inocente y limpio afecto que el de la amistad. Al mismo tiempo, por medio de anónimos y de otras sugestiones, doña Leocadia infunde dudas y recelos análogos en el alma de don Baltasar, el marido ausente.

La intimidad cariñosa con que Ricardo y doña Angeles se tratan, presta visos y apariencias de verdad á la calumnia.

Amparo, que ama, estima y venera á su madre, se resiste á creerla culpable. Empieza, no obstante, á dudar, y la atosiga la duda.

Don Baltasar, entre tanto, más dominado que su hija por las sospechas, llega á creer culpable á su esposa. halla indecoroso y moralmente feo el casamiento de la hija con el supuesto amante de la madre, y se opone á él, por medio de una carta, sin expresar las razones en que su oposición se apoya.

Cavila entonces, Amparo, acerca de las causas de la imprevista oposición, é interroga sobre ellas á la perversa doña Leocadia, la cual nada pone en claro por lo pronto, pero sigue envenenando con reticencias, el alma de su víctima. Amparo, contrariada en su amor, enferma de peligro, y su padre, entonces, á fin de salvarle la vida, ahoga recelos y rencores, y da su consentimiento para la boda.

No por eso se reposa la agitada mente de Amparo. Antes persiste en ella el anhelo de averiguar, aunque ya su padre consiente en la boda, por qué se opuso á ella en un principio. Movida de esta curiosidad insana, impulsada por la sed de librarse de la duda convirtiéndola en certidumbre, aunque sea menester para ello apurar hasta las heces el cáliz de la propia desdicha, Amparo interroga de nuevo á doña Leocadia y la apremia de tal suerte, que doña Leocadia, como á pesar suyo y como si se diese á la violencia, le entrega y le deja leer una carta de su padre, en que éste declara con íntima confianza las razones que había tenido para no consentir en la boda. Amparo lee la carta, donde, con crudas palabras y descompuesto enojo, don Baltasar injuria á su mujer, calificándola de liviana, viciosa y adúltera.

Amparo lee la horrible carta en el momento en que va á dar el sí á Ricardo, al pie del altar, en la capilla misma de la casa, donde ya está todo preparado y se hallan las personas que deben asistir al consorcio.

En aquel momento, la razón de Amparo se trastorna. La locura se apodera de su sér, y empieza á manifestarse con una carajada sardónica y con otros síntomas violentos que María Guerrero figura con tan estupenda habilidad que los espectadores todos se conmueven y casi se aterroran. Se diría que la grande actriz, porque bien podemos, sin ponderación ni lisonja, llamarla grande, ha estudiado concienzudamente en un manicomio, y ha atinado á copiar con fiel exactitud los gestos, los movimientos, los gritos y la risa de los locos furiosos.

En todo el tercer acto se desenvuelve el tremendo proceso de la locura, creciendo siempre el interés, más doloroso que puramente estético, de aquella representación realista.

Realista es por cierto la representación. Y á más de realista, se da en una esfera casi vulgar y ordinaria, donde los personajes que se mueven y accionan, tienen en la escala social, una posición bastante común: son gente de la clase media; burgueses acomodados, como hay muchos. Pero el simbolismo que pone el poeta en su obra, y el espíritu fatídico con que la informa y la anima, van gradualmente penetrándola toda y trascendiendo desde ella al ánimo del espectador ó del oyente.

Los personajes se agigantan en nuestra imaginación, calzan coturnos de la mayor altura y los sucesos adquieren el carácter de la leyenda ó del mito. Así es cómo aceptamos, no sólo por verosímil, sino por muy natural y sencillo, que la calumnia de doña Leocadia, grosera y sin el menor fundamento, no sea rechazada con la debida

energía por Ricardo y por doña Angeles; sea tan fácilmente creída por don Baltasar; y acabe por mover en el ánimo de Amparo, tempestad tan horrible. No es doña Leocadia, no es una vieja chismosa y perversa quien tan eficazmente calumnia: es, sí, un poder misterioso, el espíritu calumniador personificado, ó, como si dijéramos, el propio diablo, que es la esencia y la significación de la calumnia.

Adquiriendo todo, de esta suerte, colosales proporciones, merced al arte mágico del dramaturgo, que exalta la imaginación del auditorio, todavía seguimos viendo y oyendo con los sentidos materiales, una habitación mediana de Madrid, y á la gente que vive en ella ó que la visita. Pero con la mente exaltada, los personajes, ó al menos la figura capital que descuella en el drama, esto es, Amparito, se convierte en heroína semejante á los antiguos héroes de la tragedia griega: de casta, condición y estatura superiores á las de los otros mortales, y atormentados por un numen maléfico, contra el cual combaten briosa y desesperadamente, triunfando al fin ó sucumbiendo en la lucha. Amparo no es ya una señorita mimada, hija de un comerciante, sino hermana ó parienta muy próxima de Fedra, de Mirra, de Prometeo, de Edipo ó de Orestes.

Las Furias vengadoras entran en su alma, obscurcen y ciegan su razón y hacen de ella instrumento fatal de la cólera, de la justicia y de la venganza del cielo.

Amparo, sin saberlo, sin tener conciencia de lo que hace, cumple los decretos del destino. Así como Orestes, creyendo sólo y anhelando sólo castigar á Egisto y vengar á su padre, da también de puñaladas á su madre Clitemnestra, y es inconsciente parricida, así Amparo, impulsada por el frenesí que la domina, acierta á encerrarse á solas con la dueña, con doña Leocadia, y cae furiosa sobre ella, y le aprieta la garganta entre los dedos, con la fuerza nerviosa que les presta la locura, y acaba por ahogarla. Amparo cree que ha ahogado la duda; pero ha ahogado también á una mujer, ha cometido un homicidio, del que es irresponsable: ha sido la ciega y inevitable ejecutora de la ley de los hados.

Tal es la escena final con que el drama termina. Su atrevimiento es grande. Bien es menester todo el pasmoso talento de que entonces dió muestras María Guerrero, para que á los ojos del público tenga dignidad trágica esta escena, y no degeneren en ridícula ó en repugnante.

No contaba Horacio con artistas de tanto valer como María Guerrero, cuando dictó como precepto de su *Arte poética*:

Nec filios coram populo Medea trucidet.

Cumplida la misión, providencial ó fatal, que la locura tenía, Amparo recobra el entendimiento y termina el drama.

Los sucesos ulteriores que de la muerte de doña Leocadia resulten, cada cual queda en libertad de fingirlos ó de arreglarlos como mejor le parezca. Sería propio de un espíritu vulgar y fácilmente chistoso el ponerse á discurrir, en broma, sobre el procedimiento judicial que de seguro había de seguir al homicidio. Amparo le ha cometido estando loca, y no puede menos de ser absuelta. Cualquier tribunal ó cualquier jurado no puede ser más severo con la hija de doña Angeles que lo fué con Orestes el Areópago, absolviéndole de la muerte de su madre y libertándole de las Furias que le atormentaban.

El público, imitando al Areópago que absuelve á Orestes y al supuesto tribunal ó jurado que, sin duda, absolvería á Amparito, absolvió también al señor Echegaray de su singular atrevimiento; y parte del público, si no todo, no se limitó á absolver, sino que aplaudió el atrevimiento y le tuvo por dichoso. Es verdad que muchos, al terminar el último acto y al salir á la escena María Guerrero y el señor Echegaray, gritaban: ¡sola! ¡sola! dando á entender que únicamente aplaudían á la actriz, y que no querían hacer participante del aplauso al poeta. Pero otra parte del público, acaso la más numerosa y la más razonable, gritaba: ¡el autor! ¡el autor! Esto, á mi ver, era lo justo. Innegable es que sin el raro talento, sin el arte y sin las nada comunes facultades de María Guerrero, el drama hubiera hecho fiasco. Pero ¿qué drama mal representado no le hace y no está expuesto á convertirse en parodia, mientras más aspiraciones tiene el autor á que sea sublime? El mérito de la actriz fué innegable; pero ¿cómo negar ó escatimar la alabanza al poeta que inventó el asunto y trazó el cuadro donde pudo figurar la actriz y dar pruebas de su mérito? En la vida real llana y burguesa de todos los días, parece inverosímil, ó por lo menos peregrino y raro, mucho de lo que sucede en el drama de Echegaray; pero tampoco en la vida llana y burguesa hay simbolismos, ni mitologías flamantes, ni encarnaciones de tenebrosos y abominables poderes. En suma: lo real y lo ideal no forman una ecuación perfecta; las figuras en el teatro tienen que tomar ingentes proporciones para que no aparezcan insignificantes y mezquinas, y el arte no es, ni fué nunca, una meticulosa reproducción ó una exacta imitación de la naturaleza, á no ser que por Naturaleza se entienda, como entendía Aristóteles en su *Poética*, todo lo visible y lo invisible, todo lo creado y lo increado, y cuanto hay ó puede haber en el espí-

ritu del hombre, en la tierra y en el cielo. Con este elevado concepto del arte, bien se puede rechazar la acusación de inverosimilitud, con que tildan algunos el drama del señor Echegaray.

Aceptado lo simbólico, convertida doña Leocadia en la prosopopeya de la calumnia y dotada de sobrehumanos é irresistibles poderes, claro está que todo se explica; pero, si volvemos á traer y á reducir el argumento del drama á la trivial llaneza de la vida ordinaria, todavía sobreviene una dificultad, ó, mejor dicho, una deficiencia. Don Baltasar había de tener mucha calma, ó plena confianza en la virtud de su mujer, cuando, fuese por lo que fuese, estuvo separado de ella, durante cinco años, por el Atlántico, y por un ancho continente.

¿De qué endemoniados recursos se vale doña Leocadia, que falsas pruebas aduce y con qué maña y prestigio inculca en el ánimo de don Baltasar, no ya la duda, sino el error afirmativo, la convicción de que su mujer le es infiel y le ha deshonrado? Todo esto queda obscuro en el drama. Demos, no obstante, como demostrado y sabido que hubo suficiente causa para la horrible convicción de don Baltasar.

Otro escrúpulo nos asalta entonces: ¿Por qué un hombre de juicio, decoroso, circunspecto y amantísimo de su hija, se arroja, por enorme que sea su cólera, á escribir á la mala pécora de doña Leocadia, infamando con los términos más atroces á la madre de esa hija de él, á quien él tanto quiere? Resulta de ello que, si bien don Baltasar no es malvado como doña Leocadia, tal vez es más funesto. Doña Leocadia es la causa primera y mediata del mal; don Baltasar es la causa inmediata y determinante. En el punto en que sube á su mayor altura el interés del drama, la carta de don Baltasar es lo que inclina, ó, más bien, precipita la acción hacia la catástrofe. Amparo se vuelve loca al ver el falso testimonio consignado ferozmente por su padre en un documento escrito. Durante la representación, nada de esto, por dicha, nos perturba la mente, dominada por el arte del dramaturgo y por el hechizo que la inspirada actriz ejerce en nosotros; pero después, si recapitamos y cavilamos sobre el caso, y si llega á mover nuestro pensamiento una severidad moral y crítica tal vez exagerada, no hemos de negar que se nos ocurre un extraño aditamento para que el drama se complete y concluya mejor, sin que quede ningún cabo suelto. Deseamos que de repente y como por milagro aparezca don Baltasar sobre las tablas cuando Amparito aun está en vena de ahogar, y que arremeta con él y que también le ahogue.

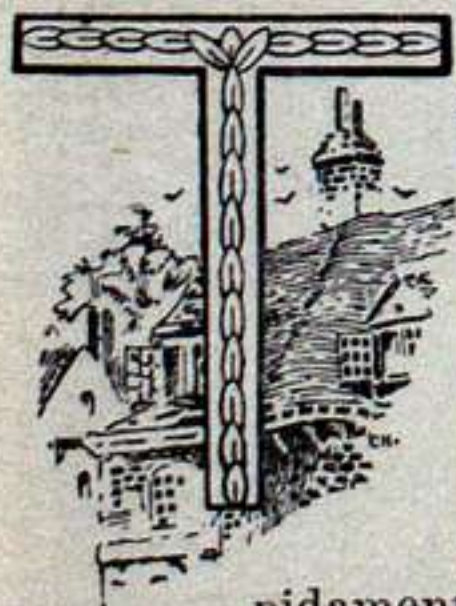
Volviendo de nuevo, aunque pequeños de cansados, á hablar de la actriz, bien podemos afirmar que *La Duda*, independientemente de todo otro valer, ha tenido por fortuna el de ser ocasión y causa del mayor triunfo que María Guerrero ha obtenido hasta ahora, y de que se revele en ella, con luminosa evidencia, la actriz eminente. Si va, pues, á representar, como se anuncia, en los teatros de París y de Londres, le auguramos el mejor éxito y alta nombradía, no sólo en España, sino en toda Europa.

JUAN VALERA.



CUESTIONES MILITARES

Los transportes —Personal, material y ganado en Alemania y Francia —Importancia del tren en tiempo de guerra en los ejércitos modernos.



ENER una numerosa infantería bien disciplinada y bien armada, una caballería bien montada que conozca los teatros probables de operaciones, y una artillería poderosa que pueda moverse con facilidad y rapidez en aquéllos, no basta. Es preciso que todos estos elementos puedan concurrir rápidamente, y concentrarse *in totum*, en el teatro de la guerra; es necesario que el ejército pueda tomar la ofensiva con el máximo de sus fuerzas y en el menor tiempo posible.

Un ejército no se compone tan sólo de infantería, caballería y artillería, esto es, de las tres armas esencialmente combatientes, cuyas propiedades tácticas se completan las unas á las otras; necesita tropas de ingenieros para salvar los obstáculos que pudieran oponerse á sus movimientos, para reparar las vías que sigue en su marcha ofensiva, ó destruirlas en la retirada, para organizar, con todos los recursos de la fortificación pasajera, ciertas localidades ó posiciones cuya ocupación puede ser importante para el éxito de las operaciones; necesita también equipajes de puentes para atravesar ríos cuyos puentes el enemigo hubiese destruido; y, por fin, debe tener un cierto número de servicios que contribuyen al éxito, tanto como los elementos que preceden; estos servicios están confiados al tren de los transportes militares y compren-

den los servicios de transporte ó convoy de municiones, de subsistencia, de las intendencias, servicio de sanidad, servicio de tesorería y correos, servicio de telegrafía militar, etc.

Las atribuciones de las compañías del tren en campaña son en resumen:

1.º La conducción de vehículos y mulas de carga de las ambulancias y de los hospitales de campaña;

2.º El transporte, durante y después del combate, á las estaciones de las ambulancias de curación, de los heridos y enfermos inhabilitados para marchar, recogidos en los puestos de socorro del servicio de sanidad en el campo de batalla;

3.º El servicio de evacuación de las ambulancias sobre los hospitales de campaña;

4.º La conducción de los convoyes administrativos de las subsistencias y de las panaderías de campaña de ejército;

5.º El transporte de las reservas y de vestuarios y de los efectos de equipo de los cuerpos de ejército;

6.º La conducción de los coches del servicio telegráfico;

7.º La conducción de los coches de la tesorería y del correo, y el servicio de estafeta de correos;

8.º La conducción de los depósitos de remonta móvil de los cuerpos de ejército;

9.º La conducción del parque de ingenieros del cuerpo de ejército;

10. La conducción de los convoyes auxiliares de los cuerpos de ejército y la de los convoyes de requisición organizados sobre las líneas de etapas;

11. La conducción de los equipajes á los cuarteles generales del ejército, el servicio de etapas y de los ferrocarriles de campaña;

12. Y, por fin, las compañías del tren proveen las ordenanzas á las distintas categorías de oficiales asimilados, en las condiciones que prevén los reglamentos hechos *ad hoc*.

La organización militar del servicio de los transportes del ejército se remonta al principio de este siglo.

Antiguamente este servicio se hacía por requisiciones forzadas de hombres, de caballos y de vehículos.

Más tarde, hacia el siglo XVII, se empezó á recurrir al sistema de contratos hechos con compañías ó con empresas particulares que proveían á un precio determinado los coches, los cuadrúpedos y los conductores, para el transporte del pan, los bagajes y todo lo que sigue á las tropas en marcha.

Organizados en larguísimo convoyes, formaban verdaderos almacenes rodantes.

El sistema de la empresa señalaba ya un progreso sobre el de las requisiciones; pero no dejaba de ofrecer muchos inconvenientes. Ante todo, las empresas no estaban nunca á la altura de las necesidades. Fué principalmente durante la ruda campaña del invierno de 1807, en los caminos fangosos y en depresión de Polonia, que Napoleón I sintió las consecuencias de los defectos del sistema de la empresa contratada para los transportes del ejército, y pudo comprobar el poco desvelo de los conductores reclutados ó contratados por la industria privada, el poco valor que demostraban en el peligro aquellos hombres á los primeros tiros, aquellos conductores asalariados que se fugaban, abandonando caballos, vehículos y viveres. Napoleón reconoció entonces la necesidad de militarizar á los conductores de los coches para municiones, viveres y bagajes, como había ya militarizado en 1800, por razones análogas, á los conductores de la artillería, que antes eran suministrados por empresas civiles.

Pensaba, y con razón, que el peligro, siendo más ó menos igual para todos los que concurren á los diversos servicios de un ejército, era preciso tenerlos vinculados por el honor y tratarlos como soldados, para imponerles sus deberes. — (A. Thiers).

Es en extremo interesante citar los siguientes extractos de una carta que Napoleón escribía el 6 de Marzo de 1807 al general Dejean, Ministro de la administración de la guerra, en la cual desarrollaba sus ideas, tocante á la nueva organización del ejército:

«Nada es más defectuoso que la organización de los transportes de la compañía Breidt; ésta hace un pésimo servicio...

Desearía formar batallones de transporte de los equipos militares. Cada batallón sería mandado por un hombre que tuviera rango de capitán de línea. Habría en una compañía 32 arcones, 128 caballos de tiro y 64 hombres; se le agregaría una fragua de campaña, un vehículo de repuesto de guarniciones y de aprovisionamientos de reparación para los arcones. Seis compañías podrían formar un batallón, que se compondría, por lo tanto, de 192 vehículos, 768 caballos y 384 hombres.

Con este medio no tendríamos más intereses opuestos á los intereses del Ejército, lo que no sucede ahora; como, por ejemplo, cuando tengo interés en que los arcones lleguen pronto, el interés del empresario es opuesto.

Quiero, con esta nueva organización de los transportes, hacer el tren de los equipajes militares, como lo es el tren de la artillería, que me ha prestado servicios muy importantes. Sin estar este tren organizado como lo está, no hubiera podido extraer mi artillería de los malos caminos, y conseguir que nunca una pieza se haya quedado en el camino.

Estos resultados indemnizan bien los gastos que esta organización demanda en tiempo de paz.

Se dará al tren de los equipajes un uniforme distinto del tren de la artillería. Estos carreros deben ser llamados soldados de los equipajes: ellos están expuestos, aunque no del mismo modo que lo están los de la Artillería; pero cada cual lo está en un Ejército, y no es el módico salario, sino el espíritu del oficio, lo que induce, á pesar del peligro, á cumplir con su deber.

Fué en virtud de un decreto de fecha 26 de Marzo de 1807, que fueron creados los primeros batallones del tren en el Ejército francés; esta organización fué imitada por la mayor parte de los ejércitos.

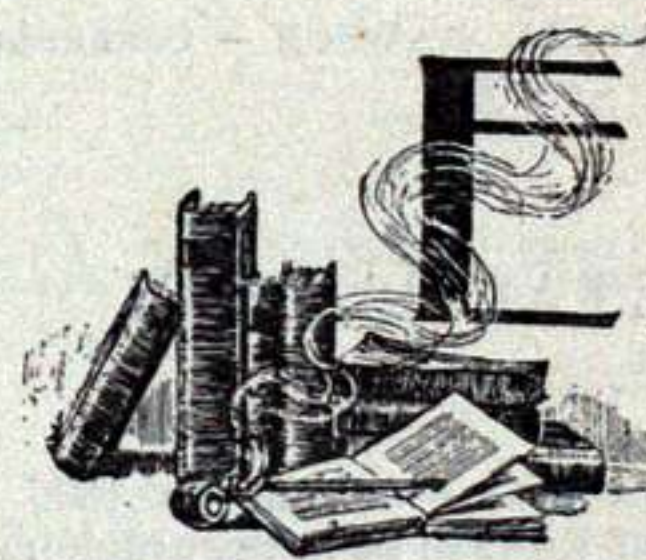
Pero no es necesario remontarse á las guerras del primer Imperio, para darse cuenta de la necesidad de la organización militar del tren. La historia contemporánea nos ofrece un ejemplo concluyente en lo que aconteció en el tren civil italiano en 1866 en la batalla de Custoza; los carreros del tren civil se conmovieron de tal modo á los primeros choques, que gran número de ellos cortaron los tiros y huyeron con los animales, dejando los vehículos amontonados en los caminos. La obstrucción fué tal, que dos divisiones del 2.º cuerpo de ejército italiano, que habían quedado en reserva sobre la margen derecha del Mincio, no pudieron pasar á la margen izquierda para tomar parte en el combate é impedir, sin duda, la toma de Custoza, último punto de apoyo del ejército italiano en aquella nefasta jornada.

Con ese hecho se pudo formar criterio sobre los pretendidos servicios económicos y patrióticos que pueden prestar las empresas particulares ó los proveedores. No puede exigirse á hombres que no son soldados, que no tienen el hábito de la vida militar ni las ventajas que tienen los que forman parte del ejército, que afronten y resistan los peligros de una campaña, como lo hace una tropa de línea.

C. M.



LA NATURALEZA



ENTRÉ en una inmensa sala subterránea de altas bóvedas.

Toda ella estaba iluminada por un resplandor que parecía surgir del suelo.

En el centro estaba sentada una mujer de majestuoso aspecto, vestida de un amplio traje verde.

Apoyaba en la mano su cabeza y parecía meditar profundamente.

Comprendí que estaba ante la Naturaleza, y al punto nació en mi alma algo como un temor sagrado, ó reverencia silenciosa.

Acerquéme á la mujer sentada, y después de saludarla con respeto le dije:

—¡Oh madre común! ¿en qué estás pensando? ¿Acaso en los futuros destinos de la humanidad? ¿En las condiciones necesarias para que alcance toda la perfección y dicha posibles?

Lentamente volvió la mujer hacia mí sus ojos sombríos, penetrantes y temibles, entreabrióse sus labios, y oí su voz resonante, como de hierro que chocara con el hierro.

Pensando estoy en el modo de dar mayor fuerza á los músculos de la pata de la pulga, para que más fácil le sea evitar las persecuciones de sus enemigos. El equilibrio entre el ataque y la defensa se ha roto. Es necesario restablecerlo.

—¡Cómo! exclamé balbuceando, ¿en eso estás pensando? ¿y nosotros los hombres no somos tus hijos predilectos?

Ella frunció un poco el entrecejo.

—Todos los animales, dijo, son mis hijos. De todos me preocupo igualmente y á todos por igual los extermino.

—Pero... el bien... la razón... la justicia... murmuré.

—Esas son palabras humanas, repuso la voz de hierro, yo no conozco ni el bien ni el mal. Vuestra razón no es mi ley. Y ¿qué es la justicia? Yo te di la vida, yo te la quitaré para dársela á otros seres, ya sean gusanos ú hombres, indistintamente.

Tú, mientras no te llega la hora, sigue en la lucha, procura defenderte, y no me importunes más.

Quise replicar, pero toda la tierra en torno mío mugió sordamente, y yo me estremecí de espanto. Entonces desperté!

TOURGUENEF.





HOSPITAL RAWSON — CORREDOR DE ESPERA

EN EL HOSPITAL RAWSON

En uno de los últimos meses del año de 1896 tuvo lugar en el Hospital Rawson la inauguración del servicio de cirugía de los riñones, vejiga, etc., a cargo del doctor Federico Texo.

La prensa toda hizo cumplidos elogios a las nuevas instalaciones, y los resultados prácticos, desde entonces, han correspondido a aquellas alabanzas. Nuestra impresión ha sido verdaderamente halagüeña al visitar una por una las diversas secciones en que están divididas, y honra este Hospital al cuerpo médico nacional, y muy especialmente a sus iniciadores, doctores Señorans y Texo, y al exintendente doctor Federico Pinedo, bajo cuya administración se otorgó el decreto que ordenaba aquellas obras de nueva instalación.

El doctor Texo, jefe y director inmediato en la construcción, ha revelado conocer las necesidades que requiere un servicio de esa naturaleza, y al confeccionar los planos ha tenido en cuenta los de las mejores instalaciones del viejo mundo, seleccionando lo mejor de cada una de ellas y muy especialmente de la del hospital Necker de París y del Urban de Berlín, en cuyas clínicas, así como en Viena, ha pasado seis años recibiendo lecciones de los más renombrados maestros, Guyon, Roux, Englisch, Israel, etc., cimentando profundos conocimientos sobre la especialidad y llegando a dominarla por completo.

Consta el servicio de dos cuerpos: en uno se encuentra la sala de enfermos, comedor y piezas para enfermos en observación; y en el otro, la sala de operaciones, laboratorios, consultorio externo, museo, etc., etc. Ambos departamentos están unidos por medio de una galería de cristales.

La parte que comprende la sala de enfermos y comedor para los mismos, está instalada en un edificio ya antiguo que se ha tratado de modernizar lo mejor posible; la otra, donde están los laboratorios, museo, etc., es de construcción reciente y es la que más llama la atención por su sencillez y distribución.

Todo el nuevo edificio está rodeado de hermosos jardines.

Un comedor, colocado en el medio del pabellón, da acceso a la sala; sus paredes están estucadas hasta dos metros de altura, sus ángulos redondeados, lo que permite hacer una limpieza prolija.

En este zaguán y ocupando sus cuatro ángulos están instaladas tres piezas para enfermos operados y en observación, y el departamento de baños.

Sus paredes y techos están pintados al esmalte; cada una de ellas tiene capacidad para alojar dos enfermos.

El departamento de baños, aunque pequeño, es en extremo sencillo y cómodo, conteniendo todos los aparatos necesarios para un tratamiento hidroterápico.

Todo enfermo, antes de ingresar en la sala, recibe aquí un baño higiénico.

Continuando este corredor, frente a la puerta de entrada, se halla la que da acceso al comedor de enfermos. Para instalar este departamento ha sido necesario aprovechar una galería de cristales que une el pabellón con el lavadero.

Es la primera vez que entre nosotros se anexa un comedor a una sala

de enfermos; está de más hacer resaltar la importancia de esta innovación.

La sala para enfermos es amplia, clara y con abundante ventilación; su capacidad es para veintiséis camas.

Su piso es de mosaico, sus paredes estucadas hasta dos metros de altura y el resto de éstas, así como el cielo raso, están pintados al esmalte, lo que facilita notablemente la limpieza, pudiendo ésta ser hecha sin el menor inconveniente, a manga.

Es justo que aquí hagamos notar que el doctor

Texo ha contribuido con su propio peculio a una parte de la construcción, mejorando la clase de estuco, vidrieras de los comedores, material de camas, etc., etc.

Lo primero que se nota al entrar en la sala, es la ausencia de la antigua y poco higiénica mesa de noche, que ha sido sustituida por dos planchas de hierro enlozado fijadas en la parte izquierda de la cabecera de la cama.

Hay también otras innovaciones, tan sencillas como cómodas e higiénicas.

En la parte del edificio recientemente construida, se hallan instaladas tres habitaciones para enfermos operados, la sala de cirugía, la de curaciones, los laboratorios, el consultorio externo, el museo, el archivo y biblioteca, el guardarropa y camillas.

Todos estos departamentos están separados por espaciosos y ventilados comedores, que han sido convertidos en sala de espera para los enfermos que asistan al consultorio externo.

Las piezas para enfermos operados no difieren en nada de los existentes en el otro cuerpo del edificio.

La sala de cirugía y sus dos piezas laterales y anexas dan frente a la de enfermos. Es espaciosa y en forma de herradura, con amplia iluminación lateral y zenital. Su orientación es perfecta, así como su ventilación.

El piso es de mosaico veneciano, sus paredes de estuco, así como la cúpula que la corona.

En su centro ha sido colocada la mesa de operaciones modelo Trendelenbourg.

Ha sido también donada al servicio por el doctor Texo.

Todo en esta sala es sencillo, elegante y de fácil limpieza.

Las piezas laterales han sido destinadas: la de la derecha, a los instrumentos de cirugía y aparatos para la esterilización de los mismos, estufa de Pompinel y autoclave de Sorel.

El arsenal quirúrgico ha sido suministrado por las más renombradas casas de París y Berlín: Collin, Lüer e Hirschman, habiendo entre ellos un buen número donados por el doctor Texo.

La pieza de la izquierda está destinada a la desinfección del cirujano y sus ayudantes.

Un aparato construido por la casa Anglade, suministra agua filtrada y esterilizada, fría o caliente a los lavatorios de esta pieza, a la sala de operaciones y a la de curaciones.

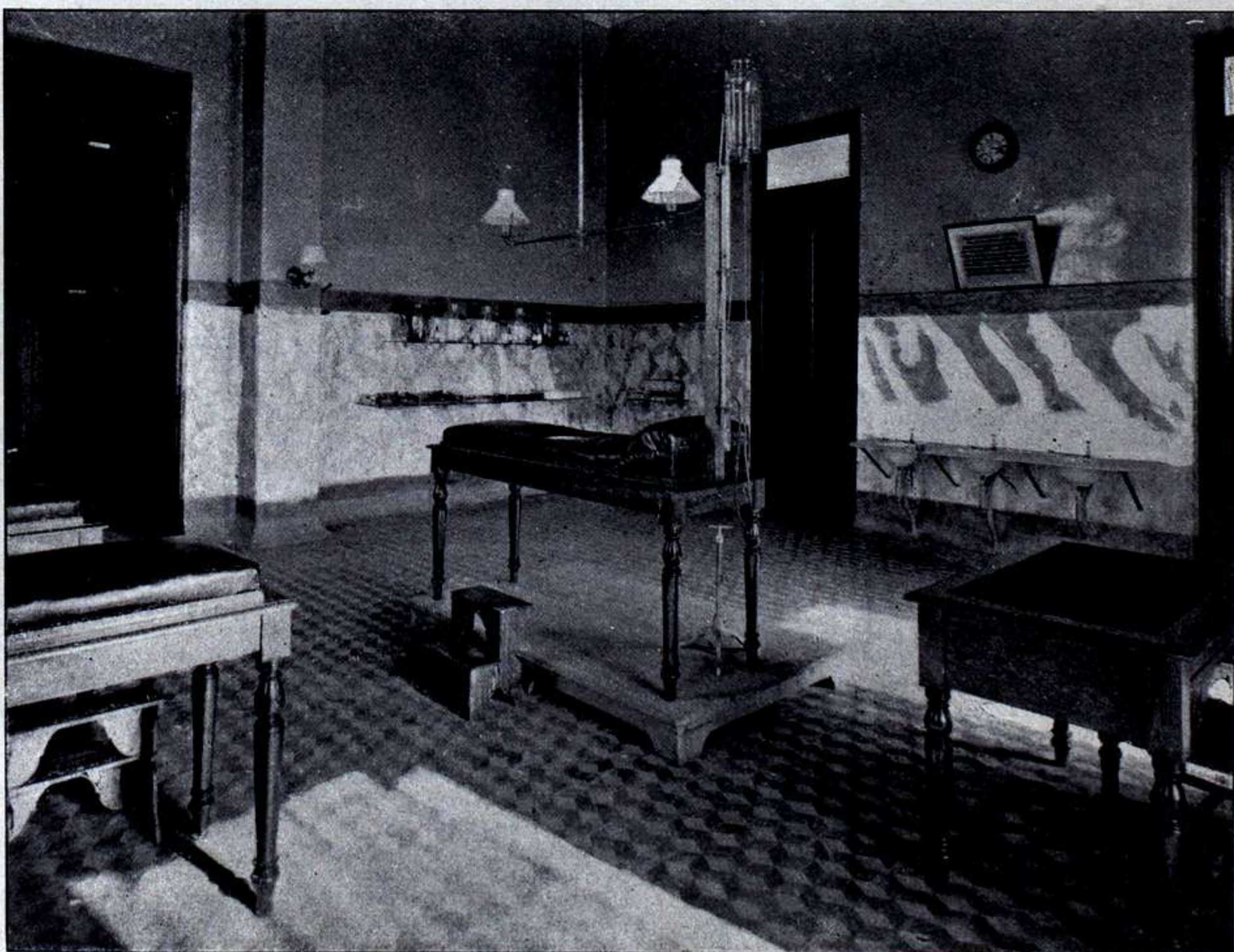
La sala de cirugía menor y curaciones tiene sus paredes totalmente estucadas y, como en la sala de operaciones, rodeada de estantes de cristal, donde se hallan dispuestos todos los elementos de curación.

Hay en ella dos mesas sencillas, para las curaciones y operaciones pequeñas.

Es en esta sala donde también serán examinados los enfermos y donde se harán todas las curaciones, por pequeñas que sean, a fin de evitar a los demás enfermos de la sala, espectáculos desagradables.

El consultorio externo ocupa un hermoso y amplio salón con paredes estucadas, bien iluminado y ventilado.

Aquí se encuentran cinco mesas para explicaciones; una de las cuales, colocada en el centro del salón sobre una tarima, está destinada a ser atendida por el jefe del consultorio, y las otras



CONSULTORIO

cuatro, á igual distancia una de otra, serán atendidas por cuatro practicantes.

A la cabecera de cada mesa se halla un irrigador y un estante de cristal con los frascos de soluciones medicamentosas, etc.

Aquí tampoco faltan los estantes de cristal con todos los elementos indispensables en el consultorio.

En este consultorio podrán atenderse, en el espacio de dos horas, ochenta enfermos.

Anexa á este salón está la cámara oscura, toda pintada de negro, destinada á los exámenes de endoscopia y laboratorio de fotografía.

Se encuentra en ella una mesa destinada á los exámenes de esta clase, sencilla y con muy cómoda disposición, construida por la casa Galante expresamente para el servicio.

La luz eléctrica necesaria para esta clase de exámenes es suministrada por un aparato construido en el país por la casa de Otto Hess, no desmereciendo en nada á los importados, sirviendo á la vez para aplicaciones electroterápicas.

Para la instrucción de los internos en estos exámenes, tan difíciles como laboriosos, existe un aparato llamado *cistofantome*, que reemplaza con bastante fidelidad á los órganos en su estado normal, evitándose, por consiguiente, al interno, los inconvenientes inherentes á esta clase de aprendizaje, así como también el desagrado que habría, al hacerlo en cadáveres.

Un ángulo de esta pieza se encuentra aislado por tabiques de hierro y está destinado á los trabajos de fotografía microscópica ó intravesical que requieren el uso de la cámara oscura.

Los laboratorios son verdaderamente notables: no falta en ellos nada de lo que exige la ciencia moderna: en aparatos, tienen lo más perfecto que se ha construido. El de anatomía patológica ocupa un amplio salón convenientemente iluminado por una doble vidriera que mira al sudeste.

Se ha colocado una mesa de trabajo, en la que, con comodidad, pueden ocho personas trabajar á la vez. Está cubierta con opalina, substancia que reemplaza con ventaja á la lava.

Un gran armario de cristales ocupa la pared opuesta y es en él donde se guardan los aparatos de la misma substancia empleados en el laboratorio para los trabajos de bacteriología.

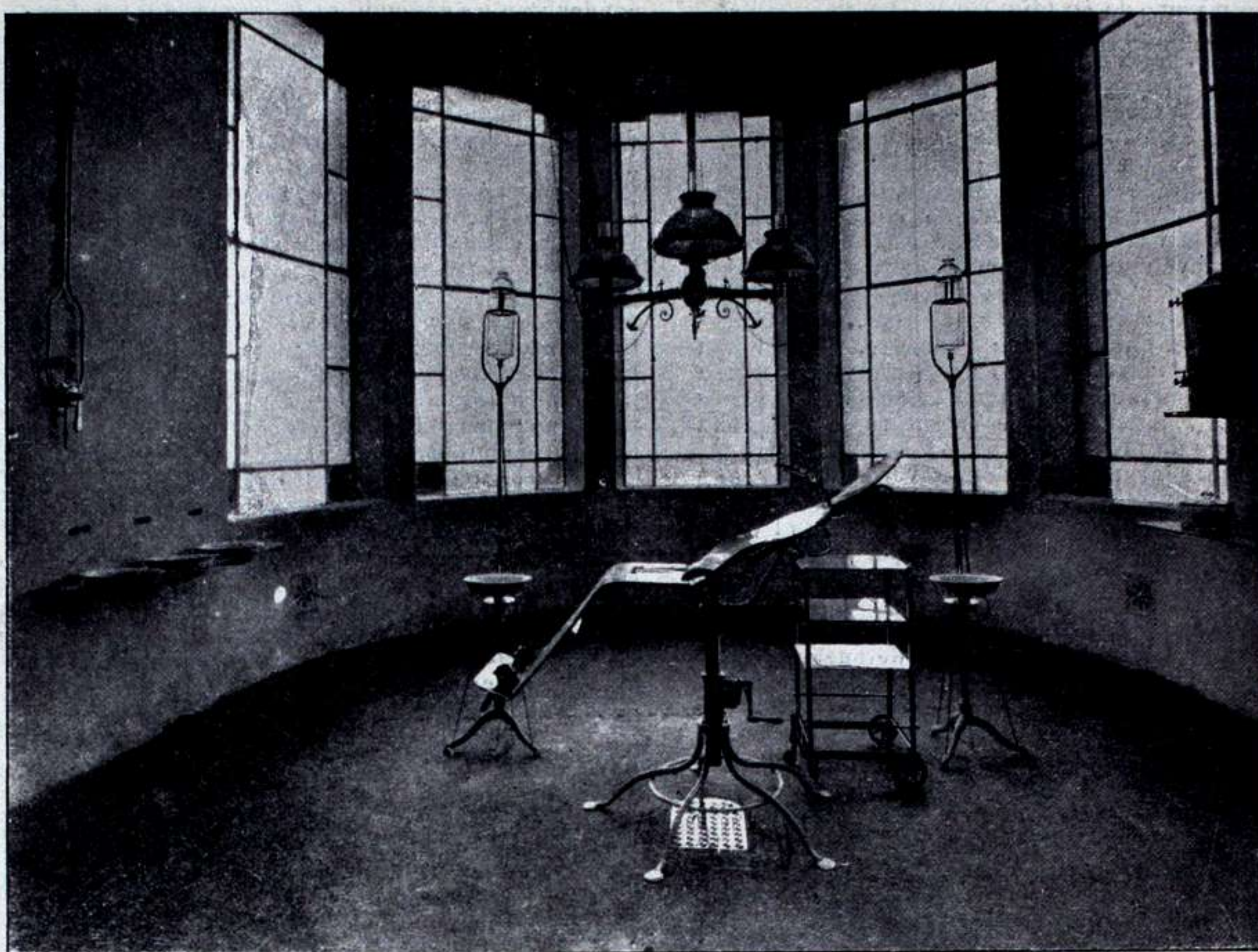
En comunicación con éste están el de química urológica y el departamento de las estufas.

El primero está dotado de todos los útiles necesarios para practicar exámenes de orinas.

En el otro están las estufas de Arsonval Pasteur, Koch, autoclave de Chamberlain, un filtro á presión, heladeras, etc., etc., todo admirablemente dispuesto.

La sección ocupada por el museo está completamente rodeada por armarios de cristal y su centro ocupado por una mesa sobre la que se halla un gran frasco conteniendo una pieza anatómica de singular importancia.

Ha sido dividido en cinco secciones: patología, anatomía comparada, patología experimental, cuerpos extraños y cálculos—contando ya cada



HOSPITAL RAWSON. — SALA DE OPERACIONES

una de ellas con valiosísimas piezas y muy especialmente la de cálculos y cuerpos extraños.

El archivo y biblioteca es un departamento sencillo. En él se guardarán los libros del servicio destinados á la estadística de cada una de las secciones, la que será fácilmente llevada por la disposición especial que se les ha dado.

El subsuelo del edificio está ocupado por tres piezas destinadas á los asistentes y enfermeros: la pieza para animales de experimentación y el calorífero que comunica con todas las dependencias del servicio. La calefacción se hace con aire caliente tomado del exterior.

El personal del servicio está organizado del siguiente modo: un jefe, un jefe de clínica, un practicante mayor y dos menores, un médico jefe del consultorio externo con cuatro practicantes externos, un encargado de la sección endoscopia y electroterapia y un jefe de laboratorio.

El servicio de cirugía ha sido dividido desde el punto de vista clínico, en enfermos sépticos, asepticos y en observación, con un relativo aislamiento los unos de los otros, modificación, según los entendidos, muy feliz para la estadística.

Nuestros plácemes al doctor Texo por el éxito

obtenido con su tenacidad y constancia y al director de la asistencia pública, que durante su administración favoreció todo lo que significa adelanto y progreso, honrando así con este servicio de cirugía del hospital Rawson á nuestro país, ante el mundo civilizado.



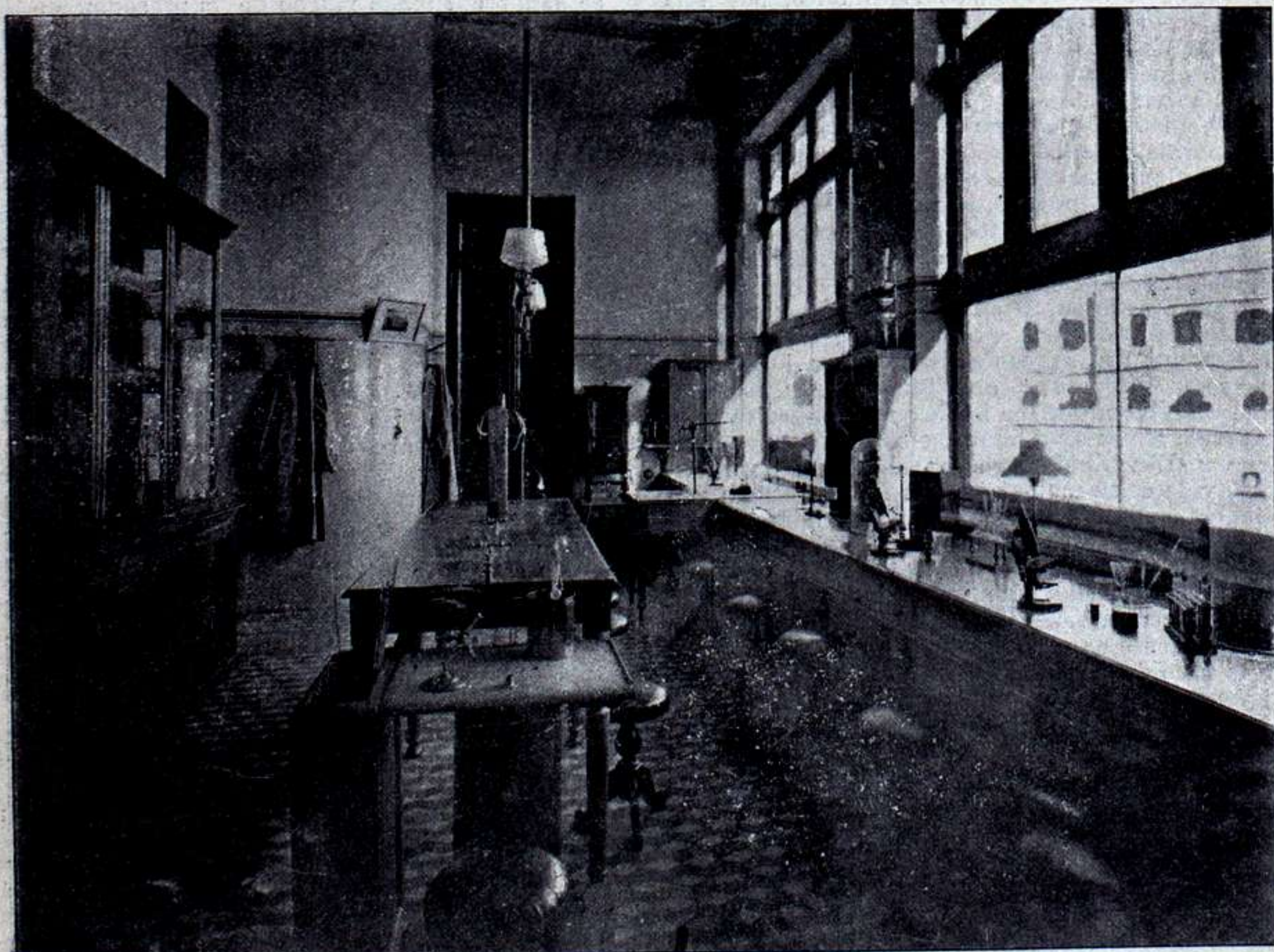
LA EPOPEYA DE UNA CINGARA

El sol caía á plomo sobre la ancha carretera, uno de esos caminos oficiales de Castilla en cuyas lindes busca inútilmente el viajero un árbol que le preste sombra ó un arroyo donde calmar su sed. Campos agostados, planicies incultas, áridos y desiguales montículos, mucha luz en el cielo y poca alegría en la tierra: he aquí el espectáculo ofrecido por aquella naturaleza sedienta, amodorrada, codiciosa de aire y de frescura en la que el silencio hubiera reinado en absoluto á no ser por alguna que otra bandada de codornices, las cuales, alzándose de entre los rastros, cruzabanlos presurosamente con un rumor no interrumpido de gritos salvajes y de vigorosos aleteos, levantando una nube de polvo, que se transformaba en lluvia de oro al caer herida por los rayos del sol.

Tarde calurosa de Agosto, que convertía en inhospitalario desierto el camino y los campos que lo circundaban, era aquella; y perdida en este desierto, sufriendo el bochorno, que abrasaba la atmósfera, asfixiándose con el polvo por ella misma levantado al proseguir su rumbo, veíase una pequeña y miserable caravana, que hubiese puesto piedad en los ojos y amargura en el corazón de quien la mirase atentamente; pero los hombres suelen mirar estas cosas sin verlas; para ellas no existen otros ojos ni otro amparo que los de Dios; y hasta Dios suele distraerse muchas veces.

Constituían la caravana una mujer, un burro y tres niños.

La mujer iba delante, descalza de pie y pierna, cubierta de andrajos y de polvo, moviéndose con fatigosa lentitud, entreabriendo la boca para respirar el aire que penetraba en sus pulmones, y sosteniendo en sus brazos á un niño de pocos meses, envuelto en un jirón de lienzo remendado y sucio; el niño estrujaba con sus manecitas el pecho de la madre, y tiraba de él, sujetándolo con sus labios, para extraer el jugo que generosamente le ofrecía. La mujer era joven, y hubiera sido también hermosa, á juzgar por sus ojos negros y brillantes, por sus labios rojos, por su dentadura blanca é igual y por la esbeltez de su cuerpo entero, si la miseria, al apoderarse de ella, no la hubiese deformado y envejecido, curtiendo su cutis, arrugándolo prematuramente, enflaqueciendo sus carnes y enmarañando su cabellera, que se pegaba entonces á una frente ennegrecida y sudorosa; la pobre criatura pudo ser bella, pero de su belleza no



LABORATORIO DE ANATOMIA PATOLÓGICA

queda más rastro que el de sus pupilas, expresivas y negras, clavadas con profundo amor en el rostro moreno de su hijo.

Detrás de ella marchaba el asno, sucio, flaco y ceniciento pollino, de vientre angosto y lomo huesudo, con las orejas gachas, el rabo caído y las patas llenas de esparavanes, sosteniendo por carga única dos anchos alforjones que caían a uno y otro lado de la albarda; dentro de ellos, sobre un montón de trapos y papeles, iban dos niños, que se servían mutuamente de contrapeso, ofreciendo a la vez doloroso contraste, pues mientras el más joven dormía con la cara echada hacia atrás, la sonrisa en la boca y la salud en las mejillas, el mayor, de edad de cinco años, retorciéndose sobre el inconcebible camastro, miraba a su madre con ojos muy abiertos, extraviados por la fiebre, y contraía sus labios a impulso de internos dolores, y agonizaba de calentura bajo aquella atmósfera de plomo.

¿Quiénes eran? ¿De dónde venían? ¿Por qué atravesaban el estéril camino con una criatura enferma, al lado de un sol implacable en el cielo, los individuos de aquella caravana?

¿Quiénes eran? Una familia de cingaros, huérfana de padre, que recorría Europa implorando la pública caridad. ¿De dónde venían? Del inmediato pueblo, en el que no pudo detenerse la mujer un instante siquiera para llenar su cántaro vacío, porque los aldeanos la habían amenazado con golpearla, a ella, a la miserable, a la vagabunda, a la bruja, a la gitana, si no partía inmediatamente de allí, sin alimento, sin agua, sin reposo, con su hijo enfermo, con sus pies heridos, con su pecho exhausto, maldita de Dios y perseguida de los hombres; y la infeliz mujer, amedrentada, sola, sin sostén, sin ayuda, abandonó la aldea y prosiguió su marcha entre el polvo y el calor, volviendo de cuando en cuando los ojos para contemplar a su hijo enfermo, y clavándolos después, con expresión amarga y rencorosa, en el distante lugar, del que sólo podía distinguirse la torre de la iglesia destacando en el espacio su contorno gris.

El niño enfermo, incorporándose trabajosamente sobre la alforja que le servía de cama, extendió sus brazos en dirección de la joven, y dijo con voz débil:

—¡Madre!...

La cingara respondió al llamamiento, dirigiéndose precipitadamente al sitio que ocupaba el muchacho.

—¿Qué quieres, hijo mío?—murmuró, dejando al niño de pecho junto a su hermano dormido, y rodeando con sus brazos la garganta del enfermo.

—Agua—respondió éste.—Dame agua... tengo mucha sed...; me quema aquí.

Y señalaba con un dedo su pecho tembloroso y desnudo.

—¡Agua!—gritó la madre con espanto.—¡Agua!... ¿Dónde encontrarla, hijo mío?

—¡Agua!—repuso el niño.—¡Me muero de sed!... Y entreabría sus labios abrasados por la fiebre, y miraba a su madre con miradas tan suplicantes, tan llenas de amargura, que ésta se puso pálida y rompió en sollozos.

Era su hijo, la carne de su carne, el que reclamaba un socorro del que dependía acaso su existencia; y ella, su madre, no podía prestárselo; en vano registró con ansia el interior del cantaruelo: estaba vacío, no quedaba ni una gota de agua en su fondo; la mujer miró al cielo, en el cielo no había una nube; registró después el camino solitario, los campos de trigo, las planicies, las praderas, el horizonte entero, en fin; ¡nada!, no encontró nada. Aquella tierra sedienta parecía decir a la cingara mostrándole sus fauces contraídas y secas: «¿Agua para tu hijo?... Aquí no hay agua para nadie. ¡Que se muera de sed como yo!... Y la cingara abrazando el cuerpo del muchacho, repetía con gesto de fiera y ademán de loca:

—¡No hay nada! ¡no puedo darte nada! ¿Dónde voy a encontrar ahora agua, hijo mío?...

¡Pobre mujer!... Allí no brotaba más que un manantial: el de su llanto.

De pronto la cingara sonrió, con una sonrisa de esperanza; a cuatro pasos del grupo alzabase la caseta de un peón caminero; su puerta cerrada, como sus ventanas, predecía la ausencia del dueño; pero acaso estaría dentro alguien que pudiera atender sus súplicas, y la joven golpeó nerviosamente aquella puerta inmóvil. Sus afanes fueron inútiles; nadie vino en su auxilio tampoco.

Rendida de llamar, sin saber lo que hacía, dió vuelta a los muros, y cuando llegaba a la espalda de la casa, vió con placer y con asombro, recostada contra la tapia y protegida por la sombra de ésta, una cazuela llena de agua. La mujer miró esto, pero no pudo mirar—á tal extremo la cegaban la sorpresa y el júbilo,—que al mismo tiempo que ella, y movido por iguales deseos, se dirigía hacia el cacharro un mastín enorme, con el pelo erizado, la boca abierta, la baba colgando y los ojos codiciosos y brillantes.

Al distinguir a la mujer, el perro lanzó un gruñido: la cingara levantó la cabeza, y comprendiendo las intenciones del animal, apresuró el paso; uno y otra llegaron a la vez al lado del cacharro, y se detuvieron un instante para contemplarse en ademán de desafío; la mujer extendió el

brazo, y su enemigo, al advertir el movimiento, acortó distancia y se puso delante de la cazuela con las pupilas encendidas y enseñando los dientes.

No pensaba en huir; hallábase dispuesto a defender aquel cacharro lleno de agua.

—¡Ah, tú también!—gritó la cingara, contemplando a su adversario con rabia.—¡Pues no lo tendrás!

Y descargó un vigoroso puñetazo sobre el hocico del mastín.

Este dió un salto, apoyó sobre el pecho de la joven sus patas delanteras, la obligó a caer al suelo é hizo presa en su hombro. La cingara lanzó un grito de dolor y de furia; y, sin acobardarse, frenética, desesperada, cogiendo con ambas manos la garganta de su enemigo, apretó con rabia, con ira, con frenesí, con heroico y brutal arranque, mientras el perro la desgarraba el hombro con sus afilados colmillos.

La lucha siguió breves instantes empeñada, silenciosa, terrible; los dos combatientes se revolcaban por el suelo, dispuestos a vencer, y procurando conseguirlo, para lo cual clavaba el perro sus colmillos en los hombros de la mujer, y clavaba ésta sus dedos en la musculosa garganta del mastín...

De pronto el perro exhaló un quejido doloroso, abrió la boca, y cayó de espaldas. Los dedos de la cingara lo habían ahogado.

Esta se alzó del suelo, jadeante, pálida; su cuerpo, roto en jirones, dejaba al descubierto su pecho y sus hombros, en los que aparecían tres heridas anchas y profundas; por los labios de aquellas heridas brotaban tres hilos de sangre.

Pero la cingara no hizo caso; dió con el pie al cadáver de su enemigo; cogió la cazuela, objeto de la lucha; corrió en busca de su hijo, y sin cuidarse ni acordarse siquiera de sus heridas, ni de sus sufrimientos, ni de la sangre que corría por sus hombros, abriéndola por los rayos del sol, acercó el cacharro a los labios del enfermo y le dijo con sonrisa alegre y voz cariñosa:

—Aquí tienes agua; ¡bebe, hijo mío!

JOAQUÍN DICENTA.



REFLEXIONES

SOBRE LAS CORRIENTES CONTEMPORÁNEAS



Un estudio sobre «Blanqui y la energía actual», publicado en el *Mercurio de France*, correspondiente al mes de septiembre, me ha valido varias cartas de escritores jóvenes.

Yo exponía allí mi sentir de que a nuestras inteligencias les falta carácter; yo hablaba de la energía activa; yo expresaba hasta qué punto pesa sobre mi la atmósfera de mi generación y el propósito firme de abandonar los caminos que trilla esa generación.

Es necesario creer que puse el dedo en la llaga. La convicción profunda que me ha dado la práctica de las letras desde hace siete años, por una parte, y por la otra, mi inclinación a las ideas morales, han contribuido, sin duda, a hacerme pensar, cómo es inseparable de sus obras la personalidad de un escritor. No hay inteligencia, ni siquiera la más cultivada, que no sea vana sin la elevación paralela de las cualidades del corazón, sin el mejoramiento incesante del hombre privado.

Este segundo trabajo, por todo extremo íntimo, es, a mis ojos, la ratificación del primero, por poco que la obra justifique la indigencia de carácter del autor.

A mis ojos no existe obra de arte de verdadero mérito, fuera de ciertas condiciones; por lo menos, al presente, los juegos del talento, por ingeniosos que sean, han dejado de emocionarme. Una reflexión de Milton, que me había parecido arbitraria, se revela ahora a mi alma, como una grande evidencia: «El verdadero poeta se distingue por cuanto su vida es su mejor poema». Diversos acontecimientos me han persuadido de que el hombre debe ser el signo viviente de sus preceptos, y me han hecho despreciar a aquellos propagandistas de moral que no contribuyen al engrandecimiento de su doctrina con la belleza de su conducta, é invocan cómodamente para sus faltas personales, la excusa de la fatalidad. Quizás después de haber cedido algún tiempo a una simpatía benévola, hacia sus exposiciones doctrinales, he aprendido yo sistemáticamente a restringirme una fe más estrecha, menos enfática. Es que nosotros nos pagamos todos de las palabras, y vivimos muy mal. Gracias a esto se puede tomar todo por el lado trágico ó por el lado ridículo, indistintamente; pero no se piensa seriamente en nada. Se despierta uno con la cabeza zumbante y el corazón vacío. Ya es tiempo de encontrar los dos ó tres preceptos sólidos, si no brillantes, que basten a sostener una existencia moderna. No es indispensable poseer

un gran genio para adquirirlos. Ellos están quizás muy cerca de nosotros; bastaría buscarlos de buena fe y sin sutileza. Pero esto es lo difícil, pues la buena fe y la falta de sutileza es lo que nos abandona todos los días.

¿Será porque multitud de jóvenes comienzan a sentir imperiosamente la necesidad de estas modestas cualidades de mi estudio,—que sólo atiende a los reclamos de una laxitud personal,—por lo que se han resuelto a escribirme? Yo dudo que ellos lo hubiesen hecho si yo no hubiera tocado sino una cuestión literaria. En el fondo, tanto hemos abusado de la literatura, que hoy apenas si nos interesa; bien pronto será a la fuerza cuando hablemos de ella. Nos hemos divertido tanto con las palabras, que ellas tienen necesidad de descansar por algún tiempo, y nosotros también. Sabemos demasiado *comment c'est fait*. Creo que es a causa de este mismo exceso de talento, puesto que usamos demasiado para lo que tenemos que decir —por lo que estamos prontos a pedir a la obra literaria, más que solaz, una significación moral. Crítica y ética, son los signos del tiempo. Yo he sido vivamente interesado al ver que a una simple declaración aislada, otros seres se han sentido interrogados a sí mismo, y se detienen un punto a responderme:—«Respiráis difícilmente. Nosotros también. Sufrís. Nosotros, lo mismo. Pero ¿qué hacer?» A la verdad, yo no esperaba que se llegase tan pronto a esta pregunta. Es ya un gran resultado el verla proponer seriamente. Es ya muy incómodo evadirse de un laberinto: pero el laberinto de donde no se quiere salir es el más terrible.

Si yo tuviera todavía inclinación hacia la poesía alegórica, tendría aquí una bella ocasión de comparar la literatura reciente a una isla de Lotófagos, perdida en la extremidad de las rutas de Dédalo. Pero yo cedo a cualquiera de nuestros colegas esta admirable materia, buena para puesta en verso libre, muy contento con haber escapado de tales mitologías.

Me parece bien que diciendo:—«Muchos saben escribir; pero pocos saben vivir», yo he puesto el dedo en una de las heridas de nuestro tiempo. Al menos sobre una herida propia mía. Yo he escuchado cómo gritan otros jóvenes: parece que al fin ellos también se notan heridos y encuentran el punto donde lo están. Como tantos otros, yo he creído aprender la vida en los libros. Después, cuando he sido obligado a constatar la pobreza de esta experiencia; después que todo lo he derivado directamente de la Naturaleza, he aprendido a no aconsejar a nadie; habiendo llegado a saber, muy a duras penas, aconsejarme y dirigirme a mí mismo. A lo más puedo decir a qué expedientes he recurrido. Pero ¿es mi caso parecido al de algún otro? ¿No debe cada uno descubrir lo que le conviene? Sin embargo, me parece que, si tuviese delante de mí algunos de esos jóvenes que me han escrito, y si la hora fuese propicia a las reflexiones y a las confidencias, pudiera decirles, más ó menos, esto:

—Comenzáis a comprender, ¿no es verdad? que el simbolismo, el naturalismo y otras prácticas, lo que yo llamo «amores de cabeza», no nos conducen a gran cosa. Es claro que un hombre que ve la vida actual con órganos sanos, y que entra en sí mismo, no encuentra por toda conclusión sino escribir versos, acaso, acaso un poco débiles. Esto es, por consiguiente, lo que ha ocupado desde hace quince ó más años las tres cuartas partes de nuestros camaradas; y cuando les hemos hablado de otra cosa, apenas se han dignado oírnos. Ellos se han preocupado mucho de la prosodia, de los versos puestos en prosa, de la prosa puesta en versos, y probablemente la existencia es más grande que todo esto. Ellos continúan la educación del colegio; como buenos latinistas, se erigen pronto en gramáticos. Esto no basta: las decoraciones medioevales, las baladas, los sonetos, inspiran hastío. La expresión del yo, por medio del estilo, está muy por encima de tales diversiones, y la literatura es una carrera. Pero vosotros no sabéis sino trabajar baratijas y cuentos de nodrizas.

La portada moral de un libro os atrae y os espanta, y yo os turbo mucho cuando os hablo de «carácter» y os exhorto a salir de esta atmósfera irrespirable. ¿No sentís, por ventura, que lo esencial es llegar a este disgusto, pero sinceramente?

Os ruego que no me irrespetéis; ante todo, os detengo aquí para decirlos que no incrimino a ningún escritor. Yo estoy lejos de este pensamiento, pues yo no retengo de los hombres sino los principios que los determinan, y me parece injusto condenar otra cosa que estos principios. Bien sabéis, como yo, que cada cual hace lo que puede, y no puede sino obedecer al magnetismo de su tiempo. Así, pues, cuando digo que abomino mi generación, no quiero hablar sino de sus inspiraciones, de ningún modo de sus figuras, algunas de las cuales siempre me serán queridas.

Además, si yo tratase de las personalidades, no sería más duro con ninguna de ellas de lo que he sido con la mía; yo no estaría tan enfadado, si yo no hubiese sufrido más que nadie la alucinación del artificio que nos rodea.

Pero me parece que es tiempo de pasar a otros ejercicios. Imagino fácilmente que se me zaherirá. Poco me importa que se reduzca mi pensamiento a consideraciones mezquinas, una vez que comprendo cómo está por encima de los individuos el principio vital del grupo del cual me separo. Uno

de nuestros amigos me escribe: «Los periodistas se aprovechan de esa crítica para anonadar una vez más á aquellos que, en suma, pertenecen á vuestra nave!» No formo ya parte de «la nave», y cuanto á los periodistas, son incapaces de apreciar tales escrúpulos. Por otra parte, hablo expresamente de estos «entre nosotros», con toda franqueza, porque nuestro asunto no les incumbe. No busquéis entre mis palabras ataques disfrazados, que en manera alguna me interesan. No me ocupo sino de las falsas ideas, y son ellas, y no los hombres, las que nos oprimen.

Hay entre ellas una, digámosla inmediatamente, —pues éste es el fondo de nuestro carácter;—es la idea que nos hicimos de un arte restringido, al oponer por medio de una vaga religiosidad nuestra obra, nuestra moralidad, nuestras personas, á la vida corriente. Nos encerramos de buen grado en estrechos moldes, y no osamos ocuparnos de nuestra época. En este ruido que altera nuestra convalecencia, todos los hombres viven y obran, sin embargo. Mientras más tardemos en enfrentarnos al desconcierto primitivo, más presto nos estrellaremos. El lecho debilita al enfermo después de haberle dado reposo. La vida va muy de prisa. Si persistimos en no quererla, será ella quien no nos querrá á nosotros. ¿No ha comenzado ya, por ventura, este fenómeno en nuestra generación?

Ella ha tenido, cuando menos, tantos talentos como cualquiera otra generación; más, si se quiere, y de muy diversas categorías. Ella ha inventado muchas teorías, abierto vías, donde se desarrollará la sensibilidad de los jóvenes que ya la atropellan con un irrispeto cruel y edificante. Ella ha salvado tal vez por el extremo cuidado de la pureza de la forma, el tesoro de las letras francesas. Ella ha pagado bien cara, el haber dado entrada en la Francia á las corrientes de la ideología internacional. Sin embargo, ella muere, los mejores de entre sus representantes nos producen hastío. La energía ha sido completamente mental, no ha sostenido sus principios con una conducta pública igual é inflexible; ha desdeñado explicarse y al presente este desdén aparece como una impotencia. ¿Qué cosa no ha circulado en este mundo de revistas no leídas, de publicaciones reducidísimas, de doctrinas aisladas, de tentativas individuales? El carácter. ¿Y qué he indicado con esta palabra que os desconcierta? La revelación constante del hombre en la afirmación de sus escritos, su presencia muda, pero dispuesta á establecer por sí mismo su ser puesto en juego como prenda de su personalidad.

¿La personalidad se ha afirmado, decís? No; no lo suficiente, puesto que respiráis una atmósfera asfixiante. Ellos han contemporizado, han sido irónicos, se han inclinado, y hasta declinado. No se han afirmado absolutamente. Hijos del criticismo, no creen nada. Y en sus reticencias, sus frases veladas, sus elegancias escépticas, su desprecio de la vida ordinaria, su diplomacia delicada, su restricción á *l'élite* y al *snobismo* mundano, ¿qué apercibimos hoy? Una inmensa burla, una falta de carácter y la caducidad inminente, puesto que la hora ha pasado para los que dicen: «yo hablaré á tiempo», creed que ellos lo saben y se lo dicen á sí mismos; pero intelectuales como son, habituados al crepúsculo de los cuartos á la luz de las lámparas, ellos no se resueven á salir á luz meridiana. Era inevitable que una generación que padeció la crisis de 1870, crisis que ha desconcertado el alma rutinaria de la vieja Francia, fuera quien pagase el rescate. La sangre transfundida hace aparecer una erupción de la vieja sangre antes de traer la vida á las arterias exhaustas. La erupción en el pensamiento francés es la generación infortunada que la simboliza. Respetemos su destino, pero esquivémosla. Sobre ella se cierne el olor de la muerte. Si, aquellos de quien hablamos, traen ese olor de muerte desde el albor de su existencia; al mismo tiempo, no han tenido valor para renunciar á la vida, aun conociendo lo vacío que ésta es para ellos. Hay entre ellos un hombre de carácter; no lo nombraré porque no quiero mezclar ningún nombre á estas reflexiones generales; pero bien sabéis á quién me refiero. Este ha probado su arte de renuncia ó de negación por su apartamiento de la vida; hegeliano puro, figura, entre todas, excepcional, él se ha enclaustrado en las letras, se ha enclaustrado en sí mismo, no ha esperado nada del porvenir, y tiene cierta grandeza indiscutible en su aislamiento voluntario. Al menos éste ha unificado sus principios y su ser; ha probado carácter de una manera concluyente, cara á cara de la opinión, que hoy lo respeta.

¿Pensáis que su ejemplo haya sido seguido? La mayor parte, aún rindiéndole homenaje, se apartó de él por grados insensibles. Ha vuelto á la aceptación oficial, ha entrado de nuevo, si bien furtivamente, en la gran mayoría; y ya sabéis que nuestros poetas son gente bastante experta para abrir-

se camino en el mundo, la ductilidad los caracteriza. Con la ductilidad no se imponen las ideas; no se hacen agradables sino las personas. Ellos todos han tenido un temor extremo de la energía, y han inventado una política exquisita y encantadora para pasarse sin aquélla.

Las dos cosas de las cuales se tiene más miedo hoy, son la energía y el carácter. Nadie osa comenzar á mostrarse fuerte.

Es necesario cesar de hacerse los disgustados ante las humildes tareas de la vida. Ciertamente, esto no es halagador para el principio de una vida de artista. Pero es que nosotros hemos sido demasiado mimados. No encontramos la vida grosera sino porque hemos refinado mucho las cosas. Vosotros me escribís: «¿Cuáles son las pequeñas acciones que es necesario llevar á término para ser digno de las grandes?» Pues todas, todas las que se os presenten. Si tenéis un carácter, afirmadlo en toda ocasión. No hay acciones pequeñas en moral, como tampoco hechos pequeños. Es cierto que sería una imprudencia si os arrojaes de lleno en el apostolado ó en la tribuna pública; ensayad primeramente la conquista de vosotros mismos; os espantaría la magnitud de vuestra obra; os arredraría cuanto tendrías que hacer; así mismo veríais como los poetas refinados son incultos en su existencia moral.

La degeneración del carácter es universal: envenena todas nuestras amistades desde su comienzo. ¿Quién es el hombre moderado que puede acostarse una noche diciéndose que no ha mentado en

CUERPO CONSULAR AMERICANO



DOCTOR MANUEL DE AZEVEDO BARROSO BASTOS
Cónsul General del Brasil en la República Argentina

el día, que no ha faltado á la dignidad personal? No me digáis que exagero, pues es la verdad; sino que el hombre moderno no se da cuenta de esto porque él se interroga á sí mismo cada día menos; además, él arguye en su vida exterior ó sutiliza en sus escritos. Cuando yo os digo: «Cumplid todas las acciones que se os propongan, por pequeñas que sean, «me parece responder á una pregunta que me proponéis en términos impropios: «¿Cuáles son las acciones pequeñas», decís. No hay sino las grandes, aquellas que os parecen tales porque tienen un efecto visible y público; pero de las otras, el primer punto es que las discernáis vosotros mismos en vuestra existencia privada. Hay alrededor de vosotros, en vosotros, ocasiones especiales de afirmaros que no son las mías, que son especialísimas para vosotros. Basta que queráis verdaderamente descubrirlas. Lo esencial es de hacer de vuestra persona moral, y de su enriquecimiento, el objeto primordial de vuestros cuidados. Los libros no deben venir sino después. Lo que mata á la generación actual es que ella lo comunica todo al libro. Un libro no es sino el signo de un perfeccionamiento interior; pero ¿qué decir de un hombre que no se ocupa sino en perfeccionar un libro? El toma el signo por la causa misma: él se inmola á un fetichismo.

Considerad la conducta de nuestros intelectuales en toda ocasión pública y decid si sus manifestos, por ejemplo, no os han parecido siempre redactados por hombres sin educación, privados del sentimiento de la medida. La lectura de estos

documentos hace enrojecer, por lo ridículos; por la pretensión, la hinchazón, el tono de gritería que los caracteriza. ¿Son manifestos de artistas estos papeles colectivos? No: prospectos. Y, sin embargo, los que se reúnen para elaborar estas escrituras tienen cada uno de ellos más ideas, más sentimientos, de los que aparecen bajo su firma. Les falta carácter público porque no tienen suficiente carácter privado. La falta de carácter público ha sido la marca del simbolismo; hasta él se ha esterilizado.

Nosotros todos sabemos lo que su título significa. El simbolismo no ha sabido tener siquiera la vitalidad aparente de una escuela. Él no ha existido, puede muy bien decirse, porque ninguno de sus adeptos no lo reconoce particularmente; y sin embargo, ellos se han agrupado en torno de esta nada, hasta por deseo de asociación, por flojera, para darse el tono de presentar la garantía de una existencia pública, de ocupar un lugar en la opinión. El simbolismo, personaje mudo, ha dado lugar á eso que jurídicamente se llama la «persona moral» de una sociedad.

Es cierto que ya es tiempo de encontrarla en vosotros mismos, porque ya la sociedad se disuelve, y no respiráis bien en ella. Si, en vosotros mismos, y no fuera, como decís. Ya buscáis maquinalmente otra hermandad, tanto así está en vosotros arraigada la idea de neutralizar vuestra responsabilidad. En vez de apoyaros en el brazo de alguien, tratad de dar, solos, vuestros primeros pasos de convalecientes. Y para esto cesad un momento de ingeniaros en perfeccionar vuestro estilo, y ocupaos de librar vuestro pensamiento individual de los clichés de la solidaridad.

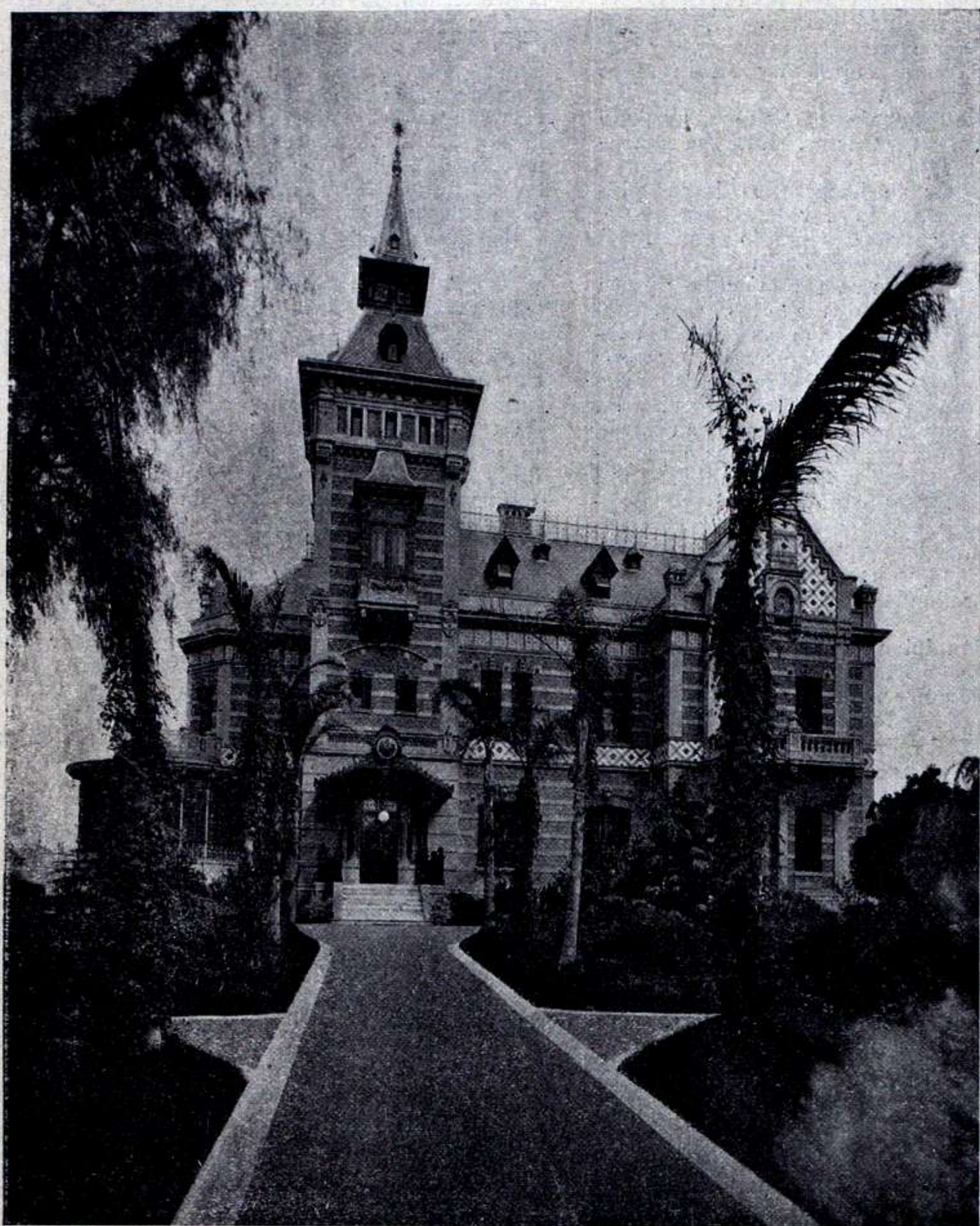
Siempre tendréis bastante tiempo de divertirlos con las palabras. No es el talento lo que falta. Hay mucho talento. Lo que hace falta es el carácter; el carácter, la sal del hombre. Apercibiréis bien pronto que lo que hace falta son aquellas cualidades de la inteligencia que contribuyen á la creación del carácter, las expansiones del corazón, pues todo el mundo teme sufrir. Si tenéis miedo de sufrir, no haréis nada; y no sacaréis partido de vuestro sufrimiento si no depende éste de alguna confianza de vuestro corazón.

Las decepciones de la inteligencia no dan sino un dolor frío, esterilizado por el orgullo, atenuado por el sofisma que permite el engaño de una como verdad que no hemos sabido encontrar. Las decepciones de las inteligencias no templan el carácter. Comenzad por enunciarlos con franqueza en todo. He ahí la primera de las «pequeñas acciones». Es muy duro; no lo hacéis sin pena, ni yo tampoco, ni nadie; pero es necesario hacerlo. Además, esta es la mejor de las políticas morales. Yo he comprobado cómo jamás las gentes admiten que los otros obren un móvil de verdad. Contra la evidencia misma se protesta. Y cómo será la injusticia de algunos juicios!

Se teme al que dice francamente lo que piensa. Digáis ó no la verdad, no por ello dejarán de injuriaros secreta ó abiertamente. Despreciadlo todo y pasad; con esto ganaréis, en ciertos casos cuando menos, el respeto, la fórmula de exterioridad. Esto os dará alguna confianza en las propias fuerzas.

Aumentad esta confianza buscando en torno vuestro otros caracteres. Huid toda colectividad; dejad todo mundo especial; obrad como un extraño; fijaos un momento en aquellos que os han emocionado por sus obras ó sus actos; buscad hombres en los mayores como en vuestros camaradas. Ved cara á cara á las individualidades, y siempre con las cualidades del corazón, tanto como con las cualidades de la inteligencia. No se acerca uno á ciertos seres humanos sino poniéndose amarlos. Muchas gentes hablan bien, hasta de moral; sabéis como con el juego mecánico de las palabras se puede dar la ilusión de la nobleza exterior. Olvidad las palabras, ved los actos, tantead las intenciones con el corazón, que vale tanto como la inteligencia. Ensayad todos los caracteres como ensayáis un amor; nueve veces sobre diez sufriréis. La décima vez tendréis un amigo. Y las nueve decepciones habrán dado á vuestro carácter un método especial cada uno para ver el fondo de los hombres.

Mientras estéis en estos preliminares, en estas «pequeñas acciones» interiores, en esta probanza del carácter, apartaos de toda sociedad, rehúsad insignias, etiquetas, manifestos, funciones, no pongáis, vuestra firma al pie de ningún acto colectivo. No tenéis nada que hacer con aquellos disgustos con vuestra conducta, que empuenecen vuestra personalidad en vez de engrandecerla ó sostenerla. No seáis gran cosa; pero sed vosotros mismos en este casi nada. No hay sino una colectividad donde vosotros podéis entrar: aquella de los caracteres semejantes al vuestro, aunque aparezcan ellos en personas completamente desemejantes por sus profesiones.



VILLA DEL SR. N. MIHANOVICH EN BELGRANO — VISTA EXTERIOR DE FRENTE
(Fotog. E. C. Moody)

Yo he conocido cuatro hombres cuyas almas estaban en relación entre sí y con la mía. El uno era herrero; el otro novelista; el tercero gentil hombre; y el último, médico. Y yo tengo ciertamente muchas más afinidades con ellos que con casi todos los colegas de mi generación á quien estrecho la mano en las oficinas de redacción. No os limitéis al roce de los literatos: os marchitaréis. El movimiento artístico y moral que tenéis deseos de dejar, se ha descolorido viviendo entre augures, las ventanas cerradas; y si habéis penetrado en las reuniones de estos augures habréis visto allí la miseria. Allí ellos hablan de procedimientos, ó denigran al ausente ó dicen tonterías que repugnan los burgueses menos emperifollados.

Hay muchos comerciantes que son verdaderos hombres de corazón y espíritu rectos, y poetas simbolistas que no valen ni como poetas ni como individuos. Salid y buscad. Cuando os sintáis bastante fuertes, acometed entonces las «acciones» mayores, es decir, para abundar en vuestra acepción, visibles. Decís que «es difícil entrar en contacto con la multitud». Pensad, si queréis, que esto sea más peligroso que enregimentarse en una congregación literaria. Es más instructivo y menos limitado, en todo caso. Aunque disgustados de él, no queréis abandonar vuestro medio.

Preguntáis: ¿qué hay que hacer? Nunca hay nada que hacer sino para aquellos que desean obrar. Y estos encuentran siempre alguna cosa. No me preguntaréis nunca: «¿Qué debe escribirse?» porque os pagáis mucho de las palabras. Y nuestros poetas se han repetido desde hace quince años, sin tener la modestia de proponerse esta pregunta, porque las combinaciones de palabras y frases pueden durar infinitamente. Las tres cuartas partes de entre ellos no pueden sino callarse después del primer volumen; lo han vuelto á escribir de derecha á izquierda, con otro título, mientras que, cuanto á hombres y caracteres han permanecido los mismos. Esto es lo que os produce el hastío que sentís al presente, pues en fin, tienen tantas maneras como antes, y están más diestros á fuerza de ejercicios de estilo, y sin embargo, ellos os desagradan. No me preguntaréis qué hay que escribir. Ellos no se lo preguntan antes de darse á la tarea. ¿Y creéis que si se estimase la energía cerebral gastada en sus alegorías se hallase gran cosa? No hagáis como ellos. Decís bien que si el hecho de escribir es vuestro modo de expresión, debe ser convertible en valor activo. «¿Qué hay que hacer?» Nada. Nada, en efecto. La

época que espera que se trabaje, nada pide ni indica, pues si ella pudiese, esto sería ya un principio de ejecución. El mismo planteo de un problema es ya comienzo de solución. Los que obran en una comunidad, son aquellos que al mismo tiempo que aportan una resultante, muestran la necesidad de algo nuevo, de algo en que nadie pensaba.

Ved lo que hacen ciertas industrias americanas: inventan un objeto, lo tie-

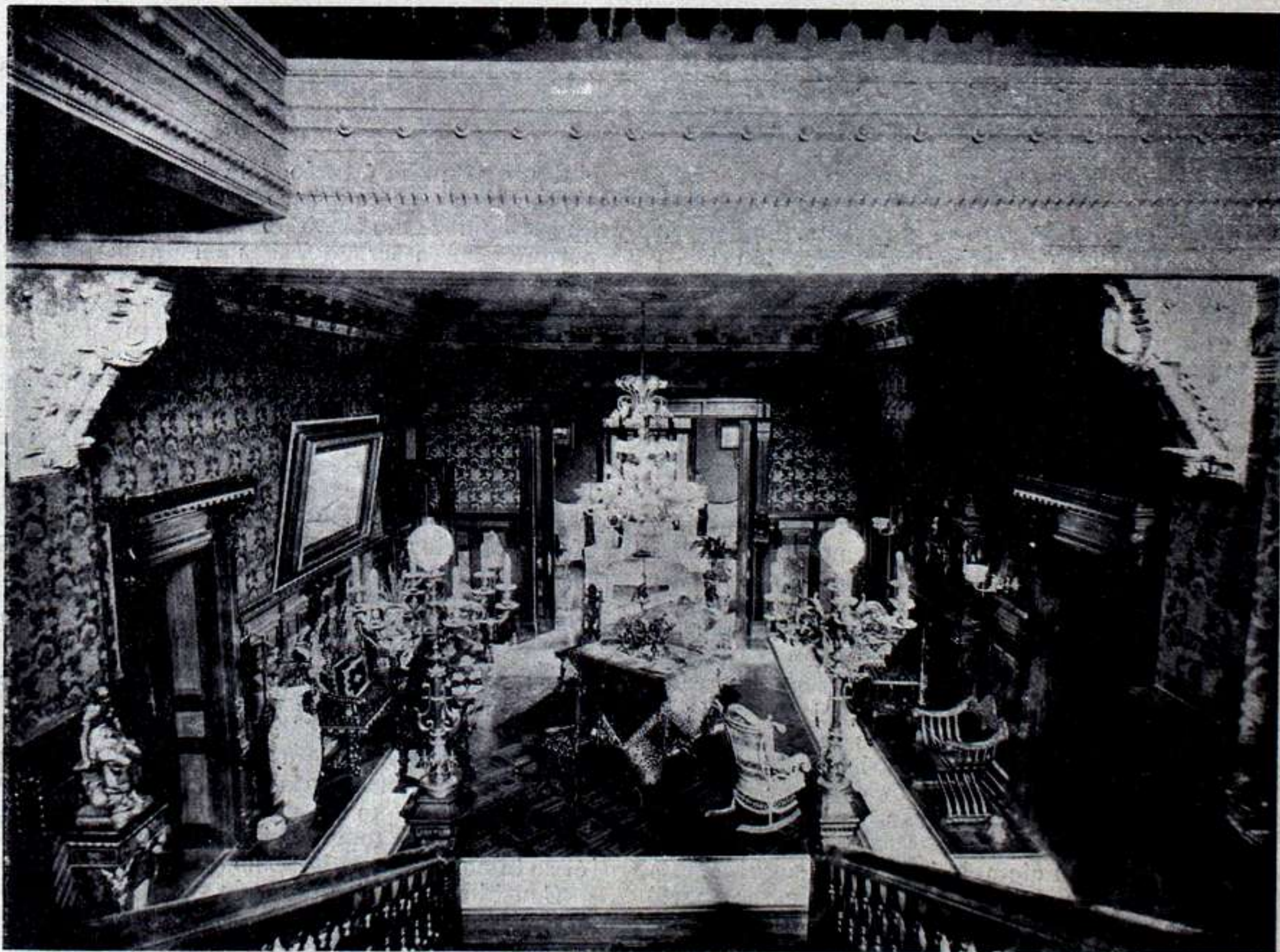
nen á la mano para el consumo y después crean la necesidad de ese objeto por medio de las insinuaciones de la publicidad. Un día, cada quien se despierta, diciendo: «bueno sería que tal objeto se inventara. No lo tenemos». Y cuando el objeto, de antemano preparado, llega, es á buena hora. No es otro el método de acción. Si preguntáis qué hay que hacer, pedís que os indiquen un acto ya cumplido; os ofrecéis como un rutinario y no como un iniciador. ¿Creéis que al presente nada hace falta? Pero ved cómo el tiempo preciosísimo los simbolistas lo han despilfarrado en vez de emplearlo en vivir. Miradlo, inquieto, febril, desliziándose en su antigua política y en su antigua moral, viviendo de imaginación y de tragedia, esperando siempre que todo cambie al día siguiente. Envanescen, pues este tiempo en que «nada se hace», gasta á un hombre en cinco años con sus frenesies y transportes, como el opio con la modorra y su letargo.

Escoged entre el opio de nuestros alegoristas y el frenesi de la vida activa. Vivid mucho por la sinceridad del corazón y entonces descubriréis lo que es necesario, lo que hay que hacer. Sea en las letras ó en la vida, no hay sino un método verdadero. Lo que ha dislocado á nuestros amigos, es la disparidad progresiva entre el talento y el carácter.

En cuanto á mí, estoy persuadido de que esta generación tan inteligente se ha desviado por el exceso mismo de su inteligencia. Ella ha viciado todas sus cualidades; no ha vivido de una manera normal, le ha faltado el cumplimiento de un deber superior, le ha faltado la audacia de la afirmación. Yo he estado mezclado en todo esto, pero me he embaucado. Me he sentido tocado súbitamente por el hielo de la lógica, de la educación metafísica, del criticismo, del gusto, de la reticencia. Para qué tantas precauciones oratorias, tantos misterios, tantas diplomacias, tantas expectativas. Todos estos hombres me han parecido viejos, ó, mejor dicho, en lugar de hombres no he encontrado sino literatos.

Pero ¿la humanidad es por ventura de los literatos? Vivir por el corazón, soñar en perfeccionarse á sí mismo, antes que perfeccionar el talento, crearse su propia colectividad, son principios tan sencillos que á uno le parece que todos los han practicado siempre. Pero examinad y veréis cuán pocos los han seguido. En cuántos de estos libros brillantes, de estos poemas modernos, tan ingeniosos, sentiréis lo que yo llamo el corazón, palabra obscura, pero que las mujeres interpretan á maravilla; palabra gracias á la cual las mujeres hacen todo el estudio de la vida de ellas; palabra de aquellas que los viejos poetas llamaban «los acentos del alma». Casi en ninguno; pero juegos de talento, eso sí, en abundancia. ¿Queréis más? Comenzad, pues, por arrojar de vuestra vida práctica ciertos principios.

Sabed amar la soledad. He ahí la primera «acción visible». Cuando hayáis sondeado suficientemente vuestro organismo por el sufrimiento del corazón y la sinceridad metódica, cuando podáis soportaros á vosotros mismos sin vergüenza ó enojo, podéis escoger en el mundo, como amigos y camaradas, aquellos cuya compañía creáis que os conviene. Tendréis pocos, pero es necesario tener pocos para saberlos apreciar. Yo he amado á todos los compañeros que la suerte, la época, los gustos literarios análogos, me han dado; pero he tenido que separarme de ellos: de algunos con verdadero dolor, de todos con pesar. He conservado solamente dos ó tres y hoy me siento feliz. ¿Estáis espantados? ¿Pensaréis que yo no soy exigente en materia de felicidad? No son necesarias muchas cosas para ser feliz. ¿Pensáis que hay á mi alrededor, en París, ó alrededor vuestro en el pequeño círculo de provincia, muchos amigos que descubrir? Ensayad, y veréis por cuántos móviles diversos las gentes os estrechan la mano. Muy pocos séres al rededor de sí, y algunos buenos tónicos morales, ved todo el bagaje de un activo.



VESTÍBULO BAJO — (Fotog. E. E. Moody)

Yo adoro a Emerson, porque jamás lo he abierto sin encontrar allí la frase dulce ó ruda que me aploma, por decirlo así. Leer *Confianza en sí mismo*, ó el ensayo sobre la *compensación*, es para mí renovar mi sangre. Yo tengo también a Carlyle, Poë y Laforgue, y estos son, casi todos mis antidotos.

Vosotros encontraréis también vuestros tónicos y vuestros astringentes; pero aprended progresivamente a pasarlos sin ellos.

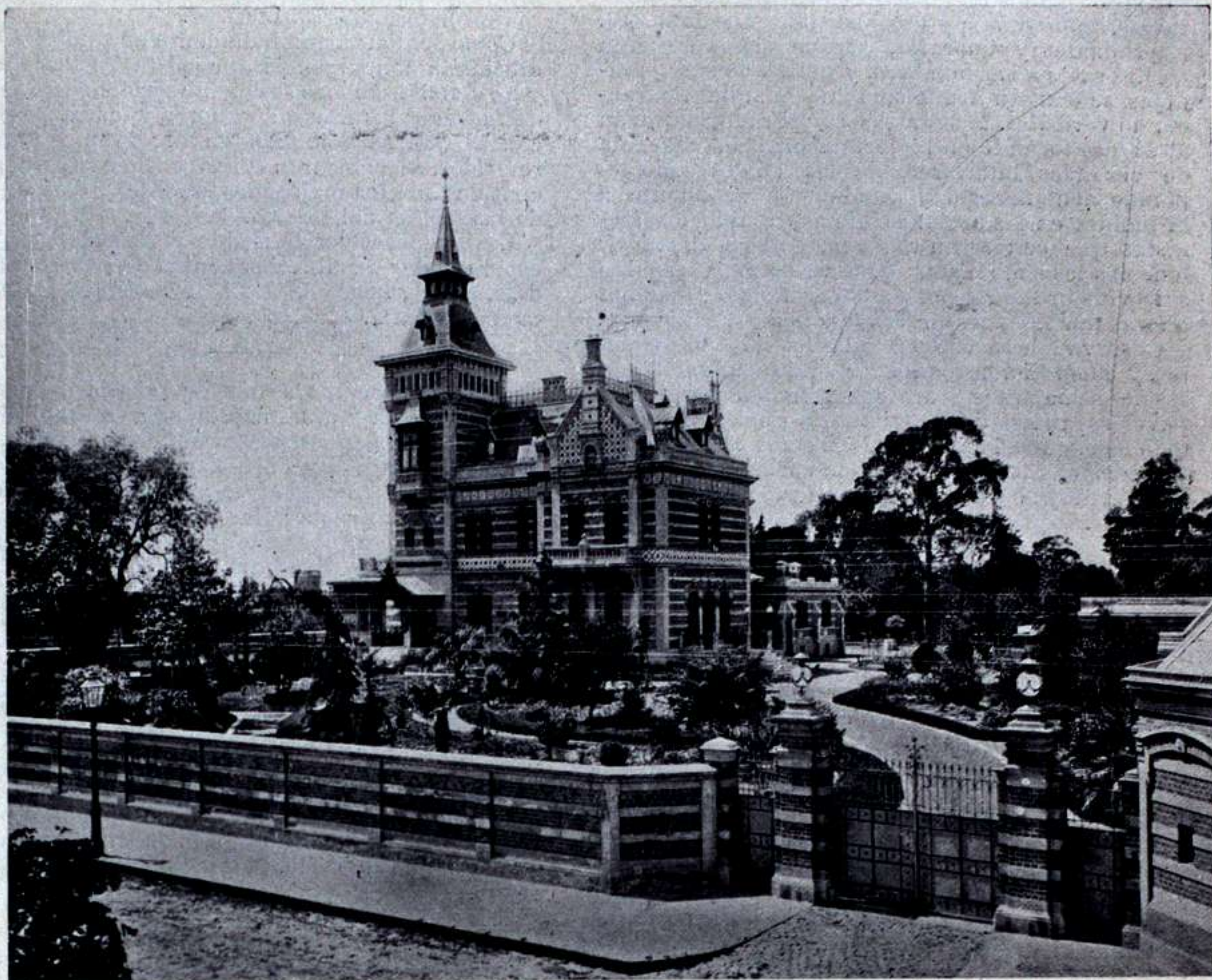
Yo no quiero hablaros aquí sino de moral, pero como soy escritor, podría deciros algo más sobre el arte de nuestra generación. Lo que os molesta y os choca en su arte es el deterioro de su moralidad, que inspira este arte. Con la vida uniformada, el carácter hace lo demás. El no da el talento, pero en aquellos que tienen el carácter lo dirige. Un hombre de cierto carácter puede hacer malos poemas; pero un hombre de carácter bajo no los hará nunca bellos. Para el uno hay una probabilidad, para el otro, una certidumbre. Y si el primero tiene talento, hará de su talento uso poderoso, mientras que el segundo no hará nada. *La moralité dans l'intention*, de la obra de arte, es una noción justa; pero la intervención del carácter del autor en la obra de arte es inevitable. Yo no admitiría jamás que se introdujesen las enseñanzas y el espíritu de un sermón en un poema; pero sin la enseñanza íntima del escritor habrá versificación, no poesía. Esto es lo único que hay en las nueve décimas partes de nuestros amigos y es esto por lo cual sus obras no pueden interesarlos. Así, pues, si yo no he expuesto sino razones morales para separarme de una generación de artistas, es porque las solas razones morales tienen importancia en todas las ramas de la actividad material ó mental. Nosotros hemos vivido, tanto vosotros como yo, en medio de gentes a la verdad muy expertas en literatura, pero que no son sino niños envejecidos, hombres rudimentarios, hombres a quienes toda cuestión moral hace bostezar, y que no conciben la vida sino por metáforas. De resto la ideología es una enfermedad francesa. Pensad seriamente que nuestros poetas han visto una diferencia entre Dumas hijo, é Ibsen, cuanto a la superioridad estética que preside a los dramas del segundo. Pues bien, yo, que he tenido buen cuidado de interrogar a los primeros de arriba, dulcemente sin casi aparentarlo, yo aseguro que ellos no han tenido de ambos poetas impresiones muy diversas. Ellos han criticado a Dumas por sus bajos procedimientos escénicos; han loado a Ibsen, por la belleza exterior, los diálogos y disposiciones trágicas de sus dramas. Pero qué han podido ellos pensar de Nora, de Oswald, de Brand, de Hedda, de Borkman,—entiéndase que digo pensar. Si penetráis en su moralidad, descubriréis que es tan confusa como lo que les queda de Cesarina ó de Olivier de Jalin. Esto no ha hecho impresión en su conciencia y en su carácter, ellos no han prestado atención sino al talento, pero de ningún modo a lo que el talento exponía, es decir, a lo esencial. Y yo diría lo mismo de la Levine de *Ana Karenine* y de toda creación intelectual de este tiempo. Ellos consideran este orden de cosas humanas como una consecuencia enojosa de la educación: son colegiales que han detestado la clase de filosofía y no se acuerdan sino de la retórica. ¿Cómo podríais vivir con ellos? Desde el instante que no os habéis decidido por el budismo; y si deseáis vivir humanamente, vale más que os paguéis de las ideas que de las palabras. Uno de nuestros mejores novelistas, un carácter, habla en un prefacio reciente, del deseo de ver una emoción de pensamiento elevarse por encima de la emoción de sensibilidad. El estima que la

etnología, por ejemplo, puede dar, por el espectáculo de las luchas de razas, una emoción tan intensa, si bien generalizada, como el relato de un drama individual especializado. El hace de la intelectualidad una fuente emotiva digna de los tiempos presentes, y en todo caso de *Vélite*. Ninguno entre nuestros refinados, ha levantado ni siquiera en un rincón de sus revistas donde las cuestiones de corrillo encuentran á menudo lugar, esta hipótesis que se dirige directamente á su solicitud de creadores. Habladles de sociología, moral, psicología, de las multitudes; tratadles de una idea general, de una de esas ideas que estrangulan las naciones modernas; llevad la conversación al pauperismo, el peligro amarillo, la agonía de la Europa central y de las razas latinas, ó tantos otros objetos de estos que son como el pan de la vida mental, para todo hombre de nuestro tiempo, y os responderán: «Esto no nos concierne, nosotros somos artistas. Y preguntadles en qué consiste su arte; qué ponen en él como elemento sustancial. Yo me lo he preguntado á mi mismo; yo no he encontrado alimento nutritivo de la inteligencia en esa variación de formas, en ese repertorio de procedimientos; yo no he encontrado el más ligero fuego al cual pudiera calentarse una alma inquieta. ¿Ser artista así? No, yo prefiero ser un hombre; y esto ellos no pueden enseñármelo; es por eso por lo cual yo los abandono, tomo mi ruta y sigo adelante, adelante.

¿Mi conclusión? preguntaréis vosotros; pues hela aquí. Aislao, volved uno por uno á vuestros antiguos hábitos, obrad como antes. Buscad el móvil de vuestras acciones; buscad su cohesión, buscad en ella cierta unidad. Después ensayaréis el magnetismo de vuestros actos sobre otras personas. Me preguntáis si creo que se haya ocupado nadie sinceramente de individualismo, de verdaderas bases de solidaridad humana, de afirmación de sí mismo? No lo bastante, os respondo, no lo bastante todavía. Se ha repetido que es necesario ocuparse de esto, pero la actual generación no quiere ponerse á la tarea. Es por ello que esta generación se agosta, es por eso por lo cual tenéis deseos de abandonarla, y este deseo os viene precisamente á tiempo para vuestra salud; bien pronto no podríais respirar con tranquilidad.

Explicaos completa, plenamente por vuestro carácter, como si no os hubiese sido dado explicaros un día por vuestra literatura. No creáis que habéis tratado de vosotros mismos. Considerad reducidos á los medios *humanos*, sin poder recurrir á los medios *literarios*.

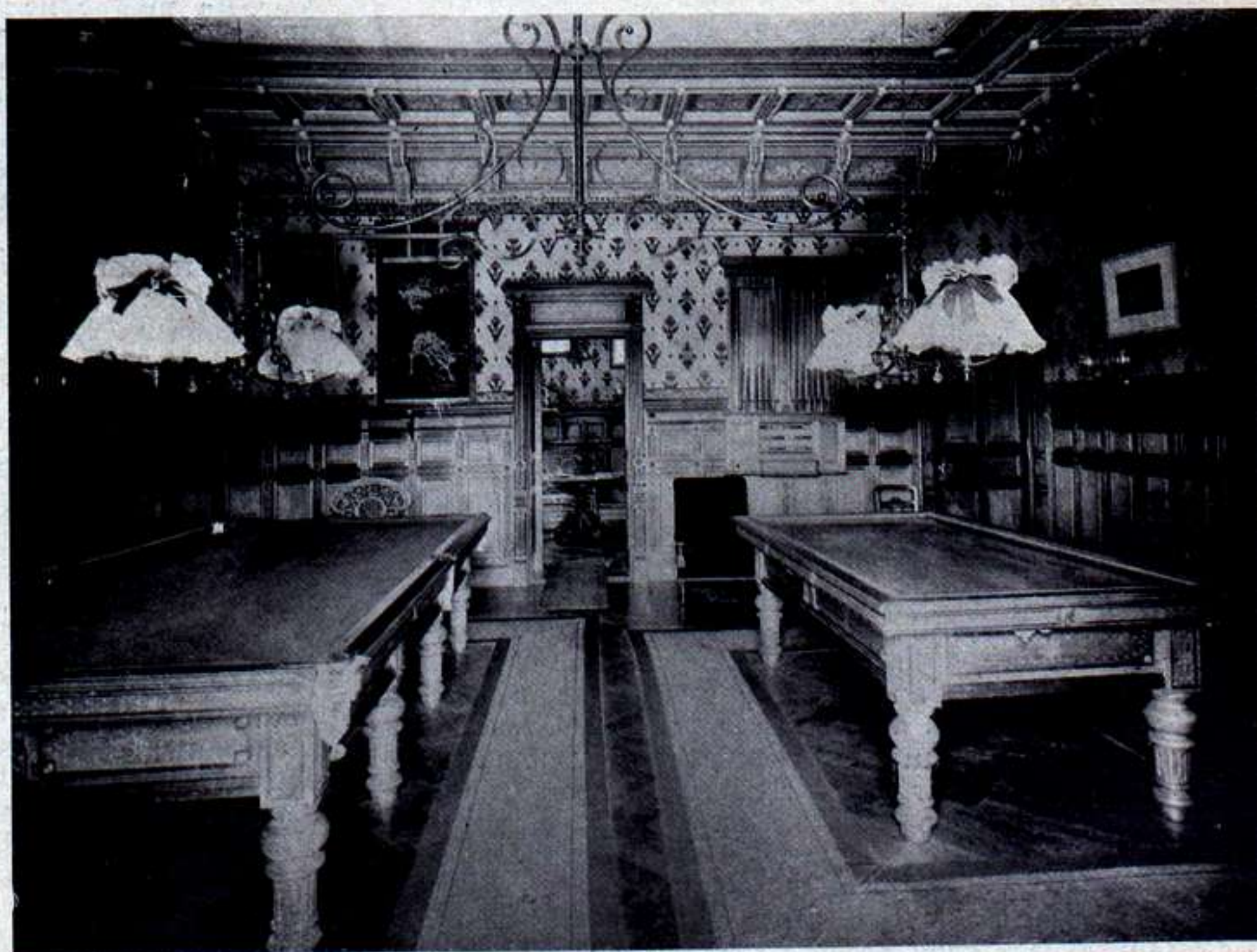
Vuestros libros serán los que puedan ser. Entra mucho del azar en el libro mejor trabajado. Vosotros al menos, seréis lo que habéis querido, seréis hombres hechos, gracias al propio esfuerzo. Esto es un poco más difícil que hacer un volumen de versos libres, y proporciona bien distinto



VISTA GENERAL EXTERIOR - (Fotog. E. C. Moody)



VESTIBULO ALTO - (Fotog. E. C. Moody)



SALA DE BILLARES - (Fotog. E. C. Moody)

placer. Esto es lo que no comprenden nuestros jóvenes. Yo los he llamado «imprudentes y timoratos», todo junto; y esto os ha extrañado. Si, imprudentes y timoratos, porque ellos prefieren ser literatos á ser hombres, y detrás de sus paradojas, se ocultan á sí mismo una completa carencia de verdades. Y mientras las paradojas llevan al exceso tocando en la declamación, la carencia de verdades interiores, de las cuales todo el mundo tiene necesidad, conduce directamente á la timidez en las acciones. Hemos tenido los ironistas que se cierran todas las salidas *a priori*; tenemos los simbolistas que vuelven la espalda á la vida ordinaria por «aristocratismo»; tenemos ahora, también, los *arrivistes*, llenos de descaro.

Observad bien cómo á todos les falta el carácter, y cómo tienen toda suerte de temores, temores de semejantes, pero equivalentes todos á un pavor espantoso de la existencia real. Sabiendo todo esto, entrad en vosotros mismos, amad vuestro tiempo, y esperadlo todo de vuestra conciencia y de vuestras fuerzas naturales, nada de las escuelas.

Tales son las reflexiones que yo haría si el azar quisiese que uno de mis corresponsales estuviese delante de mí. Yo no pienso un punto que él se iría con una fe nueva. Hasta imagino que él partiría desconcertado, porque no le puse en el bolsillo una cajita con un específico de la personalidad moral. Pero los teólogos dicen á los que van á preguntarles el modo de conservar la fe:

—Observad los ritos.

—Yo no creo en ellos del todo.

—Observadles siempre de buena voluntad; comenzad por asistir á ellos.

La continua práctica de las fórmulas obrará sobre vos y, gracias á esta práctica, llegaréis á la creencia. Este es un método profundo. Para fortificar un carácter, es necesario primeramente aplicarse al estudio de su estado presente. Esto es todo lo que yo tenía que decir. Cuando todos lo repitan, lo mismo en el círculo que en los salones, habremos llegado á buen término. Dando limosna á los pobres, se retarda la justicia inmanente de las revoluciones. Nuestros «amores de cabeza», son las limosnas que hemos dado desde hace años; esto es el capital que hemos gastado. Nuestra alma tiene hambre. Hemos compensado por medio de pequeñas adquisiciones sucesivas, pequeños desperdicios sucesivos: detengámonos en este camino.

Es innegable que, si nosotros hemos fabricado muchos libros, hemos elevado en medio de nosotros pocos hombres. Esta generación ha hablado bajo, los brazos contra el cuerpo, en un salón ó en una capilla. Hay, sin embargo, otras tribunas. Es necesario una larga avenida, una fuente bella, para olvidar todo esto, y debe ser en nuestra propia época. Esta revelación latente, es lo que yo nombro *l'Aventure*. Alguno me decía: «Esperáis *l'Aventure*». Esto no es un grito de poeta. No nos entendemos sobre este nombre de poeta. Lo que yo sé es que esto es un grito de hombre.

Después de todo, ¿qué es lo que nosotros pedimos al arte como á todos los medios de expansión? ¿Qué es lo que nos excita á trabajar? Una vida ordenada, larga, inteligente, un empleo valeroso de nuestra sangre. Y no es murmurando y sutilizando cómo se llega á este fin. Es bueno limar poemas y novelas; pero es mejor construirnos á nosotros mismos; encontrarnos dentro de nosotros. Y este encuentro vale la pena olvidar bastantes volúmenes, ó de no escribir ninguno.

CAMILLE MAUCLAIR.



POR FIESTAS Y TEATROS



DESDE luego, lo que debiera llevar esta sección sería el sin número de fiestas y festejos de todas clases que se organizan y que tienen lugar para arbitrar recursos con que aumentar los fondos de la subscripción nacional para la compra de una nave de guerra.

No podemos, sin embargo, ocuparnos de todas, y ya que la información completa de los diarios de mañana y tarde ponen al público al tanto de cuanto se hace ó se proyecta, reseñaremos aquellas fiestas de mayor relieve social ó artístico de la quincena.

Y terminemos anotando, ya que nuestro número se cerrará antes de la fiesta, que se ha resuelto organizar para uno de estos días otoñales un gran «festival» de carácter original y nuevo, por consiguiente, que se verificará en el dique número 4 y la dársena norte, contando con el concurso de los buques de la armada nacional, los cruceros «Buenos Aires» y «9 de Julio», el acorazado «Libertad», el cazatorpedero «Patria», la corbeta «La Argentina», el «Maipú» y probablemente algún otro, todos los cuales serán adornados para recibir dia-

riamente á su bordo á las familias que concurrirán á presenciar las fiestas, que consistirán en carreras en botes, juegos, etc., etc.

Como se confía fundadamente en que será muy crecida la concurrencia que asista á estas fiestas, y no considerándose suficiente espacio el que puedan ofrecer las naves de guerra y los barcos mercantes que se coloquen en el dique y dársena referidos, se colocarán sillas y asientos, en gran cantidad, en los malecones, puentes y demás sitios de las orillas del puerto.

Los preparativos han sido empezados ya y se espera poder terminarlos dentro de cuatro ó cinco días, en cuyo caso la fiesta se realizará en la semana entrante.

Un cuarteto, una sesión de música de cámara nos ofrecieron y dieron, en la sala Operai Italiani, los conocidos cuartetistas señores Galvani, Cattelani, Bonfiglioli y Forino, y la fiesta atrajo un auditorio tan crecido como atento, que siguió con marcada complacencia las numerosas bellezas de las tres notables obras del programa: el cuarteto op. 59 núm. 3 de Beethoven, el hermoso y difícil concierto de Max-Bruch, para violín, en el que el señor Cattelani desplegó, con el buen resultado de siempre, su fuerza de estilo y de expresión, secundándole bien en el piano el señor Turco; y el magnífico cuarteto con piano op. 25, de Brahms, que fué brillantemente ejecutado por los señores Galvani, Bonfiglioli, Forino y el mencionado pianista señor Eduardo Turco, á quien volvimos á oír con sumo gusto, después de mucho tiempo que le ha mantenido apartado del piano, ó por lo menos de su ejecución en público, el sensible percañe á que debió la dislocación de su brazo derecho.

Circulaba ha pocos días, entre las familias principales, la siguiente invitación.

«La comisión de damas, auxiliar de la Liga Patriótica Universitaria, se hace un honor en invitar á usted á que concorra, con sus niños, al matiné infantil que se celebrará el viernes 25 del corriente, á las dos de la tarde, en el Pabellón Argentino. Saludan á usted. atentamente. — Josefa A. de Vassilicós, Dolores de la C. de Frendelburg, Arsenia C. de Gómez, Amelia D. de Nogués, Sara T. de Gorostiaga, Corina D. de Retolaza, María T. de Benítez, Ana B. de Cárdenas, Ana C. de Cisneros, Josefa R. de Jiménez, Mercedes G. de Videla, Alcira T. de Elia, Corina D. de Villegas, María de la C. de Ferrari, Etelvina L. de del Pino.»

Y la fiesta ha sido, como era de esperarse, completa, llena de infantiles concurrentes, que salieron satisfechísimos, como también en la función de la noche en ese día festivo en que reunió en el Pabellón Argentino extraordinaria concurrencia, en que la grey femenina lucía todas sus gracias y todos sus encantos naturales y... artificiales.

No desmaya la empresa de la Comedia y hace bien. En pasadas noches, (y por no hacer hincapié en los programas poco renovados que nos ofrece) vimos *La tía de Carlos*, que alcanzó un éxito superior al de la noche de su estreno. El arreglo hecho por Ceferino Palencia es precioso y la ejecución fué buena.

De lo mucho que gustó al público puede dar una idea el hecho de que, tratándose de una comedia, los aplausos interrumpieron la representación por unos instantes á mitad del segundo acto para que Gil se presentase en escena á recibir las felicitaciones del público.

Merecía más concurrencia la velada musical celebrada en el San Martín á beneficio de la subscripción nacional, pues todo su programa se sostuvo á muy buena altura sin decaer ni un momento, brillando por igual los números de orquesta, bajo la dirección del señor Troiani, de quien se ejecutaron dos excelentes composiciones (una *Réverie* y una *Overtura*); los de violín á cargo del señor Fontova, acompañado por su señor hermano; los de canto encomendados á la señora Amalia de Roma y á la señorita Sara Ventura; los de piano, ejecutados por las señoritas María Sara Etchenique y Laura Vattuone; y el de mandolín, por el señor. Cospito.

Nutridos aplausos saludaron todas las piezas, pidiéndose repeticiones al señor Fontova y á la señorita Ventura.

Sigue el Mayo con la zarzuela grande y... sigue bastante bien. Una de las... novedades ó «renovos» fué *El Valle de Andorra* que hacia tiempo no oíamos y alcanzó en una de estas últimas sesiones nocturnas, un éxito completo, pues la preciosa zarzuela fué aplaudida estrepitosamente, debido, no poco, al acierto de la ejecución.

No menos aplausos y plácemes está mereciendo la compañía de zarzuela que dirige el actor Royo en el Jardín Florida. Y ahora que se va, se lo decimos. Y entre lo «estrenado», *La Revoltosa*, ha

tenido un éxito franco, siendo un triunfo para la señorita Lamaña que hizo una discreta é interesante Mari-Pepa, y para toda la compañía.

La señorita Lamaña es una de las mejores artistas del género chico y el actor Royo ha justificado su reputación bien sentada en este género.

La compañía prepara varios estrenos para la quincena próxima, sin perjuicio, según noticias, de dar también su óbolo como los demás teatros á la subscripción patriótica.

Y para que haya de todo, hemos tenido en el Victoria, algo que, aunque mal representado al principio, y mejor después, ha llamado la atención, y es *La Pasión*, la que acuden á ver numerosas familias de nuestra más culta sociedad.

Crítica aparte, salvando con todas las reservas necesarias, un tema tan discutible para ser presentado en escena, sin que la abone ni la excuse la proximidad de la Semana Mayor, diremos con un cronista á quien copiamos, que *La Pasión* ha tomado carta de ciudadanía en Buenos Aires, y lleva trazas de convertirse, como en otras muchas capitales, en la obra obligada de esta época del año. Cuanto se ha hablado en contra de ella se ha estrellado ante la realidad, y hoy, no pocos de los que se escandalizaban ante la sola idea de que se consintiera su representación, van á verla y hacen propaganda entre sus conocidos y amigos en pro de esa obra. ¡Puede tanto el ejemplo!

¿A dónde va Clemente?
Pues... á donde va la gente.

«Hemos tenido ocasión de comprobar este hecho. Hallamos en el teatro al jefe de una respetable familia de esta ciudad á quien días antes del estreno oímos protestar contra el permiso otorgado por la Municipalidad para esa representación, que consideraba como un ataque á los sentimientos religiosos de este pueblo.

Como le preguntáramos cómo se había decidido á ir, nos dijo:—Vine el domingo por ver qué era esto y poder contestar á quienes lo defendían con conocimiento de causa. Yo, al censurar este género de espectáculos, no lo hacia por prurito, sino porque, mal informado, creí que se trataba de otra cosa. Lo vi y lo encontré, no sólo serio y respetuoso, sino altamente moral y ejemplar y he querido que mi familia lo vea. No tenía por qué insistir en una opinión equivocada, y, á parte de que me agrada mucho esta obra, he creído hacer un acto de reparación trayendo á mi esposa y á mis hijos, por el perjuicio que pudiera anteriormente haber hecho con mi propaganda á esta buena gente, á quien juzgo muy digna de la protección de quienes creemos que la religión es una necesidad en todas partes y sobre todo en pueblos de la indole del nuestro.

Y luego añadió el mismo señor:

—Aquí es raro encontrar quien vaya á la iglesia á rezar. No pretendo que se vaya al teatro á eso; pero encuentro que procedió con gran acierto el autor de esa obra, pues lo que ha hecho ha sido seguir á las gentes allá donde gustan ir y hablarles en el lenguaje que entienden y en la forma que les gusta de lo que no habían de escuchar en ninguna otra parte. Es lo mismo que ha hecho el P. Coloma al dedicarse á la novela, y á la novela naturalista, que es más. Créame, al que ve esto, algo le queda.

Esto fué lo que nos dijo la persona á quien aludimos, muy respetada en Buenos Aires. Cuantos han asistido al Victoria sabrán seguramente á quien nos referimos, pues se trata de persona que casi nunca asiste á ningún teatro y que es conocidísima.

También debemos hacer notar que las señoras figuran entre el público en gran mayoría.

En las repeticiones, los defectos que le encontramos en la primera noche: la monotonía de algunas escenas y la mucha duración de los entreactos, han sido subsanados y ahora la función termina á las doce ó antes.

En el Apolo, el lindo teatro de la calle Corrientes, ha empezado á trabajar la compañía lírico-dramática criolla de los hermanos Podestá, y el *buen pueblo* va allí, y aplaude, y se ríe y goza con el espectáculo favorito de sus aficiones. Y como remate ó «cabo» de esta crónica al vuelo digamos que *El Cabo Melitón* será el éxito más brillante de este género «gauchesco atildado», pues está anunciado para uno de estos días.

RENE.



RUFINO T. DOMINGUEZ

RUFINO T. Dominguez nació en Montevideo el 16 de Noviembre de 1855, y muy niño se encontró huérfano de padre y madre, haciéndose cargo de él su tío el Coronel Gabriel T. Ríos.

A los quince años, no cumplidos, siendo el Coronel Ríos Jefe del «Batallón Pacheco», en la revo-

lución blanca encabezada por el General Timoteo Aparicio — á principios de 1870 — Domínguez solicitó de su tío un puesto como soldado, pero el Coronel Ríos se opuso á sus pretensiones; mas poco después llegó el Coronel Filomeno de los Santos al mando del «Primer plantel del Ejército», y Domínguez le comunicó sus intenciones, haciéndole comprender que estaba decidido á sentar plaza de soldado, con el consentimiento de su tío, ó sin él.

Años después, y cuando la revolución del 86 puso en boga el nombre de Domínguez, el Coronel de los Santos, hermano del Presidente Máximo Santos, decía á sus amigos: «Ese muchacho le va á dar trabajo á Máximo; yo lo conozco bien; y quedé hondamente impresionado cuando en 1870, aquel niño de cuerpo pequeño y de apariencia débil me decía con enérgico acento: *Todos mis hermanos han muerto en la guerra y es una vergüenza que yo ande de «florcita» á los quince años»*.

El Coronel de los Santos celebró una entrevista con el Coronel Ríos y convencido éste de que su sobrino *era un hombre*, dió su consentimiento, y Rufino Domínguez ingresó como soldado distinguido en el «Primer plantel del Ejército».

Pocos meses después, se le nombraba abanderado, y con ese grado se halló en la sangrienta batalla de *Severino*, el doce de Septiembre de 1870. Su arrojo y el valor con que supo defender la bandera cuando, en lo más recio del combate, se empezó á pelear «cuerpo á cuerpo», le valieron el ascenso inmediato, y con el grado de Teniente 2.º, al mando de la 3.ª compañía, se encontró en la batalla de «Sauce», el 24 de Diciembre de 1870, uno de los episodios más sangrientos de la lucha civil que en la historia contemporánea de la República se conoce con el nombre de «Revolución de Aparicio». Se encontró también en «Manantiales», retirada de la sierra de Castellanos, etc.

Terminada la guerra por el pacto de Abril, y disuelto el Batallón donde Domínguez había hecho toda la campaña, pasó á prestar servicios en el 1.º de Cazadores, como Teniente 1.º

En ese cuerpo lo sorprendió el lúgubre 10 de Enero de 1875, y aunque sólo contaba 20 años, la inteligencia clara del joven oficial y su innato amor á la libertad, le hicieron comprender que su puesto no estaba en el Ejército gubernista, sino en el Ejército popular que se aprestaba á derrocar la tiranía de Lorenzo Latorre. Abandonó, pues, el Ejército que acababa de mancillarse, y se encaminó á Buenos Aires, solicitando un puesto como soldado en la revolución «Tricolor», que se organizaba en la ciudad vecina.

Al separarse del Ejército, publicó un manifiesto notable, y en compañía de hombres de la talla de José Pedro Ramírez, Andrés Lamas, Juan José de Herrera y otros, suscribió el que el Comité Revolucionario lanzó al país, protestando de los actos inicuos del gobierno de su patria é invitando á los ciudadanos á engrosar las filas de la revolución.

La figura de Domínguez se destacó bien pronto de entre sus compañeros de armas por su bravura y por su arrojo, por cuya causa sus Jefes superiores le confiaron varias delicadas comisiones, que desempeñó con altura.

Uno de los episodios más interesantes de la revolución del 75, es, sin duda, el combate naval entre la *Carolina*, buque á vela al servicio de la causa popular, y el vapor *Artigas*, comandado por el jefe gubernista Ernesto Courtin; la *Carolina* llevaba una expedición de soldados y armas para la revolución, y, sorprendida por el vapor *Artigas*, cerca del Puerto de la Paloma, se trabó el combate.

Terminada la revolución *Tricolor*, que fué un desastre para las armas populares, Domínguez, rechazando todos los ofrecimientos que se le hicieron, se dirigió á Buenos Aires, haciendo allí vida modesta de emigrado y dedicado por completo al estudio, como si presintiera que, en tiempo no lejano, su patria había de reclamarlo como hombre político, como legislador, así como había pedido su concurso como militar. Vuelto á Montevideo, continuó su vida de hombre de estudio, distinguiéndose bien pronto como una de las figuras más salientes de aquella pléyade de jóvenes ilustrados, que, desde 1878 á 1885, prepararon en la prensa, en la cátedra y en la plaza pública, la revolución que terminó con el desastre de *Quebracho*.

Durante ese lapso de tiempo, fué presidente de la Sociedad Universitaria, Secretario del Ateneo y catedrático de Táctica Militar en el primero de los nombrados centros científicos. Quería que la juventud se militarizara para poder un día luchar y vencer á los soldados de la tiranía de Santos.

Los hombres más importantes del país, pertenecientes á todas las fracciones políticas, se concertaron, á fines de 1885, para derrocar el oprobioso gobierno de Santos, que pretendía perpetuarse en el poder, y, aunque Rufino Domínguez contaba solamente 30 años, se solicitó su concurso, ofreciéndosele la jefatura de un Batallón; desde el mes de Septiembre se dedicó Domínguez en cuerpo y al-

ma á la organización de las fuerzas populares, poniéndose al habla con todos los jefes militares y hombres de significación, consiguiendo su concurso para la gran obra de la regeneración del país. Aparte de eso, consiguió importantes sumas de dinero para la compra de armas y vestuarios, corriendo inminentes peligros, pues el General Santos, que veía tambalear su poder, había roto con todas las consideraciones que hasta entonces había guardado por las formas constitucionales.

Terminadas esas tareas, se embarcó para Buenos Aires, dedicándose á la organización de su Batallón — el 1.º de Cazadores — que el General Arredondo llamó «su guardia vieja», que llegó á contar más de 400 plazas, y lo formaba la juventud más distinguida del Club Uruguay, del Ateneo, y de la Sociedad Universitaria.

El desastre de las fuerzas populares en el *Quebracho*, el 31 de Marzo de 1886, puso de relieve las singulares condiciones de carácter de Rufino Domínguez: destrozado el ejército, dispersos todos los batallones, los generales en jefe abandonaron el campo de batalla, llevando el desaliento á los jefes de cuerpo; como en casos análogos, se inició el «álvese quien pueda»; sólo Domínguez permaneció firme, haciendo frente al enemigo con su batallón, con sus queridos muchachos, hasta que, diezmado el 1.º y comprendiendo su jefe que toda resistencia era imposible, y era un crimen hacer fusilar á sus soldados, que á toda fuerza querían seguir peleando, se dirigió solo, á caballo, al encuentro del entonces coronel José Villar y le pidió que respetara la vida de sus soldados; en cuanto á él, se entregó sin condiciones; nada quiso pedir á sus enemigos.

El comandante Rufino Domínguez fué el único jefe que se entregó al enemigo al frente de sus soldados, después de haber obtenido para ellos toda clase de garantías.

De nuevo en Montevideo, y comprendiendo que por el momento nada podía hacerse para arrancar del poder al general Santos, volvió á sus libros, su ocupación favorita; pero, para atender á las necesidades de la vida, se dedicó al comercio, trabajando como corredor de Bolsa hasta 1887, época en que el general Máximo Tajes, que sucedió á Santos en el poder y quiso rodearse de hombres de espectabilidad, le ofreció la Jefatura Política de Florida, puesto que desempeñó con altura, captándose las simpatías de todo el Departamento.

Un año después, abandonó aquel elevado cargo para aceptar un asiento en la Cámara de Diputados, que le ofrecían los electores del Durazno, en cuyo Departamento pasó los años de su niñez. En las dos legislaturas siguientes, volvió á ser elegido.

Su labor como legislador, fué digna de sus antecedentes; presentó importantes proyectos, tomó parte en las discusiones en que se ventilaban arduos problemas políticos, jurídicos y económicos, demostrando inteligencia clara, juicio sereno y profundidad de conocimientos.

Sus discursos más notables son, sin duda, los pronunciados á propósito de la pensión otorgada á la familia del doctor Andrés Lamas, que combatió enérgicamente; los referentes al ruidoso asunto Buhiga-Calvete, que arrancó repetidos aplausos á sus colegas y sentó jurisprudencia para casos análogos y los relacionados con las cuestiones militares. Todos esos discursos pueden verse en los tomos CXXXIII, CXLII, CXLIII y CXLVIII de la Colección Legislativa.

Durante los memorables veintidós días de Marzo de 1894, Rufino Domínguez formó en el grupo independiente y fué designado Secretario del Comité que organizó los trabajos para llevar á la presidencia de la República al general Tajes, que entonces contaba con las simpatías populares, pues se le creyó capaz de afrontar la situación en tan críticos momentos.

Al estallar la revolución blanca, encabezada por Aparicio Saravia, el presidente Idiarte Borda, que sabía cuánto vale Domínguez, le ofreció el puesto de Jefe Político y Comandante Militar del Departamento de Florida, cargos que aceptó, imponiendo condiciones y rechazando el grado de coronel con que aquel gobernante quería premiar sus servicios.

En la acción de «Cerro Colorado» fué el jefe que más se distinguió peleando denodadamente al frente de la «División Florida», cuerpo de ejército de más de 2.200 hombres que organizó y disciplinó en brevísimo lapso de tiempo. El general Melitón Muñoz, general en jefe, lo nombró, apenas incorporado al ejército, jefe de Vanguardia, poniendo á sus órdenes al coronel Primitivo Cabrera, con 600 hombres.

Después de ese combate, volvió el presidente Borda á ofrecerle el grado de coronel de línea, pero Domínguez rechazó nuevamente, contestán-

dole que había peleado por su partido, sin aspiraciones de lucro.

Más tarde aceptó la Jefatura de Florida, porque tuvo en cuenta el peligro que corría su partido político en aquella situación.

Cuando por muerte de Idiarte Borda, ocupó la presidencia de la República Oriental el señor Juan L. Cuestas, actual Presidente Provisional, fué el primer cuidado de este ilustre ciudadano sacar al país de la postración en que yacía, y echando á un lado el colectivismo, llamó á compartir las tareas del gobierno á los hombres de más valimiento del país; conocía el señor Cuestas á Domínguez, su colega en la Cámara; había tenido oportunidad de apreciar sus especiales condiciones de ciudadano austero y soldado valeroso, y le ofreció la Jefatura Política de la Capital, puesto de suyo importantísimo y muy especialmente en aquellos momentos en que el colectivismo veía desaparecer el poder de sus manos.

Todos saben en qué situación de desquicio se encontraba la policía; así es que Domínguez cortó de raíz todos los abusos, destituyó los malos empleados, implantó en todas las oficinas moralidad y orden, y organizó las milicias policiales, con especial tino, consiguiendo formar, con todas ellas, los hermosos batallones que todos han visto pasear por las calles de Montevideo, en el mes de Febrero, recibiendo aplausos y flores en su trayecto.

He aquí, á grandes rasgos, los antecedentes biográficos del actual Jefe Político de Montevideo.

UN DUELO A MUERTE



MIENTRAS almorzaban tranquilamente en la mesa redonda de un hotel de Rennes varios estudiantes en vacaciones y algunos forasteros, giró la conversación sobre los teatros y las actrices de París.

Un estudiante que había cursado el cuarto año de derecho en la gran capital hablaba de estas últimas con un desenfado inconcebible, dándose tono de conquistador. Según él, conocía á todas con verdadera intimidad y era el amigo predilecto de la Samary y de la Reichemberg. Los naturales del país le escuchaban con la boca abierta.

— ¿Conoce usted á Susana Montbaleón? — le preguntó un pasante de notario.

— ¡Si conozco á la Montbaleón! ¡Pues ya lo creo!

— He visto su fotografía, y á juzgar por ella debe ser una mujer muy hermosa.

— Cené con ella á altas horas de la noche tres días antes de salir yo de París.

— ¡Ah, tunante! — exclamaron á coro algunos de los concurrentes.

— Dispense usted, caballero — dijo de pronto un individuo que hacia un instante se había sentado á la mesa — ¿insiste usted en afirmar que tres días antes de salir de París cenó usted á altas horas de la noche con Susana Montbaleón?

— Sí, señor.

— ¡Pues miente usted como un infame!

— ¿Y con qué derecho?....

— ¡Susana Montbaleón es hermana mía!

El estudiante, turbado y confuso, balbuceó:

— Crea usted, caballero, que deploro mi indiscreción....

— Eso no basta. Es preciso que declare usted ante estos señores, que es falso que haya cenado usted con mi hermana.

— Pues bien; confieso que he mentado.

— Además, mi honor exige otra declaración.

— ¿Cuál?

— Confiese usted que ni la conoce ni la ha visto en su vida.

El estudiante, avergonzado y mohino, hizo un esfuerzo supremo.

— ¡Declaro — añadió — que ni la conozco ni la he visto jamás!

— Ni yo tampoco — exclamó el viajero lanzando una estrepitosa carcajada.

Según eso, ¿ha querido usted burlarse de mí? — preguntó el estudiante.

— No lo niego.

— Pues me dará usted una satisfacción.

Los concurrentes se levantaron para poner término á la disputa.

— Vamos, tranquilízate, Kerlades — dijo un amigo al estudiante.

— Ese caballero me ha insultado — murmuró este último arrojando su tarjeta al viajero.

— ¡Ahí tiene usted la mía!

El estudiante leyó el nombre de Valbris, y encargó á su amigo Leoberc, empleado en el Banco de Francia, que con un compañero le asistiese como padrino.

Leoberc manifestó que el duelo debía de ser á muerte, y no tardó en avistarse, en unión de un

oficial del ejército, con dos periodistas designados por Valbris.

Acordóse, á instancias del amigo del estudiante, que el duelo fuese á muerte, á pesar de la resistencia de los otros padrinos, y todo quedó preparado para el siguiente día.

Leoberc dió cuenta de lo ocurrido al estudiante, el cual se encerró en su cuarto, poseído de la mayor tristeza y considerando aquel duelo como una estupidez.

No quiso comer y resolvió hacer testamento, por lo que pudiera ocurrir. Cogió un pliego de papel, no sabiendo cómo empezar.

Al fin, después de haber reflexionado breves instantes, escribió lo siguiente:

« Si muero, pido perdón á mi familia por el disgusto que involuntariamente le ocasiono. »

Al llegar á este punto, los ojos del estudiante se inundaron de lágrimas, que enjugó presuroso para seguir redactando su última voluntad.

Legaba un recuerdo á cada uno de los individuos de su familia, dejando á su hermana un precioso abanico japonés y todo el dinero que poseía; á su cuñado sus pipas, su ropa y sus bastones, y á sus sobrinas el piano que hacia dos meses habia comprado.

A los pocos instantes entró Leoberc, el cual dijo con lúgubre acento:

— Todo está ya perfectamente arreglado.

— ¿ A muerte?.....

— ¡ A muerte! ¡ No hay remedio!

— En caso de una desgracia, entregarás esta carta á mi hermana.

— Lo juro — contestó el padrino, estrechando la mano del estudiante — Valor, amigo mio..... y hasta mañana.

— Hasta mañana — contestó Kerlade.

Al rayar el alba, el estudiante y sus padrinos, acompañados de un médico, salieron furtivamente de la población para dirigirse al terreno.

Cuando llegaron al lugar de la cita encontraron á Valbris, que con sus testigos les esperaba.

Leoberc entregó las pistolas á los combatientes, y á una señal convenida, Valbris, sereno y sonriente, disparó al aire y destruyó una rama que se balanceaba sobre la cabeza del estudiante.

Kerlade no habia disparado. Conmovido ante la generosidad de su adversario, inclinó el arma hacia un lado, exclamando:

— ¡ He aquí cómo me vengo!

Y Leoberc cayó en tierra para no levantarse jamás.

La bala de Kerlade le habia atravesado el corazón.

El duelo habia sido á muerte, á pesar de la magnanimidad de los contendientes.

E. FOURRIER.

MOSAICO

La Bolsa. — No lo habrán olvidado sus amigos: *Julián Martel* vive en la memoria de sus admiradores, y pruébalo esta póstuma edición de su obra más original, *La Bolsa*, cuya segunda edición recibida al cerrar este número, agradecemos y estimamos como un cariñoso recuerdo del que fué nuestro buen compañero de tareas en esta revista.

Rozas. — El general Lucio V. Mansilla tendrá, como escritor, cuantos defectos quieran anotársele, menos uno, el de no ser ameno. La gracia chispeante de su original y á veces descuidado estilo, campea en las páginas de *Rozas*, publicado en París, para referirnos algo de la personalidad ora siniestra ó justiciera (según los jueces) del que se llamó en la Historia del pueblo argentino, con el pomposo nombre de *Restaurador de las Leyes*.

Mansilla se hace leer, y lo leeremos: nuestra primera impresión es favorable al literato: quizás la «veracidad histórica» vá arrastrada por los impulsos poéticos de una imaginación siempre juvenil; no importa.

El libro ha de valer, y esto es ya mucho para quien escribe para..... tan encontrados gustos y criterios.

En la Tienda San Miguel. — El otoño con sus frescas brisas nos anuncia el cambio ó modificación de parte de nuestra indumentaria. ¿A dónde acudir? A todas partes. La grey masculina corre de sastre en sastre para proveerse de « artículos de otoño y de invierno » y las modistas no pueden dar abasto á tanta y tanta obra como la que nuestras bellas porteñas las encargan. Pero hay un paso, paso importantísimo, antes de llegar á la modista, y éste es el de examinar, ver y elegir las telas más apropiadas, los gustos más « en moda », los que se llevarán en la próxima estación invernal.

Y ahí está la reputadísima «Tienda San Miguel», dispuesta á complacer al mundo entero. En ella hay novedades mil para la presente estación: un espléndido surtido en géneros para

soirée y teatro, resaltando como gran novedad la flor de *velours* y los géneros de rayas transversales.

Para trajes de calle, el *drap de soie* y de *pluri* han sido los que más aceptación han tenido en Europa, y guarnecidos con grandes galones de trencilla, los géneros de lana transversales, formando cintas, son recomendados por ser la última palabra del buen gusto con especialidad todo lo que es unido, géneros de cuadritos que visten tan bien y hacen un cuerpo elegantísimo, y que en las principales casas de confección de París se han adoptado, fijando así «leyes» para la moda corriente.

Este año cuenta también la citada casa con un variadísimo surtido de confecciones procedentes de los más reputados establecimientos de París.

Pero no basta vestirse bien para la calle: hay que cuidar de la casa, reformar en ella alfombras y tapices, cambiar, modificar, atenerse al «gusto corriente» en esa parte esencialísima del *decorado interior*, y para esto, como para todo, la «Tienda San Miguel» tiene un extenso surtido en tapices de Persia, Smirna é Inglaterra y uno variadísimo en géneros de tapicería, como alfombras, tapetes, etc., etc., que la más exigente de nuestras damas del gran mundo hallará con los caracteres y condiciones superiores que han sostenido siempre el crédito de esta reputadísima tienda.

Puerto de Montevideo. — Planos, descripciones, estudios y observaciones que ha sugerido este importante problema del país uruguayo aparecen en el ilustrado folleto que recibimos, cuyo envío agradecemos, esperando, con mayor espacio, hacer más completo análisis de esta obra, publicada en el vecino país hermano.

Academia Nacional de Ciencias de Córdoba

—La universitaria ciudad sigue, sin descanso, su activo avance en el camino de la civilización y del progreso, y buena prueba de ello es la ordenada dirección de la Academia Nacional de Ciencias, de que nos da clara idea el volumen recibido, en cuya rápida lectura hemos podido comprobar la importancia de sus elementos y la consagración á los temas científicos más debatidos en el día, que les dedica esta ilustrada Asociación.

LAS DAMAS más elegantes han renunciado al antiguo cold-cream que se vuelve rancio y da al rostro un reflejo lustroso. En su lugar han adoptado la **CREMA SIMON**. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**, que constituye la perfumería más higiénica y más eficaz.

Exigir la verdadera marca.

J. SIMON, rue Grange Batelière, Paris, y en las farmacias, perfumerías, bazares y mercaderías del mundo entero.

NUESTROS GRABADOS

22.º Suplemento artístico—Un mosquetero —Cuadro de F. Roybet—(De la galería de don José P. de Guerrico)—Con este suplemento artístico, y como prueba de los esfuerzos de esta publicación por complacer á sus abonados y lectores, damos una reproducción del famoso cuadro de F. Roybet, de la galería de nuestro distinguido y particular amigo don José P. de Guerrico. Preséntanos el artista, en este lienzo una figura robusta, bien dibujada y llena de vida, en que el colorido y el claro-oscuro son vigorosos, y la entonación general, acertada y artística. No ha escapado un detalle al hábil pincel del laureado pintor de la escuela francesa contemporánea, uno de cuyos maestros más acreditados es, en este cuadro, en el que el ga-

llardo mosquetero fuma y bebe, meditando alguna loca aventura que agregar á la borrascosa historia de su vida de soldado.

Cabeza de estudio—R. de Madrazo—También es este cuadro, que aquí reproducimos, de la galería del señor de Guerrico, y una de sus preciadas joyas artísticas que se juzga sólo al verla, ya que tan renombrada firma excusa juicios y opiniones acreditadas ya por la crítica universal.

El Redentor—Cuadro de Leonardo de Vinci—La epopeya inmortal del mundo cristiano, ha tenido artistas de inimitable valía, y Leonardo de Vinci, ese genio de variados talentos, supo imprimir con sin igual maestría, la dolorosa impresión de un martirio injusto y cruel al más justo de los hombres, al Crucificado, el Redentor Divino de la grey humana.

Nueva capilla del Hospital Español—Véase el artículo en otra de nuestras páginas.

Hospital Rawson—(Véase el artículo correspondiente).

Dr. Manuel Azevedo Barroso Bastos—Cónsul General del Brasil en la República Argentina.

La Villa del señor N. Mihanovich—Nuestro grabado representa esta coqueta Villa, situada en Belgrano, y que se destaca desde el ferrocarril, cuando se pasa por este lindo término de nuestra populosa capital, en esa dirección.

Rodeada la Villa, de altos y frondosos árboles, cercada por alto muro que oculta á sus moradores á la curiosidad de paseantes y viajeros, es la Villa del señor N. Mihanovich, el conocido y acaudalado armador, una espléndida propiedad, en la que el buen gusto y la riqueza han consolidado, en perfecto maridaje, todas las exigencias del confort.

El reputado arquitecto, señor Christophersen, ha logrado en esta bella fábrica que proyectó y dirigió, obtener la suma conjunción de las bellezas del estilo en moda en esta clase de construcciones, con las comodidades y satisfacciones que la vida en el campo impone, para ser grata y llevadera durante largo tiempo.

Todo ha sido previsto y calculado en esta obra, para dar satisfacción al rico propietario que descansa de la fiebre de los negocios; espacioso hall (al que se pasa por una antecámara graciosa) á cuyo alrededor están agrupadas las piezas destinadas al recibo, los salones, el espacioso billar con su monumental chimenea de madera, fumoir de techo de roble incrustado, amplio comedor de altos frisos de nogal, etc., etc., y dando acceso á todo esto, una hermosa escalera de roble.

En el piso alto, donde están los diversos departamentos y habitaciones de la casa, cada habitación está distribuida con especial gusto é inteligencia, con baño, toilette y demás dependencias.

Veamos la casa en el exterior: no tiene, quizás, un estilo definido. Hay en ella algo del pintoresco estilo flamenco, pero en su conjunto, el estilo es francés moderno; los frentes, tratados todos en policromo, están contruidos en ladrillo aparente, entremezclados con el color de la piedra que, en fajas claras, corta la monotonía del color rojo del ladrillo. Los zócalos, de granito obscuro; los frisos, de mayólica; los adornos, de terracota esmaltada; el color obscuro de los techos, contruidos de pizarra de diversos tonos; los pórticos, de madera labrada; puertas y ventanas, con el color natural del cedro; los vidrios, del color de dichas aberturas; produciendo todos estos multicolores elementos, excelente efecto que contrasta con el verde de variados tonos del parque y de cuidado jardín, y destacándose en la altura, la elegante torre que remata la elegante Villa del acaudalado armador.

PARA PASAR UN RATO

Refiriendo desde el púlpito un orador sagrado el sacrificio de San Félix, decía á sus oyentes:

— Entonces el santo cogió su cabeza, que acababa de cortar el verdugo, la besó y se la volvió á colocar sobre sus hombros.

— ¿ Y con qué boca la besó? — preguntó admirado un feligrés.

— Con la boca... del estómago — respondió el pastor.

— ¿ A qué veo más que tú? — decía un tuerto á un amigo.

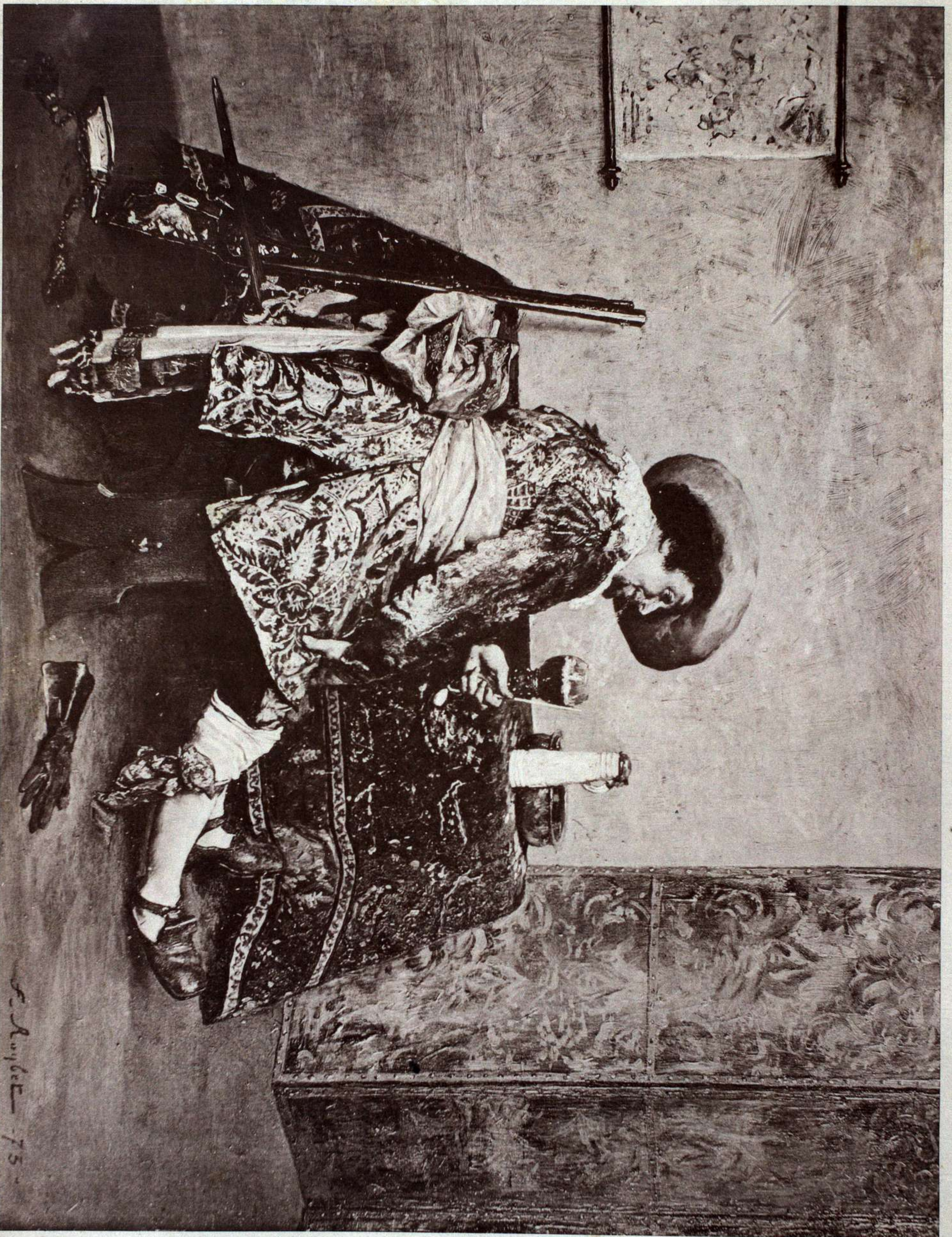
— A que no.

— ¿ Apuestas tres pesos?

— Van jugados.

— Pues gano yo — dijo el tuerto, — porque te veo dos ojos y tú no me ves más que uno.

BELLAS ARTES — UN MOSQUETERERO — CUADRO DE F. ROYBET
(Pertenece a la Galería de don José P. de Guericco)



SPORT

HIPÓDROMO ARGENTINO

REUNIÓN DEL 20 DE MARZO

El «Premio Casares» con que se inauguró la pista de 1100 metros ha tenido este año la ventaja de reunir un campo muy numeroso de potrancas.

Había entre ellas de muy buenas formas y se distinguieron por su estado Guña, Atalaya, Nelesena, Indiscreto, Altea y Bayonnaise.

Respecto á la citada pista tiene un gran inconveniente para el público de las tribunas que no puede ver el desarrollo de la carrera hasta que los caballos llegan cerca del paddock, con lo cual quedan sin interés estas pruebas.

Por lo demás, es una innovación que da al hipódromo cierto aire europeo y hace recordar sus similares de Francia e Inglaterra aunque en aquellos el espectador domina bien el desarrollo de las pruebas desde la partida de los caballos.

Llegado el momento se pusieron á las órdenes del starter las 20 potrancas que formaban el lote y que eran las siguientes:

Nelesena, Urpila, Indiscreto, Dictadura, Altea, Marina, Sweet Sound, Guña, Auca, Punilla, Cartaginesa, Grivette, Casuarina, Atalaya, Roxana, Bayonnaise, La Gama, La Oriental, Evangelina, Famatina, Bambola y Cariñosa.

Después de varias falsas partidas, fué dada la señal y el grupo se puso en movimiento... y al llegar al paddock se vió que Guña galopaba con desenvoltura al frente, perseguida con tenacidad por la pensionista del Indecis que no conseguía darle alcance, y Garrido que conducía á Auca, espía desde el tercer puesto el momento en que su compañera perdiera terreno para acudir en su auxilio; pero esto no sucedió y la hija de Gladiador II, cruzó la meta con un cuerpo libre de ventaja. Altea, conducida por J. Rivero, atropelló al final y entró cuarta, marcando el más alto divi dendo del día.

Guña es mestiza 31/32 y su padre Gladiador II lo es también 63/64.

Resumen:
Premio «Folie», 1200 metros—1.º Marcela 46 kilos, 2.º Cardo Negro 49, 3.º Orsino 48.

No placé: ocho caballos.
Sport: \$ 8.80, á placé 3.30; Cardo Negro 5.40, Orsino 2.95.

Premio «Etoile», 1600 metros—1.º Redoutable 54 kilos, 2.º Nobleza 51, 3.º Alarife 59.

No placé: cinco caballos.
Sport: \$ 29.80, á placé 4.90; Nobleza 2.70, Alarife 3.

Premio «Primera», 1800 metros—1.º Rayon D'or 54 kilos, 2.º Amelia 53.

Sport: \$ 4.05.
Premio «Casares», distancia 1000 metros—1.º Guña 52 kilos, 2.º Indiscreto 52, 3.º Auca 52, 4.º Altea 52.

No placé: Nelesena, Dictadura, Sweet Sound, Marina, Punilla, Cartaginesa, Grivette, Casuarina, Atalaya, La Gama, La Oriental, Evangelina, Bambola, Roxana, Bayonnaise y Cariñosa.

Sport: \$ 6.30, á placé 3.40; Indiscreto 12.35, Altea 32.67.

Premio «Brise», 1800 metros—1.º Tántalo 59 kilos, 2.º Brandzen 50, 3.º Tänger 52.

Sport: \$ 3.45.
Premio «Rose Royale», 1000 metros—1.º Fortunio 52 kilos, 2.º Dinero 52, 3.º Aquilón 52.

No placé: tres potrillos.
Sport: \$ 3.80, á placé 2.85, Dinero 3.30.

Premio «Devon», 2000 metros—1.º Láutaro, 2.º Regalona 58, 3.º Gonin 53.

No placé: tres caballos.

REUNIÓN DEL 25 DE MARZO

El clásico de esta reunión «Premio Criadores» fué disputado por Colombia, Ameliana, Regalona, Bulliciosa, Pitanga y Clase.

En la partida se destacó Bulliciosa imprimiendo á la carrera un tren bastante rápido hasta llegar al último recodo.

A esa altura avanzaron Colombia y Ameliana, mientras Pitanga mejoraba visiblemente su colocación. La yegua del Stud Calchin parecía dominar el campo al enfrentar el paddock, pero esto fué sólo por un momento, pues Pitanga arremetió con furia y venció por tres cuerpos á sus adversarios, adjudicándose por segunda vez el clásico «Criadores».

Ameliana llegó 2.ª y Colombia 3.ª.

Resumen:
Premio «Liana», 1600 metros—1.º Artois 62 kilos, 2.º 9 de Julio 40, 3.º Regente 43.

No placé: diez caballos.
Sport: \$ 9.30, á placé 5.35; 9 de Julio 7.00, Regente 4.65.

Premio «Remate», 1200 metros—1.º Orsino 53 kilos, 2.º Tula 46, 3.º Saint Brise 51.

No placé: cuatro caballos.
Sport: \$ 5.85, á placé 3.20; Tula 3.15.

Premio «Satanella», 1000 metros—1.º Ponoe 50 kilos, 2.º Don Carlos 52, 3.º Alianza 50.

No placé: cuatro potrillos.
Sport: \$ 26.85, á placé 11.45; Don Carlos 6.35.

Premio «Criadores», 1200 metros—1.º Pitanga 62 kilos, 2.º Ameliana 55, 3.º Colombia 62.

No placé: Regalona, Bulliciosa y Clase.
Sport: \$ 5.20, á placé 3.60; Ameliana 9.45.

Premio «Cordelia», 2000 metros—1.º Brandzen 50 kilos, 2.º Rose Royale 54, 3.º Amelia 50.

No placé: dos caballos.
Sport: \$ 8.80, á placé 3.60; Rose Royale 3.00.

Premio «Esfinje», 1100 metros—1.º Orsino 48 kilos, 2.º Nemo 51, 3.º Espingarda 51.

No placé: ocho caballos.
Sport: 9.45, á placé 3.45; Nemo 3.10, Espingarda 4.85.

Premio «Pitanga», 1800 metros—1.º Tom Pouce 61 y Extra 43 kilos, 2.º Saltador.

No placé: dos caballos.
Sport de Tom Pouce \$ 3.55, á placé 3.60; de Extra 6.00, á placé 6.50.

REUNIÓN DEL 27 DE MARZO

Con regular concurrencia y en una pista barrosa se corrieron las siete pruebas del programa de esta reunión que estuvo á punto de ser suspendida por la lluvia.

El premio clásico «Ensayo», de 1200 metros fué disputado por un lote de once concurrentes: East Sheen, dirigido por Pedro Costa; Regente, por Nargiso Sosa; Nemo, por Juan Rivero; Loncoy, por José Paez; Alarife, por Pablo Aguilera; Tántalo, por Isabelino Díaz; Mirabeau, por Santiago Gómez; Keán, por Ramón Garrido; Flageolet, por Pedro Aguirre; Veneno, por Rafael Bastiani; y Ortois, por Horacio Esteves.

En el lote se destacaban por su brillante preparación, Keán, Tántalo y Alarife.

Dada la señal de partida en el mejor momento, se destacó Veneno, imprimiendo á la carrera un tren relámpago. Seguiendo muy agrupados Nemo y Regente, delante de los demás campeones, que á medida que avanzaban se iban extendiendo y desgranando. Antes de correr 300 metros, pasó Keán como flecha y en seguida se le vió ocupar el puesto de leader.

Al desembocar en la recta y cuando los caballos doblaban el recodo por el centro de la pista, buscando el terreno más seguro, Artois atropelló por el lado de los palos, pasando al frente con dos cuerpos de ventaja. Mientras tanto avanzaban con gran ímpetu Tántalo y Alarife, llegando hasta confundirse en el grupo de los delanteros. Artois no pudo sostenerse y cien metros antes de la raya hubo un entrecruce tan confuso, que desde las tribunas parecía que habían ocupado los primeros puestos, Keán, Flageolet, Tántalo, Alarife y Regente. El fallo fué á favor de Tántalo, dando segundo á Keán, tercero Alarife.

Resumen:
Premio «Eclipse», 1400 metros—1.º Regente 45 kilos, 2.º Reyzeulo 53, 3.º Veneno 57.

No placé: nueve caballos.
Sport: \$ 13.60, á placé 4.05; Reyzeulo 3.55, Veneno 3.25.

Premio «Edison», 1600 metros—1.º Rose Royale 57 kilos, 2.º Nobleza 53, 3.º Talma.

Sport: \$ 4.25.
Premio «Elaine», 1000 metros—1.º Bobby 52 kilos, 2.º Bambola 50, 3.º Abanico 52.

No placé: cuatro potrillos.
Sport: \$ 5.85, á placé 3.80; Bambola 8.70.

Premio «Ensayo», 1200 metros—1.º Tántalo 62 kilos, 2.º Keán 57, 3.º Alarife 62.

No placé: East Sheen, Regente, Nemo, Loncoy, Mirabeau, Flageolet, Veneno y Artois.

Sport: \$ 27.25, á placé 5.25; Keán 3.55, Alarife 3.25.

Premio «Espoir», 1100 metros—1.º Hipólito 54 kilos, 2.º Orsino 48, 3.º Pergamino 59.

No placé: ocho caballos.
Sport: \$ 16.45, á placé 5.20; Orsino 3.35, Pergamino 6.90.

Premio «Eureka», 1900 metros—1.º Saint Brise 43 kilos, 2.º Láutaro 66, 3.º Don Gonzalo 62.

No placé: Sorpresa.
Sport: \$ 5.05.

Premio «Excelsior», 1800 metros—1.º Onagh 48 kilos, 2.º Brandzen 57, 3.º Lanza Seca 55.

No placé: Retraite.
Sport: \$ 8.30.

FOR EVER.



LOS CIGARRILLOS BRISSON
son los únicos que fumo por ser los mejores.
180, CHACABUO, 180

APARATOS Y ÚTILES PARA LA FOTOGRAFÍA



Enrique Lepage y Cía. CALLE BOLIVAR, 375
BUENOS AIRES

Gratis Gran catálogo de 112 páginas ilustrado con 275 grabados.



La «FOSFATINA FALIERES» es el alimento más agradable y más recomendado para los niños desde la edad de 6 á 7 meses, sobre todo en el momento del destete y durante el período de crecimiento. Facilita la dentición, asegura la buena formación de los huesos.

París, 6, Avenue Victoria y en todas las farmacias

Representantes: P. DUPONT & Fils - Chacabuco, 129

LA EQUITATIVA DEL PLATA

SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA

Capital Social: pesos 1.000.000 m. n.

Esta Sociedad otorga pólizas á tipos de premios moderados y en condiciones especiales aún no ofrecidas por ninguna otra Compañía.

A toda persona que envíe la fecha de su nacimiento y su domicilio, se le remitirán fórmulas ilustrativas con el costo del seguro y sus resultados estimados.

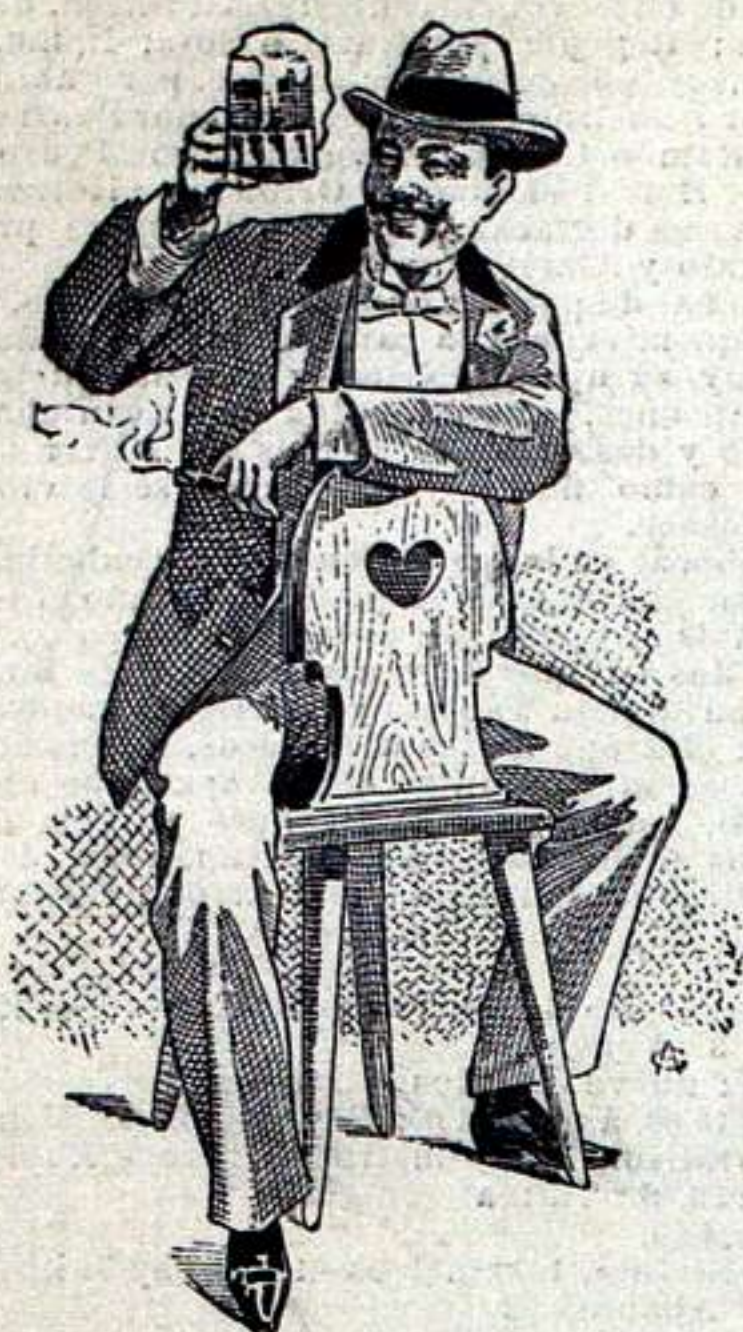
Oficina Principal: AVENIDA DE MAYO, 651

L. MORALES,
Director General.

BUENOS AIRES

MIGUEL TEDIN,
Presidente.

¡VIVA QUILMES!



CERVECERIA ARGENTINA
QUILMES
Escritorio: BRAZIL 731
BUENOS AIRES

Avisos varios

SANATORIUM de los doctores *Sold y Caride*.
Avenida Montes de Oca, 1051.—Se admiten a
pensión hombres, señoras y niños, con asistencia
médica y quirúrgica.—Consultas particulares, de
2 a 3 p. m., Lima, 367.

DR. JUSTO CARLE—Enfermedades de la piel
y vías urinarias.—Cerrito, 38, de 1 a 3.

DR. FRANCISCO COBOS—Director por
concurso del Hospital San Roque.—Consulta-
rio: Maipú, 276, de 1 a 4.

DR. SALVADOR BORGONDO—Enfermeda-
des de señoras, se curan sin operaciones por un
sistema especial. Curación garantida de todas las
enfermedades del cutis.—Artes, 210, de 10 a 12 y
de 4 a 6.

DR. EDUARDO OBEJERO—Enfermedades
de ojos, nariz, garganta y oídos.—Suipacha, 574,
de 1 a 4.

DR. N. ODAHL, Dentista—Operaciones sin
dolor por medio de cocaína, clorétilo, etc., etc.
Avenida de Mayo, 1111, esquina a Lima.

DRES. RAFAEL CALZADA y FERMIN F.
CALZADA—Abogados, Alsina, 670, de 1 a 4.

DR. CARLOS VOCOS—Abogado, Cangallo,
845, de 2 a 4.

DR. J. COSTAU—Abogado—Avenida de Ma-
yo, 715, de 2 a 4.

DR. JENARO OSORIO—Moreno, 792, de
1 a 4.

B. MITRE Y VEDIA—Traductor público y
comisionista.—S. Martín, 491. Unión Telefóni-
ca núm. 197.



ANTES DE COMER
Tómese el delicioso

APERITAL

LICOR
TÓNICO
HIGIENICO
Y APERITIVO

CUIDADO con las FALSIFI-
CACIONES y los PRODUCTOS
que llevan nombres parecidos a
la palabra APERITAL.

Exigir siempre la última fecha
del EMBOTELLAMIENTO sobre
el vidrio de la botella, los corchos,
las etiquetas el cajón etc., y a más
el nombre A. DELOR & Cia.
de Burdeos.

ÚNICOS IMPORTADORES
FELIX SOULIÉ y C^a

Casilla Correo 417

MAIPU 918 — BUENOS AIRES



CASA INTRODUCTORA DE VINOS

624, RECONQUISTA, 628



BUENOS AIRES

TEOFILO MEYER y C^{ia}.

“Un perfume exquisito”

S. A. R. la Duquesa de York.

Atkinson's White Rose

Suave y delicadamente odorífero como la misma Rosa.

El más delicioso de todos los Perfumes

Es el de ATKINSON, que es el solo verdadero y original.

Los Perfumes Ingleses de Atkinson

son mucho superiores a otros. Son verdaderos olores naturales, extraídos realmente de las flores,
y no fabricados artificialmente, como lo son muchos otros, con PRODUCTOS QUÍMICOS.

OPOPONAX, FRANGIPANE, ESS. BOUQUET, HELIOTROPE, JOCKEY-CLUB
y todos los olores en boga.

Desconfíese de las Imitaciones! La autenticidad está garantida por la etiq-
queta y la marca de fábrica «White Rose».

Revended en Casa de todos los perfumistas y de los fabricantes. — J. & E. ATKINSON, 24, Old Bond Street, Londres.

SAPOLIO

Está expresamente fabricado
para limpiar objetos de cocina,
metales y madera pintada.

ÚNICOS IMPORTADORES

JORGE BELL é Hijos

649 - CALLE DEFENSA - 649
BUENOS AIRES



LA GRAN TINTORERIA

DE
A. CHAVANCE & HIJOS

597 - CALLE FLORIDA - 597

Limpieza y tintura de toda clase de ropa
Se tiñe luto en 48 horas

SUCURSALES { Calle Rivadavia, 7267-69 (Flores) — Santa Fe, 2166 —
Belgrano, 1239-41 — Libertad, 1360.

FÁBRICA A VAPOR: RIVADAVIA 9610 — BUENOS AIRES

A. PRAT - Tintorería

140, CALLE SUIPACHA, 140

Se tiñe y limpia toda clase de ropa y telas. Se lavan y planchan de
nuevo toda clase de cortinas de muselina. Compostura de ropa de hom-
bres y de niños.

Sucursales:

375, CHACABUCO, 375 | 782, BUEN ORDEN, 790
71, CALLAO, 87 | P. DE JULIO, 1428
BUENOS AIRES

A LA CIUDAD DE LONDRES

TIENDA LA MAS VASTA Y MEJOR SURTIDA DE BUENOS AIRES — AVENIDA DE MAYO — CALLE PERÚ — CALLE VICTORIA
Primera casa en Buenos Aires habiendo establecido el sistema de vender todo de CONFIANZA y a PRECIO FIJO, lo que le ha valido un éxito sin igual hasta hoy

CONFECCIONES

EL LUNES 4 de ABRIL (Lunes Santo)
PRIMERA EXPOSICION ESPECIAL
(Y UNICA EN BUENOS AIRES) de

Confecciones, Vestidos, Tapados, Trajes completos para señoras, señoritas, niñas y niños

Las últimas novedades, las últimas creaciones las hemos recibido! — Los más lindos modelos en Jaquettes, Blouses Velours du Nord, Jaquettes
Blouses drap cuir con guarniciones de soutaches, collets, capas, manteaux, pelerinas, sacos hechura sastre, capas y manteaux fourrures,
costumes ó Vestidos, etc.; lo mismo que los más lindos Sombreros, Gorras, Toques, Coiffure! se encuentran en nuestra casa a precios sin competencia.

A mas: EXPOSICION GENERAL EL LUNES 4 de ABRIL y días siguientes, de las Novedades de Otoño é Invierno

Surtidos enteramente nuevos en los Departamentos de Sederías, Terciopelos, Felpas, Encajes, Tules, Géneros para vestidos (100.000 piezas), Bo-
netería, Artículos de punto, Guantes, Calzado, Mercería, Pielés! — Confecciones de piel, Guarniciones de piel, Boas, Collets y Esclavinas de piel especiales
y exclusivos a la casa. — Camas, Frazadas, Colchas, Mantas de viaje, Calentapiés, Tapa-teteras. — Ropa blanca fina, Ajuars para Novias. — Perfumería fina
legítima. — Artículos de Menaje, etc., etc.

A LA CIUDAD DE LONDRES — AVENIDA DE MAYO, CALLE PERÚ, CALLE VICTORIA — Buenos Aires



Los principales Dentistas y Peritos piden un LÍQUIDO (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos POLVOS (que limpien el esmalte de los dientes) que Usados juntamente preserven propiamente la dentadura. He aquí pues el

Sozodonte que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido Antiséptico y Polvos. Uno de los mas antiguos de América.

La notable Actriz

Madame BERNHARDT dice:—

"Estimo su SOZODONTE como el dentrífico mas delicioso é indispensable para el cuidado de la dentadura y el único de reputación internacional."

Vendido por los Drogueros, Perfumistas y Farmacéuticos de todas partes.

Pedid por carjeta postal "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura. HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

NAVEGACIÓN Á VAPOR NICOLÁS MIHANOVICH

VAPORES Y LANCHAS PARA TODOS LOS PUERTOS DE LA REPÚBLICA

Lujosos Vapores Postales y de Pasajeros para la navegación de los rios Paraná, Alto Paraná, Paraguay, Uruguay y Río de la Plata

VAPORES ESPECIALES PARA CARGA SOLAMENTE

REMOLCADORES PODEROSOS

para Remolque de Buques de Ultramar y Cabotaje para cualquier punto de los rios y costas
Servicio especial de Remolcadores para los puertos de la Capital y La Plata
Materiales de Salvamento, Chatas para el transporte de hacienda en pie, Importación de Carbón Cardiff, Exportación de Maderas del País

Administración: CALLE 25 DE MAYO esquina CANGALLO - Buenos Aires

SUCURSALES

Dársena Sud • Boca del Riachuelo • Puerto "La Plata" y Rosario de Santa-Fé

JABÓN DE REUTER PARA EL CUTIS



DELICADEZA Y RIQUEZA DE PERFUME

son las cualidades más características del Jabón de Reuter, que en este particular deja á gran distancia á todos los otros jabones de tocador.

Una vez que se pruebe nadie querrá carecer de él

TE AGUILA

Schelp
& Schelp

375-Balcarce-377

BUENOS AIRES



